

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 29 agosto - 4 septiembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55-II Epoca - N.º 30

GETULIO: UN TIRO EN EL CORAZON



Getulio Vargas despide de soldado brasileño a bordo un transportador norteamericano

FERMIN SANZ ORRIO, TESTIGO ESPAÑOL EN EXTREMO ORIENTE

El embajador de España en Manila y Taipei enjuiciada la política del mundo asiático (pág. 13)

UNA CARTA IMPROCEDENTE DE GRAHAM GREENE
La muerte de Colette en la capital francesa (pág. 54)
Carta del director a don Luis Pericot García (pág. 8)
* El Ejército europeo, derrotado sin combatir, por M. Blanco Tobío (pág. 9) * Notas y recuerdos para las Memorias de un redactor político, por Francisco Casares (página 16) * Diálogo en torno a un vaso de «buen vino», por Eliseo de Pablo (pág. 20) * Para la pureza del joven, por fray León, obispo de Teruel (pág. 23) * España, paraíso de turistas (pág. 24) * «Ron, Roma y Rebelión...», crónica de Irlanda, de nuestro enviado especial Manuel García Roca (pág. 27) * Gracia y línea del archipiélago balear, por Carlos Luis Alvarez, enviado especial (pág. 32) * Entrevista con Julio Trenas (página 39) * Setenta y seis años de mi vida, por Mjalimar Schacht (pág. 50) * La XXXIV Vuelta Ciclista a Cataluña, por Ferreras (pág. 58) * Xavier Cugat, un transformista de la música moderna, por Ibáñez Escofet (página 61)

NIÑA DISTINTA

Novela por María Jesús Echevarría

LA ULTIMA DEBILIDAD
DEL HOMBRE
FUERTE DEL BRASIL

UN CAPITULO SECRETO
DE LA LUCHA POLITICA



Refrésquese bebiendo*

ENO...

Y RENOVARA
SUS ENERGÍAS!



El calor se combate mejor por dentro que por fuera. Es cuestión de adaptabilidad. El ventilador y la ducha sólo refrescan momentáneamente la piel. En cambio, un vaso de agua fría, con la efervescente "Sal de Fruta" ENO, y, si se quiere, unas gotas de limón, mitiga la sed por mucho tiempo, entona el cuerpo y renueva las energías.



C. S. 14. 100

La "Sal de Fruta" ENO es una bebida natural, efervescente y refrescante consagrada en el mundo entero desde hace 85 años. Estimula las funciones orgánicas, elimina los deshechos y depura la sangre. Iguala las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST.

ADAPTA EL ORGANISMO AL CALOR

LABORATORIO FEDERICO FONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

GETULIO: UN TIRO EN EL CORAZON

LA ULTIMA DEBILIDAD DEL HOMBRE FUERTE DEL BRASIL



UN CAPITULO SECRETO DE LA LUCHA POLITICA

UN hombre se desangra entre detonaciones, tendido en la acera, ante el edificio 180 de la calle de Toneleros, en Copacabana, Río de Janeiro (Brasil). Dos balazos le han atravesado el corazón. Pasan cuarenta y cinco minutos de la media noche. Poco antes, un automóvil se había detenido allí. Tres personas descendieron de él: primero, un niño de quince años; luego, dos hombres más bien jóvenes. El garaje está cerrado. Hay que buscar al vigilante. De eso se encarga el chaval. Mientras tanto, los dos hombres conversan. El muchacho vuelve. Todo está en orden. Una despedida, que se prolonga sin sentirlo, se inicia. En la calle hay poca gente.

Con pasos lentos, un transeuntes encamado se va acercando al grupo. Llega a cinco metros. De pronto, la calle se llena de fognazos. Desde varios puntos hacen fuego sin pausa. Uno de los atacados cae. El niño quiere lanzarse en su auxilio. Pero el otro agredido lo toma por un brazo y lo lanza contra un portal. Al tiempo, dispara y dispara su revólver. Más detonaciones. Un grito del que resiste: ha sido herido en un pie.

La alarma cunde. Varias personas se acercan precipitadamente. Los pistoleros huyen. Alguien le da el alto al que más corre. Es un agente municipal con el que tropieza el fugitivo. La respuesta es una rociada de tiros. El agente cae, alcanzado en una pierna. Desde el suelo continúa haciendo fuego. El que huye no

cesa de disparar. Salta a un coche. Bruscamente lo pone en marcha. Aún suenan más detonaciones. Se intenta detener al vehículo que se aleja. Vana esperanza. Todo ha terminado.

Ahora otro coche se dirige, como una exhalación, al hospital más próximo. Pero ya no hay remedio. El comandante de Aviación Rubéns Florentino Vaz ha muerto. El periodista Carlos Lacerda está herido. Y en la historia política del Brasil se ha iniciado un capítulo trágico, en el cual temblarán incluso los cimientos de la nación.

UN PERIODISTA IMPLACABLE

La emboscada estaba dispuesta contra Carlos Lacerda, periodista duro en sus juicios, panfletario, que dirige un diario de la tarde: «Tribuna da Imprensa». Una campaña feroz, insultante, demoleadora, era llevada a cabo personalmente por Lacerda contra el Presidente de la República, Getulio Vargas, y todos los hombres de su equipo gubernamental.

Acusaciones de latrocinio, de cohecho, de abuso de poder, eran lanzadas a diario en un lenguaje tan duro, que el «New York Times» se vio obligado a decir en un editorial, que en Norteamérica nunca se hubiera tolerado tal manera de hablar. Carlos Lacerda es un hombre de acción, acostumbrado a los atentados contra su vida.

Hace años fué agredido ya por elementos de la Guardia Presidencial. Después se le intentó

matar en otra ocasión. Recientemente estuvo a punto de morir en una agresión contra él emprendida por el hijo de un destacado político — otro de los personajes que sufren sus feroces ataques— y un coronel del Ejército mientras se hallaba cenando en un restaurante.

Es implacable en sus campañas. El año pasado hizo saltar de su puesto al director del órgano gubernamental «Ultima hora», removiendo un asunto turbio en torno a los créditos del Banco del Brasil. Desde entonces el citado diario le llamaba «el cuervo». Además, Lacerda está plenamente metido en política. Una organización recién fundada, la Alianza Popular contra el Robo y el Golpe, que aglutina tres partidos—la Unión Democrática Popular, el partido republicano y el partido liberal—, le ha elegido como líder, presentándole al mismo tiempo como candidato a diputado por el Distrito Federal en las elecciones del próximo mes de octubre.

La proximidad de esta consulta popular es, quizá, la causa principal de la pasión con que este ha sido removido. Algunos periódicos sin freno en sus comentarios, han podido aprovechar los sucesos para favorecer sus intenciones electorales lanzando informaciones confusas y contradictorias, pero todas dirigidas sin compasión contra el Gobierno y sus hombres.

El asesinato del periodista Néstor Moreira proporcionó nuevas armas a Lacerda, al tiempo que



unía a las publicaciones de las más opuestas tendencias en una campaña condenatoria. Pero el caso actual era mucho más grave que el anterior. Desde el principio fué utilizado como un recurso más en la lucha contra el partido gobernante. Carlos Lacerda se dispuso a no dejar pasar sin beneficiarse una ocasión de tal calibre. Y las acusaciones lanzadas a partir del 5 de agosto—fecha del último atentado—apuntaban directamente al primer magistrado de la nación.

LA PRIMERA ACUSACION CONTRA GETULIO VARGAS

Casi media plana ocupaba el titular con que «Tribuna da Imprensa» daba cuenta del ataque sufrido por su director.

«La nación exige el nombre de los asesinos», decía. Y, como «slogan», una frase del candidato de la oposición a la Presidencia, general Eduardo Gomes, que haría fortuna: «La honra de la nación brasileña exige el castigo de este crimen.»

Un artículo de Carlos Lacerda convocaba a la subversión: «Ante Dios acuso a un solo hombre como responsable de ese crimen. Es el protector de los ladrones, cuya impunidad le da audacia para actos como el de esta noche. Ese hombre es Getulio Vargas.»

Luego, como inicio de un rumor que luego sería cultivado, el periódico daba cuenta de una misteriosa llamada telefónica recibida en su Redacción.

—Para orientación de ustedes, tengo que decirles que los autores del atentado contra Carlos Lacerda fueron dos individuos de la guardia presidencial y un elemento de la Policía Especial, muy allegados todos al señor Lutero Vargas.

El redactor que recibió la llamada quiso aclaraciones.

—No puedo dar detalles. Eso podría identificarme y yo también pertenezco a la guardia personal del Presidente.

UN OFICIAL DE TREINTA Y DOS AÑOS, CON BRILLANTE HOJA DE SERVICIOS

Entretanto iban surgiendo las noticias oficiales. El coronel Milton, encargado del Gabinete del jefe de Policía, declaró a las dos menos veinticinco de la madrugada:

—He dado conocimiento del hecho a todos los distritos para que presten auxilio a los agentes del primero y segundo y a la Policía Técnica, que son los encargados de esclarecer el crimen, en cualquier eventualidad.

Pero los acontecimientos seguían implacablemente su curso. Al Club Aeronáutico fué trasladado el cuerpo del aviador muerto a las nueve y cuarto de la mañana. Allí, ante su esposa y más de un millar de personas de todas las procedencias, se dijo una misa «de corpore insepulto». En la autopsia, previamente realizada, se vió que dos balas habían atravesado el corazón de Rubens F. Vaz. Su muerte tuvo que ser instantánea. El era totalmente ajeno a las actividades de Lacerda, al cual estaba ligado nada más que por una antigua amis-

tad. La noche del atentado había acompañado a su casa a Lacerda después de asistir a una conferencia pronunciada por aquel. Durante el trayecto, Vaz se mostró inquieto por la salud de una hija suya, próxima a ser operada. Poco a poco se fué tranquilizando. Al final, incluso tenía ganas de bromear. Era un oficial de treinta y dos años, con brillante hoja de servicios, casado y con cuatro hijos. En el tiroteo resultó víctima inocente e impen-sada. Pero la circunstancia de ser él quien sufrió las consecuencias de la emboscada dió a los hechos un contenido mucho más grave y peligroso. Baste, en principio, señalar que el general Eduardo Gomes acompañó el cadáver hasta el Instituto Médico Legal, donde presenció la autopsia. Y en el Arma de Aviación se creó un clima tenso y agresivo, presagador de decisiones tajantes.

LUTERO VARGAS SE DEFIENDE

El entierro del comandante Vaz terminó en una tumultuosa manifestación, con rotura de vidrios e incendio de automóviles, que hubo de ser disuelta violentamente por la Policía. El Presidente, Getulio Vargas, envió como representante personal al acto del sepelio al jefe de su Gabinete Militar, general Aginaldo Caiado de Castro. Por otra parte, al día siguiente del crimen recibió tres veces en el Palacio de Catete, su residencia oficial, al ministro de Justicia. Las declaraciones de éste fueron categóricas:

—Todos los pasos están siendo dados para esclarecer las circunstancias y responsabilidades del lamentable crimen. El Gobierno es el principal interesado en el esclarecimiento de las responsabilidades.

Lutero Vargas, el hijo del Presidente, contra el cual había sido lanzada una acusación concreta, se dió prisa a salir al paso de ella. En el diario «Últimas Noticias» dió a conocer su postura en la misma tarde del día 6:

—Hace mucho tiempo que vengo repitiendo que es cuestión de honor para mí que el señor Carlos Lacerda nada sufra, ni en su integridad física ni en su vida profesional, mientras mi padre sea Presidente. Cuando la campaña de injurias e infamias que este periodista lanzó contra mí alcanzó límites inadmisibles para cualquier hombre de bien, recurrí a los Tribunales, en cuya independencia y rectitud creo firmemente.

Luego achacó la responsabilidad del crimen «a los que buscan un clima de intranquilidad y agitación, basado en la más desenfrenada demagogia y agitación política, para su propia supervivencia electoral».

Pero ni estas afirmaciones ni otras similares tranquilizaron los ánimos.

EL PRIMER ULTIMATUM CONTRA EL PRESIDENTE

El día 8, los directores de nueve periódicos de Río de Janeiro lanzaron algo muy parecido a un ultimátum, en el que claramente exponían su desconfianza ante las medidas tomadas por los organismos policíacos. Pedían la in-

clusión de un representante nombrado por ellos en las Comisiones encargadas de esclarecer el caso. Era «una última oportunidad» la que ofrecían. Y ya estaba en el aire una afirmación de Carlos Lacerda, cada día más feroz en sus artículos, que pretendía hacer incompatible con el cargo que desempeñaba a la persona de Getulio Vargas.

El Ejército, por su parte, no quedó inactivo. Las tres Armas—Tierra, Mar y Aire—publicaron una declaración conjunta comprometiéndose a esclarecer el crimen y a castigar a los culpables «fuesen quienes fuesen».

El Arma Aeronáutica nombro una Comisión oficial para trabajar junto a la Policía en el esclarecimiento del crimen. A diario se lanzaron acusaciones contra la intencionada lentitud de las investigaciones.

EN EL SENADO, UN AMBIENTE DE ALGARADA

En el Senado, Hamilton Nogueira llegó a afirmar que hechos como el producido sólo son posibles «en un régimen como en el del canalla de Vargas». Otros senadores de la oposición usaron el mismo lenguaje violento. El diputado Alomar Baleiro acusó al mismo Presidente de crímenes personales desde «Diario de Noticias» en un artículo inconcebible.

El Gobierno se defendió como pudo. El líder de la mayoría gubernamental en la Cámara, Gustavo Capanema, pronunció un discurso resaltando «el interés que el propio Gobierno tiene en que no le suceda nada a su mayor enemigo, señor Lacerda».

Estas palabras no consiguieron aplacar los ánimos excitados ni convencer a ningún miembro de la oposición. Por el contrario, en los escaños hubo incidentes ruidosos. Círculos políticos y militares dieron al Gobierno un plazo de cuarenta y ocho horas para publicar los nombres de los culpables. Y en la calle se respiraba un ambiente de algarada o sublevación.

LA MAYOR BATIDA ORGANIZADA EN EL BRASIL

El día 9 la acusación contra la guardia personal del Presidente se lanzó en regla. Los periódicos de la noche exhibían en sus primeras planas una tipografía delirante.

La afirmación esencial, sin embargo, cabe en dos líneas:

«Ya están identificados los asesinos del comandante Rubens Florentino Vaz, todos miembros de la guardia personal del Presidente.»

La pista fué proporcionada por el conductor Nelson Raimundo, después de haber sido interrogado por la Policía militar. Antes, la Policía civil se había mostrado impotente para conseguir de él dato alguno. Había un impresionante movimiento de autoridades, sobre todo militares, dispuestas a llegar al fondo de la cuestión. Tres nombres fueron lanzados al público por los periódicos, dedicados a exponer una confusa mezcla de rumores y verdades: Olimerio Euvides Almeida, un tal Federico y Djalma Gomes Rufino. Se decía que Rufino estaba

oculto en una finca del jefe de la Guardia Presidencial, teniente Gregorio, en Jacarepaguá; que «Fred» se ocultaba en Arnama, en otra hacienda perteneciente a Lutero Vargas, y que Almeida se escondía en una casa de campo del doctor Argemiro Machado, situada en Terezópolis.

Nunca se había organizado en el Brasil una batida como la que estaba en marcha. Oficiales de todas las Armas contribuían a la investigación con un entusiasmo a prueba de dificultades.

Y entretanto, el jefe de la Policía había sido sustituido por el coronel Paulo Torres.

UN INTERROGATORIO DE TREINTA HORAS ANTE DOS MINISTROS

Treinta horas duró el interrogatorio de Nelson Raimundo de Souza por la Policía Militar. El había conducido el coche que transportó a los asesinos, un Studebaker con la matrícula 5-60-25. Los ministros de Aeronáutica y Justicia, con otras relevantes personalidades, se hallaban presentes cuando Nelson lanzó el nombre de Climerio Euvides de Almeida como culpable. Inmediatamente se estableció un premio de cuatrocientos mil cruzeiros para el que lo capturase. Pero luego, Nelson aclaró que Climerio había sido simplemente quien le contrató. El autor de los disparos era un desconocido que con Climerio entró en el coche. Bastaron tres días para identificarlo y dar con él: se trataba de un pistolero profesional, Joao Aleino do Nascimento, utilizado por Climerio como ejecutor del atentado. Parece que el comandante Rubens F. Vaz fue confundido por el asesino con un guardaespaldas de Carlos Lacerda, y por eso disparó primero contra él. Aleino nunca perteneció a la Guardia Presidencial ni jamás estuvo en el Palacio de Catete. Una vez capturado fue reconocido inmediatamente por el chófer Nelson.

Los periódicos en seguida publicaron rumores, según los cuales al asesino le había sido ofrecida la impunidad gracias a la influencia de Lutero Vargas. Según los diarios, Climerio contrató a Aleino «para vengar la campaña que Carlos Lacerda hacía contra su jefe y protector».

UN NEGRO, JEFE DE LA GUARDIA PRESIDENCIAL

A partir de entonces, los hechos se precipitaron. El jefe de la Guardia Presidencial—un negroz imponente llamado «el teniente Gregorio»—fue detenido y sometido a interrogatorio. Luego le tocó el turno al pistolero Valiente, subjefe de la escolta. Los cómplices del crimen parece que también pertenecían a la misma unidad. Los periódicos publicaron infinidad de fotografías donde éstos aparecían al lado del hijo del Presidente. Uno por uno desfilaron los doscientos miembros de la Guardia ante la Policía, y el inquieto Carlos Lacerda creyó reconocer entre ellos a varios sospechosos.

El día 10, bajo la presión del Ejército, fue disuelta la Guardia Presidencial. Desde entonces se turnaron fuerzas de las tres Ar-



Getulio Vargas conversa con las hijas de un operario

mas en la custodia de Getulio Vargas.

En cuanto a los acusados, a pesar de cuanto se escribió en los diarios brasileños, son seis los que se hallan detenidos. El último en ser capturado fue José Antonio Soares, prendido en su refugio de la ciudad de Murae, donde estaba oculto después de haberse afeitado la cabeza y el bigote para no ser reconocido.

Lutero Vargas, profundamente afectado por las acusaciones contra él lanzadas, se prestó inmediatamente a ser sometido a investigación, renunciando incluso a las garantías que su calidad de diputado le permiten gozar, al tiempo que juraba «ante Dios y la nación» que nada tenía que ver con el atentado.

GETULIO VARGAS DICE: «NO RENUNCIARE»

Por aquel entonces, el Presidente Vargas emprendió un viaje al Estado de Minas Gerais para inaugurar una fábrica de acero. Allí pronunció un discurso, donde expuso su punto de vista

—Mi Gobierno resistirá todos

los intentos de perturbar el orden público que se presenten. El Gobierno defiende los principios de la legalidad constitucional y sabrá cómo preservar y mantener esta legalidad contra la acción de los fomentadores de la provocación y el desorden.

Afirmó, además, que no renunciaría a su cargo, porque «él era la legalidad y el orden».

La oposición utilizó como arma estas palabras, aprovechando los contactos existentes entre los asesinos y la Guardia Presidencial. En el Club Militar, los prestigiosos de Aviación tuvo que dimitir Távora lograron, mediante discursos patrióticos, aplacar los ánimos de la oficialidad, evitando temporalmente que el Ejército en pleno pidiese la dimisión del Presidente de la República.

Sin embargo, no pudo nunca decirse que las palabras de concordia de algunos jefes habían logrado dominar la situación. Aparte de la actitud de decidida oposición de las Fuerzas Aéreas, el Ejército de Tierra también presionó, aunque más veladamente, tratando de inducir a Vargas a renunciar al cargo. Los generales se mostraron en diversas ocasiones partidarios de mantener la disciplina, buscando al mismo tiempo una solución constitucional al conflicto. Esto era en realidad aceptar con reservas la actitud que los periódicos sostenían contra viento y marea. El ministro de Aviación tuvo que dimitir porque les pareció «débil» a sus compañeros de Armas. Y el día 22 se celebró una reunión, presidida por el general Gomes. El comunicado que se publicó de ella era un ultimátum: «Las Fuerzas Aéreas brasileñas se proponen de manera firme y unánime restablecer la paz en todo el país.» Las cosas marchaban a ritmo acelerado. El general Gomes fue comisionado para comunicar los acuerdos a los ministros de las fuerzas armadas y al jefe del Estado Mayor. La situación iba a hacer crisis de una manera violenta, aunque la Comisión investigadora había afirmado que el Gobierno nada había tenido que ver con el criminal atentado que originó tantos acontecimientos.



El señor Café Filho, vicepresidente del Brasil

DE LA DIVISION A LA MUERTE

La situación se había tornado insostenible. Durante la noche del 23 al 24 el palacio presidencial fué escenario de dramáticos sucesos. El vicepresidente, Joao Cafe, había visitado a Vargas para aconsejarle que dimitiera con él, dejando el camino libre al Congreso para elegir sucesores. Pero Getulio Vargas se mantuvo firme. Por otra parte, el ministro de la Guerra, Costas, y el general Odilio Denis también habían acudido a su residencia, advirtiéndole seriamente de la necesidad de su dimisión. Vargas mantuvo su postura. Únicamente accedió a abandonar el Poder, en una situación de «permiso indefinido», si los generales se comprometían a mantener el orden y el respeto» hacia el vicepresidente, que, según la Constitución, había de sucederle. El acuerdo satisfizo a las dos partes. Parecía conjurada en parte la crisis. Además, se dijo que Getulio Vargas había solicitado autorización para ausentarse del país. Entonces fué cuando intervino la muerte en este pleito. El Presidente se retiró a sus habitaciones poco después de las siete, tras haber conversado brevemente con sus familiares. Cerró la puerta. De pronto se oyó un disparo. Cuando Lutero Vargas entró halló a su padre tendido de bruces sobre la cama, con un balazo en el corazón. Pronto se halló una nota, escrita muy poco antes del instante final, que decía:

«Lego mi muerte al odio de mis enemigos. Lamento no haber podido hacer por los humildes todo lo que quise.»

Cuatro minutos después estaba allí Oswaldo Aranha, ministro de Hacienda, viejo amigo de Vargas y uno de sus más combatidos colaboradores. Luego, más de dos mil personas acudieron a velar el cadáver, que, sin embargo, sólo fué acompañado por sus familiares e íntimos.

Todos los ministros del Gobierno presentaron la dimisión. El vicepresidente, en funciones de Presidente ya, la aceptó, y ofreció la cartera de Aviación al general Gomes, uno de los más encarnizados enemigos del fallecido. Un escrito de Vargas, al que algunos consideran como su testamento espiritual, fué dado a conocer el mismo día. Es un escrito patético, en el cual se quiere justificar toda su vida política.

LA CARTA POSTUMA DE GETULIO VARGAS

«Una vez más, las fuerzas e intereses que están contra el pueblo se han coordinado y desencadenado contra mí.

No me acusan, me insultan; no me combaten, me insultan; me niegan el derecho a defenderme. Tenían que acallar mi voz e impedir mi acción, de forma que no defendiese al pueblo como siempre lo hice, especialmente a los humildes.

Voy a seguir el destino que se me ha trazado.

Después de décadas de domina-

ción y explotación por grupos económicos y financieros internacionales, dirigi una Revolución y triunfé.

Comencé la tarea de liberación y establecí un régimen de libertad social. Tuve que dimitir; pero fuí devuelto al Gobierno en brazos del pueblo.

A la campaña clandestina de los grupos internacionales se añadió la de los grupos nacionales que se rebelaron contra el régimen de libertad de trabajo.

Un proyecto de ley contra los beneficios excesivos ha sido detenido en el Congreso. Se desencadenó el odio contra mí porque pedí una revisión de los salarios mínimos.

Liberté las riquezas potenciales de nuestra nación por medio del Petrobas—el Monopolio petrolífero del Estado—, pero fuí combatido hasta la desesperación. No se quería que el obrero fuese libre; no querían que el pueblo fuese independiente.

Asumí el Gobierno cuando la inflación destruía el fruto del trabajo. Los beneficios de las Compañías extranjeras eran superiores al 500 por 100 al año.

En las declaraciones de valor de los artículos importados se comprobaban fraudes por más de cien millones de dólares.

La crisis del café se planteó cuando fué valorizado nuestro principal producto. Tratamos de defender su precio, y la respuesta fué una violenta presión contra nuestra economía, hasta el punto de que nos vimos obligados a claudicar.

He luchado mes tras mes, día tras día, hora tras hora, resistiendo la constante e incesante agresión, sufriendo en silencio, olvidando y resignándome a defender al pueblo, que ahora queda sin ayuda.

No puedo dar más que mi sangre. Si los buitres desean la sangre de alguien y quieren continuar explotando al pueblo brasileño, ofrezco mi vida en holocausto. Así busco el medio de estar siempre con vosotros.

Cuando el hambre llame a vuestra puerta, sentiréis en vuestro corazón la energía necesaria para luchar por vosotros y por vuestros hijos. Cuando seáis maltratados, comprenderéis mis sufrimientos por vosotros. Mi sacrificio os mantendrá unidos y mi nombre será vuestra bandera.

Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en vuestra conciencia y un sagrado impulso para resistir.

Respondo al odio con el perdón. A aquellos que piensan me han derrotado, les respondo de mi victoria. He sido el esclavo del pueblo y hoy me libero a mí mismo para la vida eterna; pero el pueblo de que fuí esclavo no lo será de nadie.

Mi sacrificio siempre lo tendréis en cuenta y mi sangre será el precio de vuestro rescate.

He luchado contra la explotación en el Brasil. He luchado contra la explotación del pueblo. He luchado con el corazón abierto. El odio, la infamia y los insultos no consiguieron doblegar mi espíritu. Os di la vida y ahora os ofrezco mi muerte. Serenamente doy el primer paso hacia la eter-

nidad y abandono la vida para pasar a la Historia.»

LA FORMACION DE GETULIO VARGAS

Getulio Vargas nace el 19 de abril de 1883, el mismo año que Mussolini, en el Estado de Río Grande del Sur, provincia inmensa situada en la parte meridional del Brasil, limitrofe con el Uruguay y con la Argentina. Es el tercer hijo de una familia de terratenientes, de gauchos, que viven de sus tierras como caballeros-labradores. Su padre, el coronel Vargas, goza en el país de un renombre sólidamente establecido. La influencia paterna se deja sentir porque el muchacho ingresa bien pronto en la Escuela de Preparación Militar de Río Pardo. Permanece allí sólo unos meses y la abandona deliberadamente. La carrera de las armas se le cierra por esto y debe cumplir el servicio militar como simple soldado en Porto Alegre, capital de su Estado, puerto muy animado y, al mismo tiempo, villa universitaria de renombre. Habiendo comenzado sus estudios de Derecho cuando era todavía soldado, no los acabará hasta 1907, después de haber sido en el intervalo periodista político, crítico literario, y de haberse consagrado al estudio de los filósofos franceses. Tres rasgos definen ya su carácter: es un pensador imbuido de doctrinas filosóficas, un jurista competente y, en fin, un joven y brillante periodista de opinión netamente socialista.

SU CARRERA POLITICA

En el año 1908 es procurador en Porto Alegre, donde goza de una gran consideración. 1909 señala su debut en la vida política. Sus ideas democráticas se afirman: forma parte de un grupo republicano, participa en sus reuniones y las organiza. Elegido ese mismo año diputado a la Cámara del Estado de Río Grande, es reelegido en 1913 por una mayoría mucho mayor; pero disgustado por las maniobras de alguno de los miembros de su partido, dimite:

En 1917 comienza para el Brasil un período de problemas tan pronto renovados como apagados. El mundo está en guerra, y el Brasil se coloca al lado de los aliados. El 5 de julio de 1922, un levantamiento militar estalla en Río. La sangre corre y éste es el fin de la Presidencia de Pessoa y de su sustituto, Artur Bernardes. En la misma época se designa a Vargas como diputado en la Cámara de Río de Janeiro.

Su llegada a Río de Janeiro le da notoriedad. El Estado que él representa está en plena efervescencia. Madeiros, su Presidente, está en desacuerdo con sus administrados; la Alianza Libertadora, partido de la oposición, dirige una lucha armada contra él. Es en este momento cuando en el espíritu de Vargas germina una idea esencial: considera imperfecta la Constitución de los Estados Unidos del Brasil; las provincias, casi totalmente autónomas, son demasiado celosas las unas de las otras y, sobre todo, poco sumisas al poder central de

Río, débil e impotente frente a ellas. Es esta misma idea la que va a ser el eje de la política de Vargas.

En 1925 es jefe destacado de los republicanos en la Cámara de Río y juega, a partir de esta época, un papel de primer orden.

LA JEFATURA DEL ESTADO

En 1926, Washington Luiz, Presidente de la República, le ofrece la cartera de Finanzas. Vargas empieza entonces inmediatamente a poner en obra su plan de mejora de las finanzas públicas. Pero casi en seguida se le propone la Presidencia del Estado de Río Grande del Sur. Vargas no quiere renunciar a esta posibilidad de restablecer el orden y la concordia en su Estado y regresa a Porto Alegre, donde su prestigio contribuye a restablecer la calma.

En el transcurso de la campaña electoral presidencial, Vargas, puesto a la cabeza de un Movimiento democrático denominado Alianza Liberal, recorre todo el país con éxito enorme y promoviendo un fuerte movimiento liberal detrás de él. Mientras tanto, las elecciones que se celebraron el primero de marzo de 1930 dieron la victoria al candidato oficial. Algunos meses más tarde, el Presidente del Estado de Parahyba, partidario de Vargas, es asesinado en Recife. Vargas se decide entonces por la Revolución. Cuidadosamente preparado, el Movimiento estalla el 3 de octubre de 1930 en Porto Alegre. El 3 de noviembre, Getulio Vargas se convierte en jefe del Gobierno provisional del Brasil.

Vargas, ya en el Poder, inicia una reforma de la Constitución y de los Códigos y se preocupa muy particularmente por la suerte de los trabajadores.

Pero pronto surgen las dificultades.

Las primeras vinieron de los liberales, que habían sido su apoyo principal en 1930. Disgustados por la reforma de la Constitución, organizan una revuelta, que estalla en Sao Paulo en julio del año 1932, revuelta que no fué extinguida hasta finales de agosto. Dos años después fué promulgada por la Asamblea Constituyente la nueva Constitución, aprobada el año anterior por medio del sufragio. Getulio Vargas fué elegido Presidente de la República.

Tres años de Gobierno parlamentario fueron en seguida alterados por nuevos desórdenes. En primer lugar, los comunistas entraron en acción. Huelgas y mítines se sucedieron. En 1935, el Congreso Federal, comprendiendo la actividad subversiva desarrollada por los comunistas, aprueba una ley de Seguridad Nacional. En seguida el jefe del partido, Prestes, lanza un manifiesto incitando a los miembros de la Alianza Nacional a entrar en acción. Vargas, energicamente, ordena la clausura de todas las células comunistas. Una insurrección surgida en Natal, y que luego se extendió a Recife y Río de Janeiro, fué aplastada. El partido se reconstituye clandestinamente y hay una serie ininte-

rrumpida de conspiraciones. Vargas no se arredra; decreta el estado de sitio. Y suspende los poderes del Parlamento. Ayudado por grupos de extrema derecha, proclama el Estado Nuevo, promulgando una nueva Constitución, que acrecienta sensiblemente los poderes del Gobierno. La Constitución crea también un Consejo de Economía Nacional para aumentar la producción y lograr un mejor equilibrio entre el capital y el trabajo.

En 1938 se sublevan los «cami-



Una reciente fotografía de Getulio Vargas

sas verdes», los cuales atacaron a Vargas en su palacio de Guanabara, donde se defendió durante una noche con las armas en la mano. Pronto aplasta a los rebeldes y suspende de nuevo la aplicación de la Constitución.

Vargas gobierna sin Parlamento. Durante su mandato declara la guerra a las potencias del Eje y envía un Cuerpo expedicionario a Europa. En 1945, este hombre enérgico se deja vencer sin lucha por una conspiración militar y se retira hasta que, al cabo de cinco años, en las elecciones de octubre de 1950, es de nuevo llamado a la Presidencia por una mayoría aplastante de votos.

LA PERSONALIDAD DEL NUEVO PRESIDENTE

A consecuencia de los dramáticos sucesos acaecidos ha ascendido a la suprema magistratura Joao Café Filho, que hasta ahora ocupaba el cargo de vicepresidente.

Nacido en el Estado de Río Grande del Norte, a lo largo de su vida se ha distinguido como periodista. En el año 1934 comienza su carrera política como diputado por el Estado en que había nacido. Cuando comenzó la dictadura de Getulio Vargas se exiló, manteniéndose en la oposición. Después entró en el Partido Social Progresista de Aedemar Barros. Más adelante, en 1950, formó candidatura con

Getulio Vargas, siendo elegido vicepresidente. Su primera declaración desde este cargo estuvo dedicada al recuerdo de su antecesor: «No puedo encontrar palabras para describir mi emoción. La noticia de este acto de suprema desesperación me hizo el efecto de un rayo.

La nación debe estar atónita por esta tragedia, sin antecedentes en nuestra historia.

Nunca esperé ocupar la Jefatura del Estado como consecuencia de un hecho de esta clase. En esta hora, Brasil debe dejar a un lado las diferencias de partido para rendir al doctor Getulio Vargas los honores que se merece. El doctor Vargas no debió recurrir a este acto extremo, que el país debe recibir con consternación. Como primera promesa, anuncio que daré siempre al humilde la protección que le dispensó Vargas.»

LA REACCION DE SUS PARTIDARIOS

A poco de conocerse la muerte de Getulio Vargas, comenzaron en diversas ciudades del Brasil a producirse incidentes. En Río de Janeiro, grupos callejeros asaltaron las oficinas electorales de la Unión Democrática Nacional. Asimismo, fué apedreado el local del diario «Tribuna da Imprensa», donde publicó sus ataques contra Vargas Carlos Lacerda. Las masas pedían a gritos la cabeza de este periodista, que se hallaba refugiado con su familia en la base aérea de Galeao. Tres camiones del periódico «O Globo» fueron incendiados. En Bello Horizonte, Porto Alegre y otros lugares también se produjeron incidentes callejeros. Fuerzas del Ejército protegen los edificios oficiales y puntos estratégicos de la capital. La Aviación tiene a su cargo el traslado de los restos mortales de Getulio Vargas a Sao Borjas, su ciudad natal. Así ha terminado la vida de un hombre de acción que siendo dictador fué depuesto por un golpe militar y regresó otra vez a la primera magistratura de la nación después de unas elecciones presidenciales.

Ahora queda su país en una confusa situación política que no se aclarará en algún tiempo. No obstante lo que le está permitido nunca al hombre es optar por el suicidio.

Laten muchas cuestiones de la más diversa índole en este capítulo de la vida política del Brasil. Cuestiones sobre las que es posible que se vaya haciendo la luz. De todas maneras, no cabe duda que la moralidad o amoralidad no serán nunca dos posturas igualmente aceptables. A la larga, sólo el camino limpio, las conductas sujetas a ley y norma y el servicio generoso a los auténticos y altos intereses de un pueblo es lo que puede contar positivamente en su ejecutoria. A la gran nación brasileña no le han faltado a lo largo de su historia personalidades fecundas, capaces de resolver en el momento necesario las situaciones más difíciles. Y tampoco le han de faltar en el futuro.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON LUIS PERICOT GARCIA

MI señor don Luis, ¿quién tira hacia arriba, quién se sobrepone, quién manda más en usted, su andaluz García o su Pericot gerundense? Mezcla de ampurdanés y malagueño, más que catalán es usted un español completo que se ha dedicado a lo más folletinesco de la historia, a la prehistoria, donde las pistas, las conjeturas, los enredos, se han impregnado con la polvareda de las polémicas y de las excavaciones bajo un reloj que mide el tiempo de mil en mil años. Así como el niño es como una cápsula en la que aguarda su momento el hombre futuro, así también dentro de la España primitiva iba encapsulada la España de nuestros tataranietos, o sea, la España perenne en su plasma sanguíneo y en su alma inmortal. La España cuyos habitantes son de origen capsiense, sahárigo, africano o de prosapia europea con cabeza redonda e ideología de canto rodado, redondeada y no picuda, según la terminología de Angel Ganivet. Estas Españas que se fundieron milenariamente y que sólo nuestros enemigos hurgan en sus junturas, es la España que no es menester convertir en problema, sino que es, a lo sumo, una novela de aventuras, un prolongado folletín cuya trama se reduce a saltarse los montes Pirineos de cuando en cuando con esa atracción alpina que ofrecen las sierras a los escaladores o a pasar el mar como una sima cubierta de agua, por donde han venido los pueblos del Sur desde hace medio millón de años. Los esquemas de los prehistoriadores se basan en el mismo movimiento de péndulo, aunque cambien la denominación de acuerdo con la toponimia de los yacimientos. Sin embargo, usted ha urdido una dramatización del paleolítico, metiendo en una balsa de troncos y esparto, a modo de un «Kon-Ti-Ki» ancestral a unos estudiantes que van a comprobar la fantasía o la exactitud de su asignatura atravesando el Estrecho de Gibraltar a merced de los vientos y de las corrientes marítimas en las semanas de la proximidad del equinoccio.

Si esta almadía universitaria no llega a puerto o a playa española, ¿qué ocurrirá entonces, señor don Luis Pericot? Dejo con este misterio a la interrogación, porque no debe molestarle que le echemos teatro al asunto; pero mientras tanto Andalucía, Tánger y Ceuta, una vez más entre infinitas veces, se han puesto en contacto con unos catalanes. Esta vez han bajado, de igual manera que los andaluces, los españoles del Sudeste, bordeando la costa han subido y suben. El secreto de España es una ósmosis y endósmosis, un vaivén entre los unos y los otros, entre los sedentarios y los centrifugos, y que nadie se considere un Buda, porque ese que se recrea alrededor de su epicentro abdominal es un payés que no ha salido espiritualmente de su masía o un gañán que no ha dejado el cortijo. Tanto montan, montan tanto las tierras y las personas de España, pues todo es cuestión de oportunidad y de período arqueológico. Cuando los descendientes de los habitantes de «Los Millares» entraron en la cultura del Argar que trabajaba el bronce sobre idéntico solar almeriense, al que con tanta frecuencia aludo (puesto que produce a los actuales desesperados de Antas que se mueven con ímpetu prehistórico en las calles y rondas de Barcelona), en aquella época la metalurgia y casi toda la industria pesada española, exagerando un poco, se encontraba en la provincia de Almería. Acaso descendían a sus forjas los más dinámicos catalanes, los que se hastiaban de la explotación agrícola a pesar de que una buena

cosecha de patatas de Cataluña vale más que su industria del hierro y del acero.

En torno a la balsa de los estudiantes de su clase con ganas de llevar a la práctica la incógnita de antiquísimas edades que puede despejarnos la duda sobre la osadía de los antepasados y dándole vueltas al flujo y reflujo de los ribereños del Mediterráneo, que se llaman García o Pericot y que en el meollo son la misma cosa, esto es, la mismísima gente, he descubierto lo que ya estaba descubierto, como en cualquier caso sucede. Hay los que se van y hay los que se quedan, hay la agricultura que fija al ser humano al terruño y hay el nomadismo de la caza, de la pesca, de los pastores, de los comerciantes y de los que se marchan a las fábricas en pos de un jornal más alto y de una fascinación tecnológica y urbana. No sólo existe el folletín en la prehistoria, señor don Luis Pericot, sino que también lo hallamos en la vida y, ¿cuánto nos gusta el folletín a todos! Sobre todo, si es sentimental, sensible, si nos permite evacuar más lágrimas, como el relato de este par de huérfanos. Sin padre, ni madre, Manolo es un muchacho andaluz del Sudeste que ha renunciado a Cataluña para afincarse encima de su tierra a los catorce años. Allí labra y riega; es parralero y hortelano, y cuando tiene que arar en los barrancos de Sierra Nevada antes que el sol sea otro compañero de su soledad, se pone a cantar de la manera que canta el español solitario. Desde el mesolítico, desde el eneolítico, desde el neolítico está allí, con su mancerca cual una lanza inclinada en la mano, con su canción de un ritmo duro y tierno, con su apego a la fecundidad de las recolecciones. En cambio, el otro huérfano ha abandonado a los catorce años su contorno natal y embarcó hacia Barcelona para ingresar en un taller y hacerse mecánico. Barcelona y Cataluña están henchidas de estos huérfanos sin familia que le han dado su sangre y su capacidad industrial. Ahora los metales no se funden en el Argar almeriense, convertido en una zona casi desértica, sino que la diástole española tiene que conducir este muchacho hasta la fábrica barcelonesa para aprender su oficio. Mientras que unos se quedan y otros se van a la salud de España es portentosa, no obstante haber cumplido miles de siglos, ya que las emigraciones interiores equilibran al país y evitan los éxodos bíblicos y la invasión guerrera.

¿Cuál será el destino del muchachito campesino y del otro muchacho que instintivamente reverencia la máquina? Puede ser que nuestros primitivos pobladores procedan o no procedan del África de enfrente a través de una travesía afortunada, a pesar de su embarcación rudimentaria y tosca, pues cuanto más dure el problema, más capítulos hay que añadir a esa novela de aventuras; pero lo que es seguro es que el muchachito que se trasladó a Barcelona ha de encontrarse con el que permaneció en el Sudeste cual un elemento inmóvil de su paisaje, porque el paisaje se está movilizándolo gracias a los tractores que mecanizan, día tras día, el campo español. En cada periódico hallará diariamente el anuncio de muchas ofertas de tractores en esta temporada, como si por debajo de la atonía estival no hubiera cesado el trajín del labrador, sino que recogido el trigo, se impusiera la obligación de seguir adelante en esta concepción de la agricultura parecido a su fábrica. No hay más novedad y otra novedad que ésa, señor don Luis Pericot, que los muchachos de catorce años, se van o se quedan, se preparan a salir de la Prehistoria. ¡Y buen viaje a los tripulantes de nuestro «Kon-ti-Ki»!

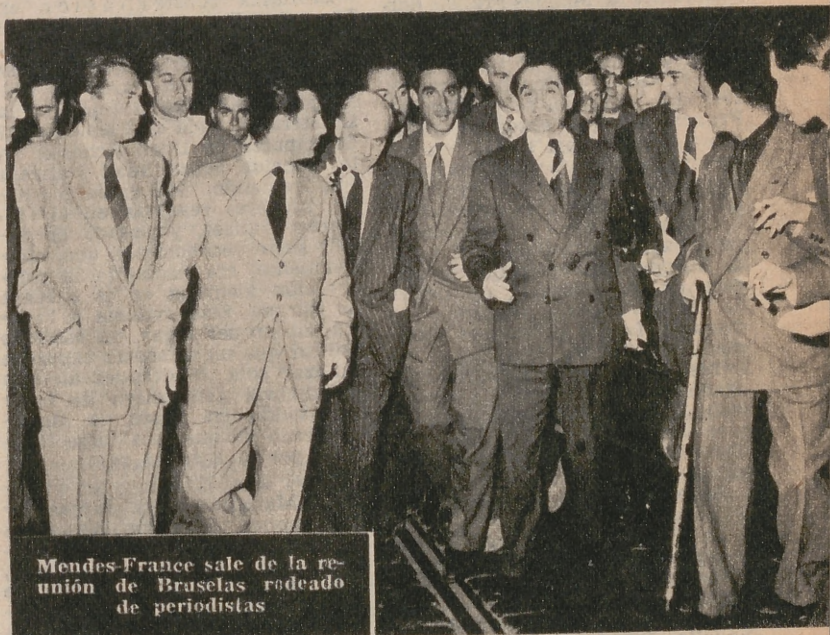
EL EJERCITO EUROPEO DERROTADO SIN COMBATIR

MENDES-FRANCE
fracasa otra vez en Bruselas

DE CADA 10 DIPUTADOS FRANCESES SOLO UNO HA LEIDO LAS 96 PAGINAS DEL TRATADO DE PARIS

EL lunes de esta semana, un hombre abatido, ojeroso y malhumorado salió del edificio de la Embajada francesa en Bruselas, subió al automóvil que le esperaba a la puerta y se hundió en el asiento trasero. Estaba completamente agotado, porque acababa de refirir y de perder la más dramática batalla de su vida política. Semanas antes había ido a Ginebra y a Túnez, y en el breve plazo de unas horas había conseguido poner fin a una guerra que duraba desde 1946 e intentar una reforma políticoadministrativa que llevaba esperando también desde la terminación de la guerra. En la misma Asamblea Nacional francesa había logrado, casi misteriosamente, plenos poderes para reajustar y rejuvenecer la economía y las finanzas de su país. El éxito le acompañaba a todas partes, porque pagaba por él el precio que le pidiesen, y su figura estaba a punto de convertirse en un mito y su nombre en un «Abrete, Sésamo.» Cuando salió para Bruselas, con su aire desenvuelto y confiado en sí mismo, llevando en la cartera el «explosivo» que los estadistas franceses sólo se habían atrevido a mirar desde lejos, desconfiadamente, temerosos de hacer saltar algún delicado mecanismo conectado con la popularidad, con el acta de diputado e incluso con los juicios de la posteridad, millones de ojos de todo el mundo le siguieron con curiosidad. ¿Triunfaría de este cuarto «round»? ¿Se interrumpiría su fulgurante carrera? ¿Lograría convencer a los otros cinco, que conocían ya las «enmiendas» al proyecto del Ejército europeo y que las habían calificado de impracticables?

Francasó. Mendes-France acababa de recibir en Bruselas su primer «k. o.» técnico, su primer «fuera de combate». No pudo con los otros cinco de la «pequeña



Mendes-France sale de la reunión de Bruselas rodeado de periodistas

Europa»; o para ser más exactos, no pudo con el anciano Canciller Adenauer. Registremos este hecho: Francia ha sido derrotada diplomáticamente por primera vez en lo que llevamos de posguerra por Alemania. Perdió la «magia» frente a la eficacia. Y el Ejército europeo, «trabajado» por dos años de controversia, de universal polémica, quedó herido de muerte. Francia le dió vida y Francia se la quitó.

NACIONALISMO Y SUPRANACIONALISMO

Dos años, en efecto, se han pasado las potencias occidentales discutiendo y enmendando el proyecto de una Comunidad Europea de Defensa. Millares de artículos se han escrito y millares de discursos se han pronunciado sobre

este tema, el más debatido de la posguerra. Y, al final, el mundo entero, y sobre todo Francia, se ha dividido en dos bandos irreductibles: el bando pro-C. E. D. y el bando anti-C. E. D.

Son pro-C. E. D. los que creen superado el nacionalismo, los que no encuentran sentido a la trágica rivalidad entre Alemania y Francia, los que sueñan con una Federación Mundial, con una nacionalidad europea y con unas instituciones supranacionales; en un tono menos especulativo, los que prefieren una Alemania armada, pero aliada a una Alemania desarmada, pero a merced, juntamente con el resto de la Europa Occidental, de la Unión Soviética.

Son anti-C. E. D. los que no dan por caducados los ideales na-

cionalistas, los que ven en la C. E. D. y en todo lo supranacional una violación de la soberanía de las naciones, los que posponen Europa a un especial concepto de patria. Finalmente, son anti-C. E. D., aunque por ninguna de estas razones, los comunistas y los socialistas, militantes del «otro internacionalismo».

Como puede verse, se enfrentan aquí dos mentalidades, dos concepciones del futuro y también dos actitudes ante un problema inmediato. La respuesta de un general francés anti-C. E. D. a un diputado pro-C. E. D., que le reprochaba su actitud en los pasillos del Palacio Borbón, en París, me parece que sintetiza el choque de las dos mentalidades distintas.

—Mi general: Las ideas de usted sobre el Ejército Europeo se remontan a 1870. Lleva usted ochenta y cuatro años de retraso.

—Amigo mío: Las ideas de usted se remontan al año 2038. Lleva usted por lo menos otros ochenta y cuatro años de adelanto. Sólo que yo sé lo que pasó entre 1870 y 1939, y usted no puede saber lo que va a ocurrir mañana.

«LES PELERINS DE LA PEUR»

Dejamos a Mendes-France dormitando—por la cuenta de nueve—en su coche. Hagamos ahora un «traveling» en el tiempo, hacia atrás, y detengámonos en 1949. En lugar del señor Mendes-France, del que entonces no se sabía nada o casi nada, nos encontramos con un viejo estadista británico: sir Winston Churchill. En lugar de Bruselas estamos en Estrasburgo. Está reunido en la vieja capital alsaciana el Consejo de Europa. Churchill, que languidece en la oposición, en espera de la «revancha», pronuncia un discurso. Lo ha preparado largamente, a fuerza de jerez y de «whisky», según su fórmula para oradores, en su casa de Chartwell. En este discurso lanza la idea de «integrar» a todos los Ejércitos europeos bajo una autoridad supranacional.

Señores, acaba de nacer el Ejército europeo.

La Prensa de todo el mundo—especialmente la americana—dispensó a esta idea una buena acogida. Pero nada más. Sir Winston estaba stravesando por aquella época un virulento sarampión europeísta. Era presidente de la liga federalista «Europa Unida» y había pronunciado en el Albert Hall de Londres un hermoso discurso sobre la reconciliación germanofrancesa en virtud de «un bendito acto de perdón» por parte de los franceses. Pasó el tiempo. A principios de 1950, como ustedes, sin duda, recordarán, todo el mundo creía en la inminencia de una tercera conflagración universal. Había clima de guerra en las Cancillerías. Y en este clima peligrosamente tenso se produjo la agresión de Corea del Norte a Corea del Sur, en la noche del 24 al 25 de junio. Los más asustados creyeron que, en realidad, Corea iba a ser el Sarajevo del 14. o el Dantzig del 39. Los millonarios norteamericanos anulaban las habitaciones que

tenían reservadas en los hoteles de la Costa Azul, y en Francia se inició el éxodo de los que más tarde la Prensa llamó «Les pelerins de la peur», los peregrinos del miedo. No sé por qué razón extraña la gente eligió como lugar seguro Leopoldville, en el Congo belga.

Dos meses más tarde, cuando un periódico inglés escribía: «Los americanos han demostrado que no saben batirse; ahora veremos si saben nadar» (estaban los G. I. acorralados en Fusan), se celebró en Washington (septiembre de 1950) una conferencia internacional. Reunión de cancilleres de los «grandes». El secretario de Estado, Mr. Dean Acheson, hizo una declaración que erizó los pelos de Francia: «No podemos luchar en Corea y al mismo tiempo mantener nuestras divisiones en Europa. Como Francia no puede cargar sola con todo el peso de la defensa de Europa, es preciso rearmar a la Alemania occidental, que es la más directamente amenazada por Rusia.»

Señores: Acaba de nacer la idea de que es preciso rearmar a los alemanes.

LAS VELADAS DEL QUAI D'ORSAY

Profunda consternación en Francia. ¡Rearmar a Alemania! ¡Resucitar la Wehrmacht! ¡Cuánto tiempo tardarán los «boches» en presentarse en París, en visita colectiva? ¡Iba a repetirse la siniestra profecía de Clemenceau? El impacto de Dean Acheson en la escocida sensibilidad francesa fué tremendo. Sin embargo, había hombres realistas en el Gobierno francés, y pasado el primer susto reconocieron que, efectivamente, era necesaria la colaboración alemana en la defensa de Europa. Esto evitaría a Francia, en primer lugar, un esfuerzo militar que no se sentía capaz de realizar sola. Y después alejaría la sombría perspectiva de tener que acudir en ayuda de Alemania, caso de que ésta fuese invadida por el Ejército rojo.

En el Quai d'Orsay y en el palacio Matignon hubo largas deliberaciones. El señor Plevén se enfrentaba con un dramático dilema: una Alemania rearmada, que algún día podía sentir de nuevo la tentación de desfilar bajo el Arco del Triunfo, o una Alemania inerte, que cualquier día los rusos podrían atravesar impunemente para plantarse a las puertas de París. Para un francés este dilema equivalía a elegir entre la guillotina o la cámara de gas. ¿Qué hacer?

De repente, alguien recordó, en una de las veladas del Quai d'Orsay, el discurso de sir Winston Churchill en Estrasburgo. ¡El Ejército europeo! ¡Esa era la solución! El 24 de octubre de 1950 el señor Plevén, ministro de la Defensa Nacional, expuso ante la Asamblea Nacional un plan enmendado a crear el Ejército europeo. Los diputados, que deseaban agarrarse a un clavo ardiendo con tal de impedir el rearme «incontrolado» de Alemania, encontraron original el que ya comenzó a llamarse «plan Plevén».

Plevén, que había sido educa-

do en la escuela europeísta del señor Monnet desde sus años del Canadá, puso manos a la obra.

Las gestiones para redactar el Tratado de la Comunidad Europea de Defensa tardaron quince meses. Al cabo de innumerables cabildos fué firmado en París el 27 de mayo de 1952. Ahora sólo faltaba la correspondiente ratificación por parte de los Parlamentos de las seis potencias interesadas. Es decir, faltaba lo fundamental.

Un poco más adelante hemos de ocuparnos extensamente de este documento, verdadera maravilla «mecánica» de la diplomacia europea. De momento quiero señalar un hecho importante. Es éste: en vísperas de firmarse en París el Tratado de la Comunidad Europea de Defensa se firmó en Bonn el texto de los llamados «acuerdos contractuales» con Alemania. La ceremonia se celebró, según creo recordar, en el famoso hotel Petersberg, frente a Bonn, sobre el trozo más bello del Rhin, un hotel al que antes de la guerra iban a pasar el fin de semana los poderosos industriales del Ruhr. Por los acuerdos contractuales, sucedáneo del tratado de paz concertado en Potsdam en 1945, y que no podía llevarse a efecto mientras Alemania siguiese dividida y los ex aliados también, se devolvía a la Alemania occidental el pleno ejercicio de su soberanía..., a condición de que antes entrase en vigor la C. E. D. Los franceses no dejaban un cabo suelto. Y habían de pasar dos años de forcejeo antes de que los alemanes comenzasen a preguntarse qué diablos tena! que ver la soberanía de su país con una alianza «técnica» de carácter militar defensivo. De todas maneras, la «cosa» estaba en marcha. Los Parlamentos alemán, belga, holandés y luxemburgués fueron ratificando sucesivamente el Tratado de París. Quedaban solamente Francia e Italia; prácticamente quedaba Francia, porque Italia se manifestó siempre dispuesta a la ratificación en cuanto lo hiciese aquélla.

LAS TRIBULACIONES DE M. DUPONT

Habían pasado quince meses. Y después pasaron dos años. Demasiado tiempo para pensar en una misma cosa. A medida que se iba acercando la hora decisiva de ratificar la C. E. D., los franceses fueron mostrándose más vacilantes. El peligro de guerra parecía alejarse; en Corea, el conflicto pudo ser «localizado», después de la destitución de Mc Karthur; la guerra de Indochina estaba adormecida en los arrozales del Tonkin; Stalin había muerto y sus sucesores se mostraban «conciliadores»... Había además algo muy digno de tener en cuenta: se había producido el «milagro» alemán. La enemiga secular se había puesto en pie de un salto. La tremenda vitalidad alemana vino a añadirse a las preocupaciones habituales de M. Dupont. Monsieur Dupont se preguntaba: «¡Qué ridículo papel vamos a hacer en un «tete a tete» con los «boches» en la C. E. D.» ¡Si por lo menos tuviésemos a

nuestro lado a Inglaterra, que nos ha embarcado en este feo asunto de la C. E. D. para quedarse ella en tierra!

No hay duda de que había pasado el momento psicológico ideal para lanzar un experimento tan problemático como era el Ejército europeo. Comenzaron a chocar las dos mentalidades a que hemos aludido y a generalizarse la polémica, que antes se circunscribía a una minoría de parlamentarios y de expertos. La Prensa cogió el tema de la C. E. D. por los cuernos hasta convertirlo en «leiv motiv» de sus editoriales, y, al final, Francia entera se dividió en torno a esta cuestión. Ya saben ustedes: pro-C. E. D. y anti-C. E. D. En el fondo, entraron en colisión el nacionalismo tradicional y conservador, y el federalismo supranacionalista, que pretende romper con la trágica herencia de dos guerras mundiales.

Aparte estos elementos (intelectuales) entraron a formar parte del arsenal dialéctico de los anti-C. E. D. un elemento político de extraordinaria importancia: la negativa de Inglaterra a integrarse en la C. E. D., y un elemento psicológico no menos importante: el derivado del «choc» que para muchos franceses significó «le renversement des alliances». Apegados a la tradición de aliarse con Rusia para conjurar la amenaza alemana, no se hacían a la idea de aliarse esta vez con Alemania para conjurar la amenaza rusa.

Desde luego, la terminante decisión británica de no «integrarse» en la C. E. D. fue un duro golpe para el porvenir de la Comunidad. Francia iba a encontrarse a solas con Alemania, y este encuentro era tan grato para ella como podría ser para Capercuica el tropezar de nuevo con el lobo en el bosque. Esta fue una de las cinco razones por las que el mariscal Juin dimitió su cargo en la N. A. T. O.

Todos los Gobiernos franceses que se han sucedido en estos últimos tiempos conocían el estado de ánimo de la Asamblea Nacional y de la nación en torno a este asunto. Por si esto fuese poco, la división de opiniones no coincidía con las «fronteras ideológicas» de los partidos, y dentro de cada uno de ellos también se demarcaron las diferencias, unas veces fundamentales y otras de simple matiz. Sólo el partido comunista ofreció desde el primer día un frente homogéneo radicalmente anti-C. E. D. Consecuencia: nadie se atrevió a empujar al Parlamento ante un «sí» o un «no» categórico, y todos aplicaron una cautelosa técnica de dilaciones, pese a los apremios de los Estados Unidos, que llegaron a pensar en condicionar la ayuda exterior a la ratificación de la C. E. D., con un criterio claramente coactivo.

EL CARRO DELANTE DEL CABALLO

Y así, hasta que llegó al Poder el señor Mendes-France, con su política de opciones (dentro o fuera, diríamos nosotros). Mendes-France, radical, de origen judío, jurista y economista,



Antes de salir para Londres, Mendes-France se despide de Spaak en el aeródromo de Bruselas

ambicioso, audaz y espectacular, se nos ha asegurado que no conocía el texto del Tratado de París más que por referencias de Prensa, y que, confiado en su éxito (?) en el asunto de la pacificación de Indochina y en el del apaciguamiento tunecino, no pensaba ni remotamente jugarse la popularidad y su naciente mito en una cuestión como la del Ejército europeo, que había heredado del M. R. P. y del señor Bidault. Tenía razón Reynaud cuando, durante el debate «marathon» de los plenos poderes económicos— le dijo que plantear este asunto antes del de la Comunidad Europea de Defensa equivalía a poner el carro delante del caballo. Pero Mendes-France también tenía su razón «personal» para hacerlo así. Obtenidos los plenos poderes para su «revolución económico-financiera», que es lo que pretendía desde hacía mucho tiempo, sólo le quedaba liquidar el engoroso problema de la C. E. D. ¿Cómo? Le era indiferente. Sus expertos elabora-

ron un nuevo proyecto con la orden expresa de que reuniese dos condiciones fundamentales: una, la «desupranacionalización» del Ejército europeo; otra, la posibilidad de marcharse de la Comunidad Europea de Defensa—o de inmovilizarla con el veto—en cuanto a Francia le conviniese.

Su pensamiento debió ser éste: «Si consigo que los otros acepten mi plan, le entrego a Francia una C. E. D. hecha a la medida de sus exclusivas conveniencias, y Francia me aclamará con entusiasmo. Si no lo aceptan diré a la Asamblea Nacional: «Hice todo lo posible por convencer a los demás de que Francia únicamente aprobaría un Ejército europeo como el que yo he proyectado. No les convencí. Ahora decidid vosotros.»

Naturalmente, ha ocurrido lo segundo.

COMO UNA NOVELA POLICIACA

Y bien. Nos hemos referido extensamente a los hombres y a las ideas que han girado en estos dos últimos años en torno al proyecto de crear un Ejército europeo. Pero: ¿qué es el Ejército europeo?

No es ociosa esta pregunta porque, según los resultados de varios «gallups», la inmensa mayoría de la gente ignora lo que es en realidad la Comunidad Europea de Defensa. Es más: de cada diez diputados de la Asamblea Nacional francesa, sólo uno confiesa haber leído los textos íntegros del Tratado de París y sus protocolos adicionales. Uno de los «padres de la Patria» incluso dijo:

«Tiene las mismas páginas que una novela policíaca. Pero es más aburrido y, desde luego, mucho más complicado. Prefiero la novela policíaca.»

Ello no ha impedido, naturalmente, que a la hora de emitir opiniones nadie se callase y todos vociferasen.

En efecto, el Tratado de París tiene las mismas páginas que una novela policíaca: 96 Y 132 artículos. Su lectura es bastante pesada, desde luego. Hay quienes lo consideran como uno de los



Adenauer y Mendes-France se dan la mano

documentos diplomáticos más precisos, inteligentes y previsores—sobre todo, esto último—de la Historia. Al menos eso creen algunos. Una auténtica maravilla diplomática para los estudiosos de estas materias, máxime si tenemos en cuenta la falta de precedentes y de experiencias anteriores. No queda un cabo suelto a lo largo de esas 96 páginas ni se deja lugar a la menor duda interpretativa; por si esto fuese poco, los protocolos adicionales, que son seis, ejercen la función de «instrumentos interpretativos». Otros, sin embargo, opinan que este mecanicismo ofrece muchos puntos flacos.

Vamos a intentar una síntesis de estos textos comprendidos en 132 artículos. Al final, tal vez el lector de EL ESPAÑOL sepa más cosas de la C. E. D. que muchos diputados franceses.

LAS TRIPAS DE LA C. E. D.

Digamos en primer lugar que la C. E. D. es una organización militar defensiva de carácter supranacional, integrada por las seis naciones inscritas en el plan Schuman (Comunidad Europea del Carbón y del Acero): Alemania occidental, Francia, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En virtud del Tratado de París estas seis naciones se comprometen a reunir sus fuerzas armadas, sostenidas con un presupuesto común y gobernadas por unas instituciones también comunes: un Comisariado, un Consejo, una Asamblea y un Tribunal de Justicia.

El Comisariado venía a ser como un ministerio de Defensa de Europa. Lo integrarían nueve miembros, designados por un periodo de seis años, con la misión de «actuar y controlar», de nombrar a los jefes militares hasta las unidades de base (después nos ocuparemos de ellas) y de informar periódicamente al:

Consejo, representante de los Gobiernos de «los seis», cuya principal función sería la de «coordinar la acción del Comisariado y la política de los Estados miembros»—tarea peliaguda, en verdad—y la de aprobar el presupuesto fiscalizado por una Comisión de Cuentas. Lo componían seis ministros, uno por cada Estado miembro.

La Asamblea sería la misma que se instituyó para el plan Schuman. De esta manera enlazaban dos organizaciones supranacionales en las que están interesadas las mismas naciones. Total, 87 miembros, más tres delegados: un francés, un alemán y un italiano.

El Tribunal de Justicia es el encargado de velar por el cumplimiento jurídico del Tratado y de sancionar los conflictos entre los Estados miembros.

Finalmente, claro está, las fuerzas armadas propiamente dichas (Fuerzas Europeas de Defensa o F. E. D. D.).

En este punto del Tratado fué donde se tropezó con muchas dificultades técnicas. Se corría el peligro de crear una aterradora Torre de Babel. ¡Ibamos a asistir al insólito espectáculo de ver a un capitán alemán mandando

a unos oficiales franceses, a unos sargentos italianos, a unos cabos holandeses y a unos soldados de todas estas nacionalidades?

Desde el primer momento se vió la necesidad de crear «unidades de base», de nacionalidad homogénea. Se discutió abundantemente el «nivel» de esas «unidades de base»: ¿división, Cuerpo de Ejército, Ejército? Hubo que inventar una palabra: «Agrupaciones». Trece mil hombres, las agrupaciones de Infantería; 12.700 hombres, las agrupaciones de carros de combate, y 12.700 hombres, las agrupaciones mecanizadas. Más o menos lo que corresponde a una división convencional. Las fuerzas aéreas y navales las compondrían grupos nacionales de 1.300 hombres, como máximo.

Cada Cuerpo de Ejército estaría integrado por dos o tres agrupaciones de diferente nacionalidad, con un máximo de 80.000 hombres. Todos los servicios y los mandos estarían igualmente «integrados».

Los efectivos totales de las F. E. D. D. se han mantenido en secreto. Pero el propósito inicial era crear 43 agrupaciones, repartidas así: 14, Francia; 12, Alemania; 11, Italia, y 6 entre Holanda, Bélgica y Luxemburgo.

NIVEL DE INTEGRACION: EL CUERPO DE EJERCITO

Como puede ver el lector, el elemento «supranacional» tiene poca consistencia. En definitiva, esta «integración» de fuerzas se realizó ya en el bando aliado en las dos últimas guerras mundiales. Los mismos perros, pero con distintos collares. Distintos y más complejos.

Los aspectos supranacionales de las F. E. D. D. son, en verdad, muy secundarios: presupuesto común, instrucción en las mismas escuelas militares, «standardización» del armamento y de las municiones, servicios logísticos comunes, el mismo uniforme para todos etc. Nada sustancial. Ni siquiera nada totalmente nuevo.

Haciéndose la «integración» al nivel del Cuerpo de Ejército, que generalmente tiene una gran autonomía táctica, el lector se preguntará un poco perplejo sobre qué se han basado los irrefrenables celos franceses. ¿Es que hay algo más? No; no hay nada más. ¿Entonces?...

Los objetores de la C. E. D., que no se tomaron nunca la molestia de leer las 96 páginas del Tratado, se hacían angustiadas preguntas como éstas:

—¿Es que un general alemán puede llegar a mandar tropas francesas?

No. Todo Estado miembro puede negarse al nombramiento de un general de distinta nacionalidad para mandar en una región territorial propia. Además, efectuándose la integración al nivel de Cuerpo de Ejército, queda eliminado el mando directo de un general extranjero sobre tropas nacionales propias. Está claro.

Otra pregunta alarmista:

—¿Se autoriza a Alemania a fabricar bombas atómicas, proyectiles teledirigidos, aviones supersonicos, etc.?

Tampoco. Los franceses se cuidaron bien de especificar en el artículo 107 del Tratado que «toda región estratégicamente expuesta» no puede fabricar material de guerra de destrucción masiva o de alta capacidad técnica, en previsión de que caiga en manos del enemigo. Después bastaba con considerar a Alemania como «región estratégicamente expuesta» para mayor tranquilidad del señor Dupont. ¡Como si toda Europa no fuese hoy una región estratégicamente expuesta!

LA OBSESION DE LAS GARANTIAS

Para terminar con esta síntesis, La C. E. D. tendría una vigencia de cincuenta años. La de la N. A. T. O. es de veinte nada más. Pero como está establecido que el mando supremo de la C. E. D. dependería del mando supremo de la N. A. T. O., el previsor M. Dupont se ha hecho esta tercera e inquietante pregunta:

—¿Y quién asumirá el mando supremo de la C. E. D. cuando la N. A. T. O. haya desaparecido?

Por el momento no ha habido respuesta.

Otra cosa. La C. E. D., siempre por el «exceso de confianza» de Francia en Alemania, está acorazada por un sólido caparazón de garantías. Monsieur Dupont tiene la obsesión de las garantías. Son tantas, que sería muy largo enumerarlas. Las principales: los miembros de la N. A. T. O. considerarían como un ataque contra ellos mismos cualquier agresión contra los miembros de la C. E. D. Como Francia está inscrita también en la N. A. T. O., he aquí que Francia se garantiza a sí misma, Inglaterra, a su vez, firmó un tratado de asistencia mutua con la C. E. D., y, finalmente, los Estados Unidos e Inglaterra se han comprometido a ayudar a la C. E. D. y a mantener en Europa las fuerzas que aconsejen las circunstancias.

Desde el punto de vista de las garantías, la C. E. D. es una fortaleza inexpugnable, inatacable por los ácidos e infusible al soplo. Algo sobrecogedor. Sin embargo, el señor Mendes-France, encontrándose poco menos que desamparado, llevó a Bruselas una quinta o sexta línea Maginot de garantías. Un sabroso capítulo para la patología de los pueblos.

EL GRAN ARMATOSTE

Resumiendo: En términos generales, la C. E. D. produce, sobre el papel, la impresión de un fenomenal armatoste, lento, pesado e inmanejable. Tiene, a primera vista, todos los inconvenientes de una alianza armada convencional como las que hemos visto en las dos últimas guerras mundiales, y ninguno de sus ventajas. Un aparato tan enrevesado y monolítico sólo puede justificarse, a medias, el miedo de Francia a quedarse a solas con una Alemania rearmada. (A solas y con el hormigón de las alianzas.) Y así ha ocurrido lo que ha ocurrido. El Ejército europeo ha sido derrotado antes de librar su primera batalla.

M. BLANCO TOBIO



FERMIN SANZ ORRIO, TESTIGO ESPAÑOL EN EXTREMO ORIENTE

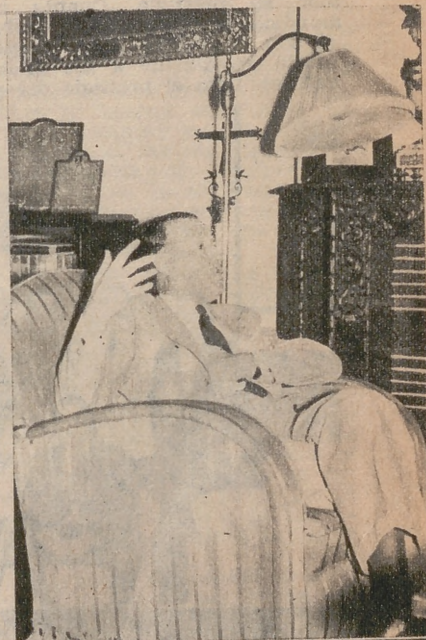
“FORMOSA ES UN
FACTOR DE
PRIMERA
CATEGORIA EN
LA ESTRATEGIA
DE ASIA”

EL EMBAJADOR DE
ESPAÑA EN MANILA
Y TAIPEH HABLA DE
LA SITUACION ACTUAL
EN EL MUNDO ASIATICO

LAS agencias informativas se ocupan ahora con nueva intensidad de la isla de Formosa. La lucha entre nacionalistas y comunistas aun no ha terminado. Queda una última baza por decidir. Esta es la que parecen dispuestos a jugar los dos bandos contendientes. Las tropas de Chan Kai Chek preparan medios de desembarco. El Ejército comunista deja entrever la proximidad de un asalto al baluarte insular de los nacionalistas. En esta incertidumbre, que parece presagiar acontecimientos inmediatos, la isla de Formosa y sus hombres saltan al primer plano de la actualidad. La ocasión es excelente para recibir, de viva voz, una impresión directa del estado de ánimo dominante en Extremo Oriente. Ningún observador mejor para esta misión que don Fermin Sanz Orrio, embajador de España en Manila y Taipeh, que ahora acaba de regresar en un corto viaje de descanso. Al aliciente de su destacada personalidad, rica en matices y valores, se une hoy el ser un excepcional testigo de lo que acontece en aquellas tierras.

LAS tierras de Asia y Oceanía tiran de la imaginación antes de conocerlas, y quedan para siempre fijas en el recuerdo cuando se ha llegado a ellas. Hay que poner un cuidado especial al visitarlas: Su misma novedad y refinada gracia pueden enmascarar luego, a la hora de buscar el ovillo de su hilo, el armazón interior de tantas gentes y países distintos. Desde nuestro mirador europeo —como manera de decir— les llamamos simplemente orientales. Pero matizar es allí obligación. Grata tarea para un po-

lítico agudo y creador que luego entró en el camino de la diplomacia. Fermin Sanz Orrio, navarro de raíz, ha sabido abrirse a la sorpresa y profundizar al mismo tiempo. Viejos posos ibéricos halló en su estadia asiática: El Santo Javier, venerado con igual unión que entre nosotros en la península indostánica; el español sonando melodioso en las islas de las especias; el recuerdo de Franco, como ejemplo heroico y confortante, entre los fieles combatientes chinos; una poética nostalgia pakistani de Al-Anda-



Sanz Orrio, nuestro Embajador, charla animadamente sobre los asuntos vitales del Oriente Medio

lus... España sigue viva al otro lado de la tierra, donde los montes son los más altos, los vientos los más fuertes, las lluvias las más continuas e incansables. Comprobarlo es motivo de alegría. Y hasta un descanso en la difícil tarea de observar cómo va transformándose en sus entrañas, el ser y la estructura política de Oriente. De modo natural surgen estas ideas al conversar con nuestro antiguo embajador en Karachi, nuestro representante actual en Manila y Taipei. Fermin Sanz Orrio —de regreso ahora para un breve descanso— trae consigo algo más que un simple inventario de nombres o paisajes. Trae también eso que solo da la auténtica inquietud humana: El fruto del pensamiento sosegado de un hombre de acción.

FORMOSA, EL BALUARTE DE CHAN KAI CHEK

La hermosura de Formosa ha quedado grabada en las pupilas de Sanz Orrio. Es una isla de bosques y montañas, frente al continente chino, que ahora se ha tornado refugio amplio de Chan Kai Chek y sus huéspedes. Fué bautizada por portugueses, admirados de tanta maravilla. Pero entre orientales, el nombre de uso corriente es Taiwan. Preguntar de otra manera es exponerse a no ser comprendido.

Formosa o Taiwan; allí llegó Sanz Orrio en los primeros días de julio de este año. Fué una sorpresa más, entre tantas como ya el Oriente le había proporcionado, encontrar un ejército aguerrido, entrenado y con material moderno, que combate contra los comunistas del continente con eficacia.

—Yo creía, en principio, que la China nacionalista era un estado artificial y que subsistía gracias al apoyo extranjero. Pero me he encontrado con que es una espléndida realidad. El generalísimo Chan Kai Chek es una gran figura que conserva inmaculado todo su prestigio. Cuanta inmundicia se intentó verter sobre él con el cilebre Libro Blanco, afectó únicamente a sus colaboradores. Pero el prestigio del ge-

neralísimo chino quedó incólume. Ahora dispone de un ejército de 600.000 hombres, que constituye un factor de primerísima categoría en la estrategia de Oriente.

La evocación es viva, cálida, como de un hecho inmediato, casi ocurrido ayer.

—Gente amable y gallarda, los nacionalistas chinos. Me colman de atenciones, no por mi persona, que les era desconocida, sino como homenaje al Caudillo Franco, que para ellos es un ejemplo. Chan Kai Chek, en conversación conmigo, llamó repetidas veces maestro a nuestra Generalísimo. Luego me dijo que se proponía enviar a España no sólo misiones militares y económicas, sino también políticas. Nuestro anticomunismo le parece auténticamente positivo y eficaz...

En la conversación van saliendo pequeño, datos llenos de significación. El recuerdo nada más, de una película vista en Taipei, sirve para dar un panorama temperamental de los países ribereños del mar de la China.

—Los formosanos están al lado de Chan Kai Chek. Sin embargo, conservan un buen recuerdo de los japoneses. Es la única excepción en todos los países, de aquellas latitudes. Resulta fácil comprobarlo: En Taipei vi una película norteamericana con un tema de la guerra del Pacífico. Pues bien, el público chino expresaba ferozmente su repulsa ante los japoneses que aparecían. Los formosanos no se alteraban. La misma reacción hostil de los nacionalistas se puede observar entre los coreanos o los filipinos. La guerra en Asia es tremendamente cruel. Y sus recuerdos resultan muy difíciles de borrar. Sin embargo, todos estos pueblos comprenden que deben estar unidos frente al comunismo.

Sanz Orrio vió bien de cerca en dos ocasiones la eficacia del ejército de Chan Kai Chek. La primera se la proporcionaron unas maniobras anfíbias celebradas en su honor. Un gran despliegue de fuerzas, fuera de lo normal. Un observador lo destacó en sus comentarios.

—Una demostración de tal categoría sólo se ha hecho en honor del general Van Fleet.

UN SIMBOLO: LA ISLA DE KINMEN

La otra exhibición de pujanza fué aun más eficaz. Tuvo lugar a dos kilómetros tan sólo del continente ocupado por los comunistas en una isleta que sirve de base a los comandos nacionalistas y que se mantiene inconquistable frente a los ataques de las tropas rojas. Y lo más significativo del caso es que la isla no está bajo la proyección de la VII flota norteamericana.

Ante ella hay acampado un ejército de millón y medio de hombres, dispuestos a intentar la invasión de Formosa. Formosa queda lejos, a más de cien millas. Sanz Orrio habla con admiración enorme de los defensores de la isla de Kinmen.

—Cuando terminó la campaña en el continente, los comunistas se metieron en Kinmen. Aquello les costó 15.000 hombres. Luego, en cuantas ocasiones han intentado volver al asalto, ha ocurrido lo mismo. Kinmen viene a ser ya como un símbolo. Yo llegué allí en avión. Sentí cierta aprensión cuando vi tan cerca el territorio rojo. Parecía que no se disponía ni de terreno para aterrizar. Pero los hombres de la guarnición tienen un espíritu indomable. Hacen desembarcos en territorio enemigo y regresan con prisioneros y material. Bombardean con sus cañones la costa de enfrente... Yo les dirigí una arenga, habiéndoles de la lucha que España comenzó contra el mismo enemigo. Resultó fácil llegar hasta el corazón de aquellos soldados. Las aclamaciones a nuestra Patria fueron atronadoras.

Con cierto pesar Sanz Orrio concluye:

—No me dejaron llegar hasta otras islas, también en manos de los nacionalistas, pero mucho más alejadas de Formosa: a trescientas millas por lo menos. Me hubiera gustado visitarlas.

Hay regusto de tiempos antiguos en los recuerdos del embajador.

—Aun quedan al norte de Formosa las ruinas de un fuerte español alzado durante nuestro Siglo de Oro. Y de China nos vinieron, incluso en años recientes, muchas cosas que incorporamos a lo nuestro: el mantón de Manila, el abanico... Yo creo que la mantilla tiene también un origen oriental. Quizá esto último no sea demasiado exacto. Pero China es una noble nación, con la cual nos será fácil establecer relaciones estrechas...

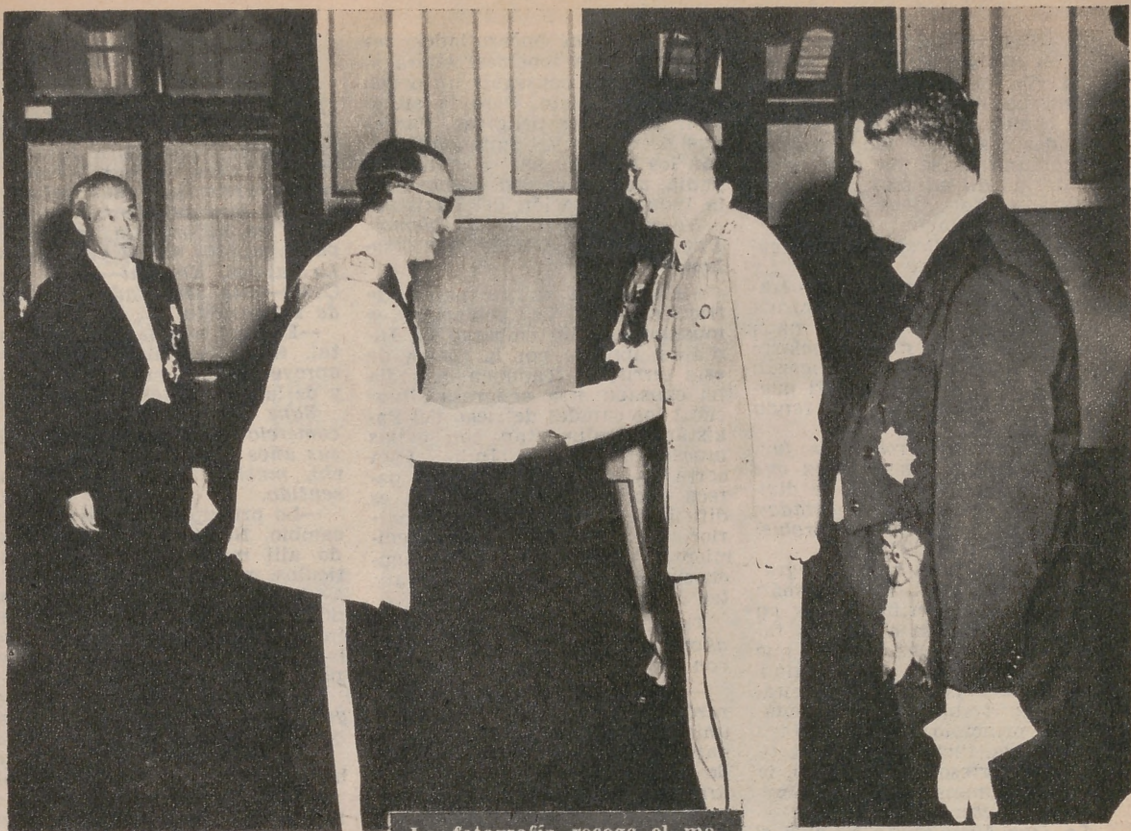
«EN FILIPINAS ME ENCUENTRO COMO EN CASA»

Ahora la atención se desplaza más al Sur. A ese innumerable archipiélago que lleva el nombre de nuestro buen Rey Don Felipe II. Filipinas también es nombre grato para la memoria de Sanz Orrio.

—Es un país lleno de España. Allí me encuentro como en casa. Todos los documentos fundamentales de la independencia filipina están en español. Rizal, el héroe más querido del país, escribió, habló, pensó y sintió en español. Se nota mucho más profundamente esta presencia espiritual en el campo. Allí llegó nuestra voz a través del misionero, del cabo de orden público... El tagalo está lleno de palabras castella-



Una reunión diplomática con la presencia de nuestro embajador en la residencia de Chan Kai Chek en Taipei. En los extremos de la pared pueden verse cuadros pintados por la señora del generalísimo chino



La fotografía recoge el momento en que nuestro embajador presenta sus cartas credenciales al general Chan Kai Chek

nas. Los números, incluso, se dicen en español.

Uno recuerda el tono melodioso que nuestro idioma adquiere en labios de las mujeres filipinas. Sanz Orrio lo corrobora.

—El castellano para ellos es un idioma fácil. Lo dominan pronto. Les sale de dentro al hablarlo. Se les da mucho mejor que el inglés y lo usan con mucha mayor perfección. Ellos también están convencidos de lo mismo.

La guerra se llevó muchos recuerdos españoles. Está iniciada, en parte, la gran tarea de reconstruirlos. En familia se suele hablar en castellano, aunque el inglés también tiene gran extensión. En general, el filipino es trilingüe. Políticamente, la posición del país es muy clara.

—El Presidente Magsaysay es un hombre del pueblo que se ha elevado por su propio esfuerzo. Fue un gran guerrillero contra los japoneses. Luego, como ministro de Defensa de Quirino, asestó tremendos golpes a los rebeldes «huks». Aunque es nacionalista tiene una clarísima visión de los puntos de vista occidentales. Y se mantiene fiel, con lealtad incommovible, a la política anticomunista. El pueblo le quiere y él está atacando con firmeza los problemas sociales, buscando elevar el nivel medio de vida. Otro gran personaje del país es el secretario de Trabajo Adevos, joven, dinámico, emprendedor. Un tipo humano muy próximo en su temperamento a nuestro Ministro de Trabajo.

España hubo de enfrentarse en Filipinas con los «moros» desde los tiempos de Elcano. Es un problema antiguo que aun sigue en pie.

—Los «moros» dominan en algunas islas del Sur. Son los mismos de antes: bravísimos, montaraces, con príncipes propios y

jefes naturales. Al país le causan grandes perjuicios, pues el Gobierno se ve obligado a organizar verdaderas campañas militares contra ellos, movilizandolos quintas y gastando mucho dinero. Los «huks» son otra cosa: un típico producto comunista. Es difícil hacerles pasar por guerrilleros. Su definición exacta no puede ser más que salteadores. La situación mejora, sin embargo. Quizá puedan ser dominados totalmente pronto.

Luego Sanz Orrio habla de algo importante para nosotros: de la necesidad de fomentar el idioma español en Filipinas. La clase rectora lo habla. Pero nunca está de más mantener el amor a nuestra lengua en las generaciones sucesivas.

INDONESIA, UN INMENSO VACIO

Esa gran región del planeta que se halla situada al sur y al este de Asia, y en la zona occidental de Oceanía, es hoy un hervidero de inquietudes. El «statu-quo» existente antes de la última guerra mundial está en crisis. Nacionalidades nuevas, todavía inseguras y a medio hacer, influyen en su dinámica política. Indonesia es una de las grandes incógnitas. Sanz Orrio enfoca su problema, inicialmente, desde un punto de vista demográfico:

—Sólo unos ochenta millones de habitantes ocupan un país que podía sostener, con holgura 200 ó 300 millones. Como es natural, China y Japón tienen los ojos puestos en tanto espacio virgen. Es un subcontinente vacío frente a dos regiones superpobladas. Religiosamente, Indonesia tiene mayoría musulmana.

Hoy la política es izquierdista, casi comunista. Sin embargo, los comunistas le han dado muchos disgustos al Gobierno y éste se ha visto obligado a medir más sus actos. Así, por ejemplo, el primer ministro indonesio votó con Pakistán en la conferencia de Colombo frente al Pandit Nehru. En esta zona de Asia la situación es peligrosa, muy peligrosa. Birmania es casi comunista, por ejemplo. Pesa, sobre todo, la influencia de China. El futuro de China decidirá el de toda Asia.

Ahora es otro problema general, de estructura social, el que Sanz Orrio señala.

—En esta parte del mundo la gran mayoría de los individuos son analfabetos. Hay que prescindir de ellos al considerar los problemas ideológicos. En cuanto a la minoría culta cada vez siente disminuir más su admiración por el hombre blanco. Antes había un odio dominado totalmente por la admiración y el temor. Hoy esos sentimientos se ven sustituidos por una mezcla de odio y desprecio.

No podía faltar una referencia a Indochina. Visto desde Asia el acuerdo de «alto el fuego» resulta mucho más catastrófico aún.

—La Conferencia de Ginebra ha sido considerada en todo Extremo Oriente como una claudicación occidental. Su influencia en el ánimo de los asiáticos es tan grande como lo fué la dominación de China por el comunismo. En realidad, el único contrapeso sólido frente a la China roja es el Japón.

Hay ahora un intermedio japonés. Una especie de retorno hacia el Norte cuando la conversación se fijaba en el Sur. Sanz Orrio admira al Japón actual.

—Es como Alemania occidental. Los niños, desde que nacen, son

disciplinados. Van por las aceras en fila sin alterar su formación. Ya de mayores conservan el mismo hábito. Trabajan mucho, comen poco... Han hecho ya grandes cosas. De todas formas, el comunismo se ha aprovechado de las dificultades de la posguerra y hoy tiene una gran fuerza en el Japon.

Una pausa. Después, algo curioso y esclarecedor.

—La adoración por el Emperador se mantiene con la misma intensidad que antes. De nada ha servido que él mismo declarase que no tiene ninguna ligazón directa con la divinidad. El pueblo sigue adorándole en el fondo de su alma.

Las diferencias religiosas fueron la principal razón para que la península indostánica se dividiera en dos grandes Estados. Gráficamente, resume el problema Fermín Sanz Orrico.

—La vaca es un animal sagrado para los indios. El musulmán en sus fiestas sacrifica vacas en gran número. Esta diferencia radical es una de las muchas que hicieron inevitable la escisión. A causa de las costumbres citadas hubo tremendas mortandades. Al principio se creó la Liga Musulmana, incluida en el Partido del Congreso Indio. Luego, la Liga Musulmana se separó y adquirió carácter nacionalista.

La Liga Musulmana ha sido el gran partido dominante en el Pakistán. Ella organizó el país después de la independencia. El ejercicio del Poder desgasta. Es un mal inevitable.

—Pequeños grupos políticos fueron apareciendo. Y el frente unido de los partidos de oposición consiguió derrotar a la Liga Musulmana en el Pakistán oriental. Creció un espíritu secesionista. Surgieron disturbios en las zonas industriales. Porque el Pakistán oriental había sido industrializado con capital de la parte occidental. Entre cada uno de los dos sectores hay unas mil millas de distancia. La oposición realizó su campaña electoral con la afirmación de que el Gobierno favorecería a la zona occidental.

Se lanzaron peligrosos «slogans» separatistas, como «Bengala para los bengalíes»... No tuvo más remedio el Gobierno que decretar la ley marcial, nombrar nuevo gobernador general de la zona con poderes dictatoriales e

incluso fueron encarcelados varios ministros rebeldes. Ahora se ha llegado a conseguir un orden público completo. Pero la situación latente es peligrosa. Parece que detrás de las agitaciones están los comunistas... e incluso la India, que no ve con buenos ojos la industrialización del Pakistán.

No paran aquí los problemas. Hay otros también de difícil solución.

—Cachemira es un punto de fricción más. La población es musulmana. Sin embargo, la India se apoderó por la fuerza de este territorio. También la India ha causado otra peligrosa situación: los canales de riego del Pakistán se alimentan con aguas procedentes de la India. Esta corta las corrientes cuando le parece oportuno... La situación es difícil. En cuanto a política interior, si se siguen los procedimientos democráticos habrá muchos incidentes como los que antes he relatado.

Fermín Sanz Orrico analiza ahora las relaciones del Pakistán con los países árabes.

—Como antes le he dicho, la razón de ser del Pakistán es la unidad religiosa. Quiso consolidarse haciéndose cabeza del mundo musulmán. Pero los países árabes no se prestaron a un entendimiento en este sentido. Indonesia, que también es nación musulmana, queda demasiado lejos. Ante estas realidades el Pakistán ha renunciado a apyarse en los países de igual religión. Por eso ha firmado su pacto con Turquía, y por eso coincide su política con la de los Estados Unidos. Se ve impelido por razones vitales. Por eso ha llegado a acuerdos también con el Irán y el Irak, naciones próximas geográficamente. En cambio, con Afganistán tiene una grave cuestión fronteriza. La posición del Pakistán es correcta y sensata. En cambio, Afganistán busca pelea y se une con la India.

La causa del litigio son los «patanes». Unas tribus belicosas y nómadas que viven en la zona fronteriza.

—Yo creo que Pakistán es quien tiene la razón. Los «patanes» se encuentran a gusto en el Estado pakistaní. Aunque son de raza afgana se sienten mejor tratados y comprendidos por el Pakistán.

Hay un tremendo esfuerzo del Gobierno pakistani por elevar el nivel de vida en su país. La agricultura es la principal fuente de riqueza. Pero se han llevado a cabo meritorias industrializaciones. La zona occidental es cerealista; en la oriental, los principales cultivos son el yute y el té. La capital, Karachi—en la zona Oeste—está levantada en medio de un desierto.

—Es muy seca la zona occidental. Sólo hay algunos regadíos aprovechando aguas del río Indo y de las vertientes del Himalaya.

Sanz Orrico se fija ahora en el comercio con España. El tuvo, en sus años de embajador en Karachi, muchas iniciativas en este sentido.

—Lo principal ha sido el intercambio. Nosotros hemos mandado allí maquinaria, algunos artículos manufacturados, azúcar... A cambio recibimos yute y algodón. De todas formas, pueden intensificarse mucho nuestras relaciones comerciales. Por ambas partes hay la mejor voluntad.

En ciertos aspectos aun es grande la influencia inglesa. Aunque va disminuyendo.

—La alta sociedad está muy britanizada todavía. Se hablan muchos idiomas en el país, y el inglés es el mejor vehículo para el entendimiento común. Hasta ahora los puestos importantes de la Banca, el comercio, la Administración, etc., estaban en manos de ingleses. Sin embargo, van siendo paulatinamente ocupados por las generaciones jóvenes, muy preparadas y laboriosas.

La entrevista se acerca a su fin. Pero no por eso olvida Sanz Orrico dos puntos importantes. Uno de ellos, la simpatía casi poeizada, que sienten los pakistaníes por España. La otra, el profundo arraigo que en toda la península indostánica tiene el culto a San Francisco Javier.

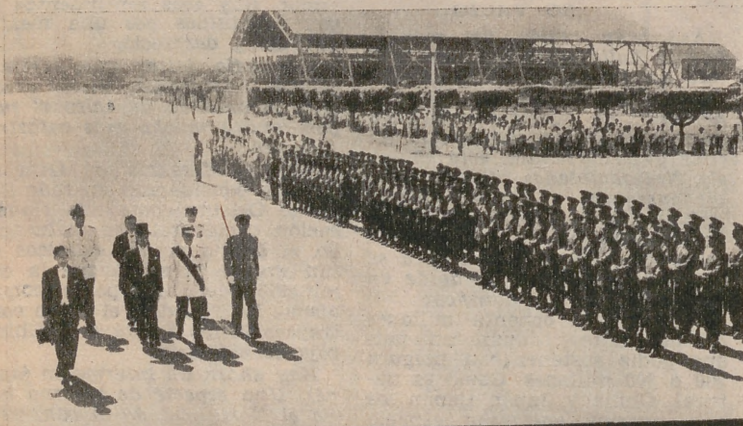
—No hay zona donde no haya un grupo de magníficos católicos, procedentes en muchos casos de Goa o de los restantes establecimientos portugueses. Es hermoso comprobar cómo en el Pakistán, en la India, en Birmania, en Ceilán, se rinde culto a San Francisco Javier ante imágenes que reproducen fielmente su cuerpo incorrupto conservado en Goa. También abundan los apellidos portugueses. Se encuentran a cada momento nativos que se llaman Nufies, Sousa, Gomes, Pereira, Fonseca...

En cuanto a la amistad por España no hace falta ponderación. Aparte de motivos sentimentales hay otros políticos, que Fermín Sanz Orrico resume así:

—Fundamentalmente, el Pakistán milita con nosotros, a nuestro lado, en la lucha contra el comunismo. Aunque no hubiera más razones, ésta sería decisiva a la hora de valorar su amistad.

Fermín Sanz Orrico habla con exactitud y sobriedad. No le gusta decir palabras de más. Su charla es rápida, nerviosa, incontinente. Sus gestos, elocuentes y sobrios. Ya pasa del mediodía. Hay que despedirse. El mismo nos acompaña hasta el ascensor. Una sonrisa cordial. Un apretón de manos. Y la entrevista ha terminado.

Francisco CARANTONA



Fuerzas chinas en el aeropuerto de Taipéh rinden honores a don Fermín Sanz Orrico, embajador de España, a su llegada a Formosa

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

MADRUGADA DEL 15: EL MARQUES DE BENDAÑA ULTIMA LOS PREPARATIVOS

MARFIL, EN SU PUESTO HASTA EL FINAL

Por Francisco CASARES

CUANDO vi salir de Palacio, a las ocho y cinco de la tarde, el coche de los guardias civiles que daban habitualmente escolta al Rey, con el atuendo de viaje (guardapolvos, gafas, gorrillos de cuartel, en lugar de los tricorrios), y comprendí que el Monarca destronado había salido por la «puerta incógnita», puede decirse que había terminado mi misión de redactor palatino. La jornada dramática del 14 de abril cerraba un período de la Historia de España. Y también de mi personal actuación. Todavía habría de volver por el que fué regío Alcázar y pasaba ese día a ser Palacio Nacional, pero no como informador palatino. Esta denominación entrañaba la recogida de las noticias y los pormenores de la vida de la Corte. Y lo que me llevaría en adelante a la plaza de Oriente era otra cosa: la política. Sólo el interés y la obligación de informar a los lectores de mi periódico de las cosas de ese carácter: el despacho de los Ministros con el Presidente, los Consejos, la tramitación de las crisis. Con explicación amargura iba yo calle del Arenal adelante, camino de la Puerta del Sol, tropezando con la muchedumbre enardecida y alborotada, y pensaba en las capillas públicas, en las fiestas de la Corte, en los actos solemnes que había tenido que reseñar durante doce años, con la responsabilidad de hacerlo para el periódico que más cultivaba esa sección. Todo había terminado.

Me dirigí al Ministerio de la Gobernación, por si todavía estaba allí mi jefe y amigo, don Mariano Marfil, último Subsecretario de ese Departamento con el régimen monárquico. Me di cuenta, sin necesidad de acercarme ni preguntar, de que ya no era posible que siguiera en el edificio. En el balcón central se ha-



Después de las elecciones, elementos izquierdistas dan vivas en la puerta de un edificio público

laban los nuevos gobernantes, los de la República. Por los demás se asomaban a la Puerta del Sol, materialmente invadida por una multitud vociferante, los restantes jefes y jefecillos de la República naciente, amigos, allegados y correligionarios destacados de los del Gobierno provisional, aspirantes a la honrosa misión de administrar la vida pública española desde los puestos que se les asignara. Allí no había ya nada que hacer. Y, como pude, entre codazos y pisotones, dejé a aquella masa, plébrica de entusiasmos y de confianzas—¡qué pronto frustradas!—, y marché, con prisa que acaso inspirara más el deseo de apartarme de «aquello» que el de llegar pronto, hacia el domicilio de Marfil. Vivía éste, a la sazón, en la calle de Santa Teresa, en un piso tercero. E tuve unos segundos en la salita que tenía para recibir, antes de pasar a su despacho. Allí pude contemplar el retrato al óleo que le hiciera Benedito. Admirable de técnica, de colorido, de expresión. Una verdadera obra de arte. Ese cuadro se lo regalaron, por voluntaria suscripción, todos los funcionarios del Cuerpo de Aduanas, como manifestación de gratitud por los beneficios que su actuación les proporcionó cuando fué director general, en 1930. Había yo sido secretario suyo en esa etapa, como en todos los cargos públicos que ejerció. Las mejoras que in-

trodujo en las plantillas, las reformas en los aranceles, la reorganización de la Sección de Estadística, con su «Boletín», y otras muchas iniciativas que enaltecieron ese Cuerpo, hubieron de merecer el reconocimiento de los que lo integraban.

MIGUEL MAURA Y EL
SUBSECRETARIO MO-
NARQUICO

Hallé a mi jefe frente a un montón de papeles. Como siempre, rodeado de libros. El despacho era pequeño y había libros por todas partes: por las sillas—aparte los estantes, que llegaban hasta el techo—, sobre la mesa y en el suelo. El cuarto de trabajo de un escritor es siempre así. Encontré a Marfil cansado, pero entero, sin señales de abatimiento. Y me contó pormenorizadamente las últimas horas de su presencia en Gobernación:

«Entendí que mi deber era permanecer hasta que hubiera una autoridad que viniera a hacerse cargo de aquello y que me sustituyera. Me sugirieron muchos que me fuera. Ya no había nadie en ningún departamento. Yo comprendo que fueran dejando sus despachos y abandonando una función en la que ya no podían hacer nada. Pero yo tenía aún cometidos que llenar. Después de organizar la salida del

Rey, con las máximas garantías posibles, me quedaba el saber que esa salida se había realizado sin novedad y que Don Alfonso caminaba hacia Cartagena. Hasta última hora era verosímil un incidente, un entorpecimiento. Claro que yo no lo iba a evitar, cuando ya resultaba imposible controlar nada. Pero mi conciencia me decía que debía estar allí. En efecto, he tenido la satisfacción de dejar mi puesto sabiendo ya que el Rey se hallaba en la carretera y que no había sucedido nada anormal.

A media tarde estubo a verme Rafael Sánchez Guerra, que va a ser el Secretario de la Presidencia de la República, y me invitó a que dejase el Ministerio. Ya sabe usted que conozco a este muchacho porque es hijo de don José, con el que fui Subsecretario el año 22. Tengo con él amistad y confianza y le pedí que me relevara de la amargura de dejar el despacho antes de comprobar que el Rey había salido de Madrid. Así lo hizo. Se instaló en otro de los despachos vacíos. Yo, refugiado en el que había sido mío, escuchaba el rumor de pasos y de voces. Se hallaba todo lleno. No cesaban de llegar gentes que suponían que en Gobernación estaba el interés de aquel final de la jornada del día 14. Y que acudían atraídas por la sugestión de estar cerca de los personajes descollantes de la República. Yo pasé allí solo, como acorralado, unas horas de inquietud, de zozobra. No estaba —se lo aseguro—atemorizado por lo que a mí me pudiera suceder, sino por lo que acaso sucediera a quien hasta hoy ha sido el Jefe del Estado. Los del Servicio Telegráfico del Ministerio se han portado lealmente, dándome toda clase de facilidades para las comunicaciones telefónicas que necesité establecer. Hablé varias veces con Palacio y con la Dirección de Seguridad, donde también estuvo el general Mola hasta última hora.

Poco después de las ocho me anunciaron que había llegado Miguel Maura. Y, en efecto, apenas me lo acababan de decir, entró en mi despacho. Me saludó afectuosamente:

—¡Hola, Marfil! Ya se puede usted imaginar a lo que vengo. Ha sido proclamada la República. Soy el Ministro de la Gobernación.

—Perfectamente —le repuse—. Me doy por enterado.

Estreché su mano, que me tenía cordial, y salí del despacho y del edificio. Me dijeron que me iba a costar trabajo, me brindaron una puerta poco frecuentada que da al callejón de San Ricardo, pero me negué. Como usted comprenderá, no iba a poner al final una nota de cobardía practicando algo que se parecía mucho a una huida. Me dirigí por el patio a la salida de la calle del Correo—la de la Puerta del Sol estaba cerrada—y allí esperé. Me decían que si la muchedumbre advertía mi salida me podía costar un serio disgusto. Estaba junto a la puerta y en una ocasión en que se abrió para dar acceso al coche de uno de los nuevos Ministros aproveché y salí a la calle. No pasó nada. Ni me reconoció nadie. Era difícil. Si hubiese sido una figura popular,

como Romanones o Cierva, acaso me hubiesen conocido y molestado. En seguida me confundí con la gente y pasé a ser un ciudadano más. Mi misión oficial había llegado a su epílogo.»

Mucho se comentó después la actitud de gallardía y de entendimiento del deber que adoptó don Mariano Marfil. Yo la conocí por su propia sencilla referencia. Era todo un caballero, un soldado, y sabía mucho de esas virtudes que tantas veces hemos visto olvidadas y hasta pisoteadas: la lealtad y la disciplina.

DEJAN PALACIO LA REINA Y SUS HIJOS.—EL PRINCIPE DE ASTURIAS, ENFERMO

El día 15 acudí muy de mañana a Palacio. El panorama había cambiado casi por completo. Encontré todavía en la plaza de Oriente grupos de rezagados que seguían lanzando al espacio sus imprecaciones y sus vitores. La Reina, el Príncipe de Asturias y los Infantes habían quedado en Palacio. Después de la salida precipitada del Rey se convino en que las demás personas de la familia real permanecieran allí unas horas y que el Gobierno republicano garantizaría su marcha sin contratiempos. Doña Victoria quería demorar un par de días su salida porque se hallaba muy fatigada por la fortísimas impresiones de las jornadas anteriores. Desde el domingo por la noche estaba postrada en un diván de su gabinete. Los ojos los tenía ribeteados por efecto del llanto. Quería además recoger con calma y sin precipitaciones sus joyas, sus vestidos, los recuerdos personales acumulados durante un cuarto de siglo de reinado. Pero el Gobierno había dado órdenes de que dejaran Madrid las personas reales al día siguiente de haberlo hecho el Monarca.

El Príncipe de Asturias se hallaba en sus habitaciones. Estaba enfermo. Su dolencia crónica—la hemofilia—se había agudizado y llevaba ya alguna semanas en cama. Le rodeaban sus médicos y varios amigos íntimos. El Príncipe no se dio cuenta realmente de todo lo que sucedía. El Rey, antes de marchar, había permanecido un buen rato a la cabecera de su lecho, a solas con su hijo. Es de suponer que en aquella entrevista, antes de reencontrarse en el exilio, hablarían de los acontecimientos. Pero seguramente no dió el Rey a su augusto primogénito demasiados detalles. Acaso por la premura del tiempo y el natural nervosismo de la situación. Quizá por no influir más en su estado. El hecho es que el Príncipe mostrábase extrañado de que fuera preciso abandonar Palacio y salir de España tan de prisa.

Nosotros, los informadores, apenas alcanzábamos a saber lo que pasaba en el interior del Alcázar. El movimiento que desde la puerta principal advertíamos era, desde luego, menor que el de la jornada precedente. Como era también de menos intensidad el agolpamiento de gentes en la plaza. Por los subalternos—el mayordomo mayor de la Reina, marqués de Bendaña, no no dijo nada concreto, aunque estuvo, como siempre, deferente y amable—supimos que todo estaba preparado

para que la Reina y sus hijos marcharan. En el rápido de Irún iban a hacer su viaje hacia la frontera de Francia. Nos informaron también de que la noche pasada la Soberana no había dormido un solo minuto. Estaba agotada. Pero los nervios la tenían despierta, pendiente de cualquier noticia que pudiera llegar del viaje de Don Alfonso. Antes de la partida de la augusta dama e recibieron noticias de la llegada al puerto de Cartagena y de haber embarcado sin novedad ni contratiempos. Estos informes, como es lógico, tranquilizaron el ánimo de Doña Victoria y de las personas de su séquito. Oyó misa. Asistieron también a la religiosa ceremonia los Infantes. Un criado de lo que tenían más acceso a las estancias regias nos dijo que el Infante don Gonzalo ayudó a esta última misa palatina. Los rostros de todos los que estuvieron en la pequeña capilla denotaban el dolor acerbo que conturbaba a los allí congregados. Después, febrilmente, los preparativos. Se convino en que no fueran a la estación del Norte a tomar el tren, en evitación de posibles incidentes. Y la marcha se organizó por carretera, a fin de que la Reina y sus hijos subiesen al rápido en El Escorial.

EL ULTIMO BESAMANOS PALACIEGO.—LA DESPEDIDA

La servidumbre de la Corte pidió despedirse de la Reina. A allí, como en otras ocasiones más solemnes y más tranquilas, se improvisó un besamanos. Los criados, los subalternos, las doncellas y amas de llaves, desfilaron ante la augusta dama, besando sus manos, en tanto que le era imposible contener su emoción y sus lágrimas. La Señora se hallaba también visiblemente afectada. El marqués de Bendaña, el conde de Maceda—caballero mayor—y la duquesa de San Carlos—camarera—avisaron a la Reina que todo estaba dispuesto.

Pasaron todos, las personas reales y las del séquito, a las habitaciones del duque de Génova, de las que ya he hablado más de una vez en estos apuntes; por ser las que utilizaba el Monarca en sus estancias accidentales en Madrid, en verano. Más habrá que hablar de esas dependencias todavía, porque son las que usaron los Presidentes de la República oficialmente. Como es sabido, las referidas habitaciones dan al Campo del Moro y allí está la «puerta incógnita». Los automóviles hallábanse alineados en la explanada que hay delante de esa parte del Alcázar, entre sus pétreos muros y los jardines. Allí llegó, casi en brazos de sus servidores y sus ayudantes, el Príncipe de Asturias, al que con todo cuidado se instaló en uno de los coches. Pocas personas se hallaban en aquel lugar en la triste ocasión de la partida. Con los que iban a realizar el viaje, acompañando a Su Majestad y Sus Altezas, algunas damas de la Reina, tal cual aristócrata, y una parte del personal palatino. Los autos descendieron por la avenida principal del Campo del Moro a tomar la Casa de Campo, para salir a la carretera. Muchas veces ha sido descrita la marcha

hasta llegar a la estación escorialense. La detención en Galapagar para hacer tiempo, la breve estancia en el andén, en uno de cuyos bancos, solitario y mustio, estaba sentado, esperando al cortejo, el conde de Romanones, que había sido el gestor del tránsito de un régimen a otro, pero que no abdicó nunca de su fervorosa adhesión a la Monarquía. A media mañana llegó el rápido de Irún, ascendieron a los coches y se inició la marcha definitiva hacia el destierro. No voy a repetir en estas notas de evocación personal los pormenores de ese comienzo del regio viaje. Primero porque en su momento fueron suficientemente divulgados, y después, porque no los he de presenciar y quiero limitarme a narrar aquello de que fui testigo de un modo directo. La familia real había dejado el Palacio donde residiera lustros y donde nacieron el Rey y sus hijos. El capítulo final de la historia de la Institución quedaba cerrado.

LA INFANTA ISABEL Y SU POPULARIDAD.—TODOS SE OLVIDA.—A PARIS

Los informadores palatinos, entristecidos, contrariados, dejamos aquella puerta y aquel zaguán donde durante muchos años habíamos cumplido nuestra misión. Como dije antes, habríamos de volver a Palacio. No en seguida, porque los primeros meses, antes de ser promulgada la Constitución y elegido el Presidente de la República, nadie iba al Alcázar. Alcalá Zamora era jefe del Gobierno provisional y la información estaba en la Castellana.

Una persona de las que integran la real familia había quedado en Madrid: la Infanta doña Isabel, gravemente enferma. El Gobierno la autorizó para permanecer en España. Su popularidad y su propio estado de salud inspiraron esa concesión. Pero en el palacio de la calle de Quintana no había información que buscar. Se recibían en mi periódico noticias diarias de la marcha de la enfermedad. Y pocos días después se supo que la Infanta había decidido, a pesar de su situación, abandonar también su casa y Madrid, a fin de unirse en París a sus augustos familiares. La Infanta había sido, sin duda, la má: «madrileña» de los Borbones. Recibió millares de veces la manifestación calurosa de simpatía y de adhesión popular de las gentes sencillas, que la querían sinceramente. No podía ella imaginarse que su salida de España habría de ser fría, sin que la rodearan los aplausos y los piropos que tantas veces fueron el tributo efusivo del pueblo, de un pueblo que había cambiado de sentimientos y de actitud tan rápidamente.

LA INFORMACION EN LOS COMIENZOS DEL REGIMEN REPUBLICANO.—LOS MINISTROS HALAGAN A LOS REDACTORES POLITICOS DE LOS PERIODICOS ADVERSOS

Como dejo dicho, la información palatina estaba virtualmente acabada. Y la presencia en Palacio, suspendida. Cuando se reanudó fuimos a desempeñar esa función los mismos redactores. Pero ya con otro matiz, con

otras características. Sin preocuparnos más que de la parte puramente política. Mi labor cambió de manera radical. El Consejo de Ministros se celebraba—como ha sido tradicional costumbre—por las tardes. Las mañanas pasaba en la Redacción, recogiendo lo que traían de nuevo los periódicos matutinos. Iba a algún Ministerio en busca de noticias. Y por la tarde, al Congreso, aunque todavía no había comenzado a actuar la nueva Cámara, con su sobrenombre de Constituyente.

Además la información política estaba casi acaparada por los que pertenecían a los periódicos republicanos. Los que tenían entre nosotros, compañeros esa etiqueta eran los que pululaban por las antecámaras, los que celebraban entrevistas con los jefes republicanos y los que «sabían» de la marcha interior de los asuntos de valor informativo. Sin embargo, se dió un caso verdaderamente curioso. Y es que los altos dignatarios, los Ministros, los personajes más relevantes, preferían a los informadores de los periódicos que no «comulgaban» con sus ideas. Para Febus a mí me bastaba con lo que todos íbamos sabiendo. Para «La Epoca» apenas había que trabajar. Con que no faltasen las noticias del día, las sustanciales, de las que un periódico no podía prescindir, bastaba.

Pepe Losada, Solache — de «A B C» y «El Debate» — y algunos otros de significación adversa a la República eran visiblemente «animados» por los nuevos gobernantes. Los buscaban, los adulaban, y se veía claramente que les gustaba que sus declaraciones o las noticias—muchas veces dadas con paradójica exclusividad—aparecieran en aquellos periódicos. Se interfería acaso un complejo: el de «disfrutar» de las mismas tribunas que habían disfrutado los políticos de la Monarquía. Y también inflaba, sin duda, el que esos periódicos no republicanos fueron, y seguían siendo, los de más popularidad y prestigio. Este menor precio para los auténticamente republicanos y la predilección por los que no lo eran se manifestaba a cada paso. Y pudo ponerse de relieve en más de una ocasión señalada, como, por ejemplo, en el primer viaje oficial del Presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, viaje del que me habré de ocupar en un capítulo de estas Memorias, porque fui uno de los periodistas madrileños elegidos para acompañar al entonces Jefe del Estado y a su Ministro de Jornada, que

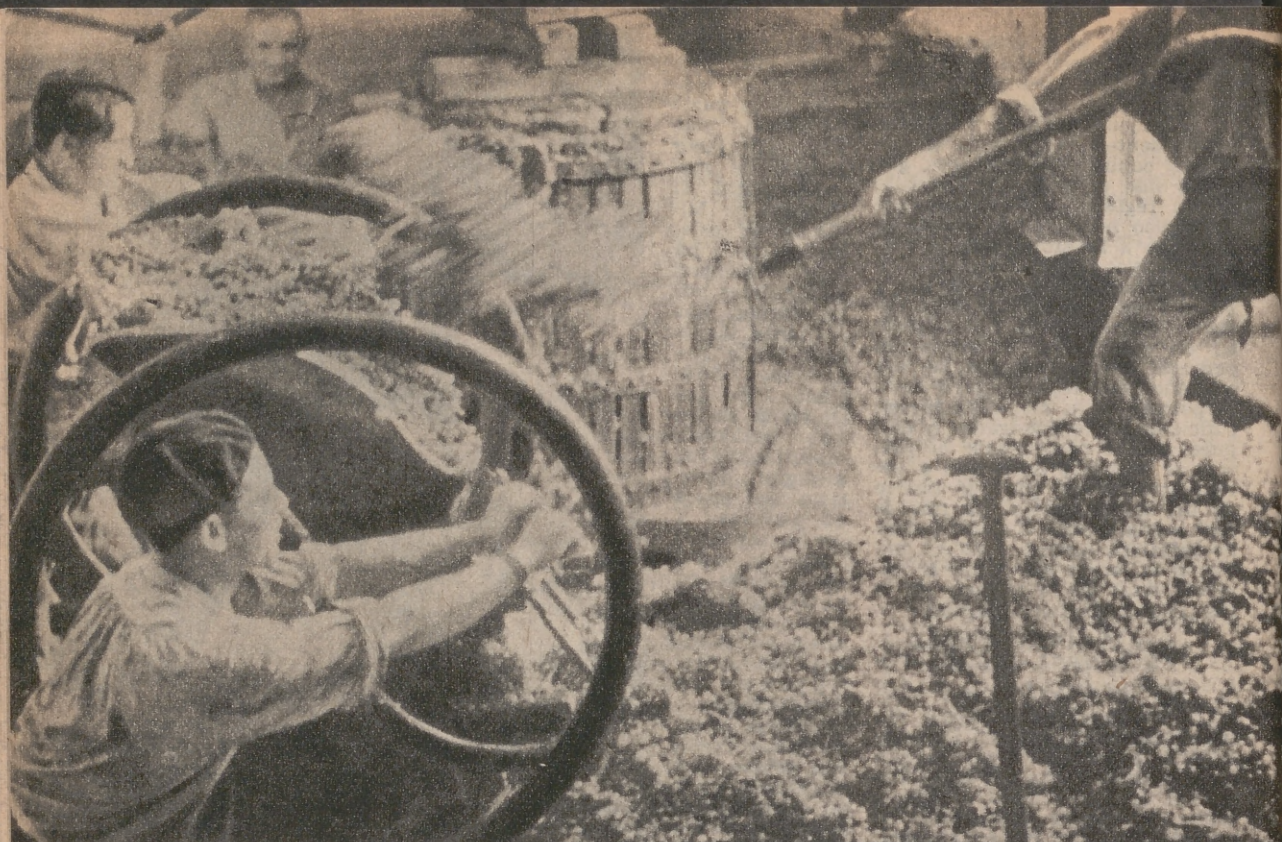


En los periódicos, la noticia del triunfo de las repúblicas

fué en aquella Indalecio Prieto.

Recuerdo que en aquellos primeros días, y para establecer contacto y darnos a conocer sus primeras impresiones, nos invitó a almorzar don Miguel Maura, el flamante Ministro de la Gobernación. La comida se celebró en Tournié, el restaurante que había en la calle Mayor, en su comienzo, y que ha desaparecido ya. Estuvimos como una docena de redactores políticos. Maura se esforzó en resultar agradable, conversando animadamente, contando anécdotas de la etapa de preparación de la República. Y no se me olvidará que arremetió mucho, con cierta delectación, contra su hermano don Gabriel, duque de Maura, al que no negó condiciones de culto y erudito, pero al que regateó otros muchos méritos y circunstancias de tipo humano.

Prieto, que había sido muchos años periodista—y con el que yo llegué antes del cambio de régimen, a tener una gran amistad profesional y unos lazos cordiales que no me valieron de nada en el periodo de la dominación roja, cuando estaba refugiado en la Embajada argentina, y él personalmente tachó mi nombre de una relación de salida de sus exilados que propuso al Gobierno el encargado de Negocios, doctor Pérez Quesada—, acentuaba esa actitud de tener más contacto y deferencias con los informadores políticos de los diarios de posición contraria a la República. Y así, otros Ministros y personajes de aquel tiempo. Hasta que las pasiones se encrespaban, la lucha se endureció y ya el diálogo resultaba menos practicable. De todo ello y de cómo desarrollé mi trabajo en los años de la República, primero en «La Epoca»—hasta el 33—y luego en «El Sol» y en «Ya», cuando este periódico era de la tarde, hablaré circunstanciadamente en otras crónicas de las que van formando estos apuntes retrospectivos.



PERIODICAMENTE las crisis del mercado de vino han encrespado los ánimos en todas las ramas de la vitivinicultura. Acaso con más pasión que en ninguna otra riqueza agrícola, los «contendientes» en la palestra del mosto se han lanzado a combatir con la acusación de culpabilidad unilateral, muy difícil, por otra parte, de concretar en un determinado sector. Lo cierto es que todos en ello pusieron sus manos, siquiera resulta justo reconocer que las más de las veces han sido los cultivadores, los cosecheros, los que en mayor grado han sufrido las consecuencias de la anormalidad comercial.

No abordaremos aquí aspectos técnicos del problema ni vamos a entregarnos al socorrido fuego de las cifras, y mucho menos a sugerir o plantear «soluciones» para que los mostos de nuestros viñedos puedan por siempre y para siempre discurrir apaciblemente por los canales del consumo interior y del mercado extranjero.

Desde hace años estamos voluntariamente enrolados en la terrible galera del vino, remando y remando sin cesar en aguas encrespadas y a veces en pleno centro de furioso temporal levantado por los vientos de contrapuestos intereses. Hemos dicho «voluntariamente» porque ni una copa ni un racimo, ni siquiera un miserable sarmiento poseemos que pudiera inducirnos a ser parte en la pelea. Solamente la consideración de que la uva es, fruto por fruto de los de nuestros campos, el que alcanza mayor valor global; solamente porque son millares y millares las familias que viven directa y exclusivamente del cultivo de la vid; solamente porque a ese formidable signo de riqueza está vinculada también la vida de infinidad de

DIALOGO EN TORNO A

trabajadores netos que sufren los impactos de las vicisitudes del mercado; solamente por todo eso y porque «sufrimos» del gozoso tormento de querer ver a la Patria y a las colectividades sociales dichas y en permanente marcha progresiva, nos enrolamos en la bandera de los hombres que aspiran a desempeñar un papel constructivo en servicio general.

SUBITA BONANZA

La reciente disposición ministerial autorizando a la Comisión de Compras y Excedentes de Vino para adquirir todas las partidas que le fueren ofrecidas en venta ha producido una súbita bonanza, y esto nos inducía a descansar en el banco de galeote voluntario. Pero he aquí que en la galera ha penetrado un amable caballero que se nos ha presentado y dicho:

—Soy EL ESPAÑOL. Necesitamos ocho folios acerca del vino para mis columnas...

—¿Ocho folios?

COMO SURGIO EL PROBLEMA

—No se asuste. Será tarea fácil; algo así como un resumen de lo ocurrido desde que se planteó el problema del vino...

—¿Desde 1952? Porque allí empezó el jaleo que ha cortado el señor Cavestany con firme pulso, además decidido y generoso corazón.

—Exactamente.

—Corría el año 1952. Andaba ya el demonio atizando el fuego de la discordia en el mercado.



Esa discordia tenía su manantial en el alcohol industrial, que se entrometía, perturbador, en el campo que debe estar reservado al alcohol vínico, conforme a lo establecido en el Estatuto del Vino. Era precisamente la misma cuestión que en Francia originó periódicas crisis de Gobierno y luchas (a veces corriendo la san-



VASO DE "BUEN VINO"



gre) entre los viñadores del Mediodía y los remolacheros del Norte. En este mismo año de 1954 aquéllos han vuelto a las andadas, aunque en esta ocasión no ha pasado de un grado de rebeldía reducida a la interrupción del tránsito por carretera, para lo cual recurrieron al empleo de envases repletos de mosto situa-

dos en las vías de comunicación a modo de barricadas.

—¡Un momento! Eso del alcohol industrial debe ser cosa bastante complicada...

—Por eso ha complicado tanto...

—¿Cómo se forma y de dónde procede esa clase de alcohol y en tan formidable cantidad como para influir en el desenvolvimiento del mercado vinícola?

—Los técnicos dicen que se obtiene de la remolacha, de la garrofa, de los higos, de las naranjas, de la caña de azúcar, etcétera, etc. Las extracciones de todos estos productos las mezclan o no las mezclan, y, ¡hala!, a dar la batalla a su compañero nacido de la rica y brillante pulpa de la uva.

—Le tienen envidia, ¿no?

—Tanto como un bastardo a un legítimo.

—Pero resulta que los dos tienen derecho a vivir...

—Sí, pero cada uno en su puesto y con arreglo a lo que determinan las leyes.

—¿También es usted jurista?

—No, señor, soy lego...

—¡No me diga!

—Digo que soy lego en esas y en otras muchísimas materias. Lo que pasa es que no hay más remedio que ilustrarse, aunque solamente sea «epidérmicamente», por eso de que el desconocimiento de la ley no exime de la responsabilidad a la hora de responder ante ella.

—¡Caldo...!

—Volvamos al caldo. Lo encon-

tramos, en 1952, acurrucado en la bodega en un estado de laxitud que movía a compasión. Los pobres bodegueros se desvían por sacarlo a la luz del sol. Y decíale al cosechero del mosto: «El buen vino en la bodega se hace y se vende», o lo que es lo mismo: «Déjame estar, que mejor tiempo vendrá».

Pero el productor entregábase en brazos de la desesperación: «¿Cómo retenerlo, si para continuar cultivando las cepas que deberán dar nuevas cosechas para sostener su hacienda y su hogar y la de los trabajadores, y nutrir la Hacienda pública, y pagar impuestos, y vivir como Dios manda es necesario que salga al mercado, lo exhiban, lo pujen y lo trasladen?» «¿No ves, iluso —replicaba amoscado el mosto—, que nadie llama a la puerta y nadie se da por enterado de que existe? ¡Llama a las puertas del Gobierno! ¡Siempre el Gobierno! ¡Siempre el Gobierno! Después que los gobernados no hacemos otra cosa que enredar la madeja de los conflictos...»

ORDEN REGULADORA DE 1952-53

Era el 6 de agosto de 1952. El «Boletín Oficial del Estado» salió con una orden de la Presidencia, dictada cuarenta días antes, por la cual se reglamentaba la campaña vinico-alcoholera 1952-53. Parecía perfecto el mecanismo ordenador del mercado del alcohol, y parecía también garantizar todos los intereses en juego; libertad de precios y de comercio (dentro de ciertos márgenes) del alcohol vinico, de la uva en estado natural y de todos sus derivados; intervención del alcohol industrial y melazas que lo producen, al propio tiempo que se decretaba la exclusividad del alcohol obtenido del vino, para usos de boca. A este último se

le asignaban los precios máximo y mínimo de 18,55 y 16,64 pesetas el litro, respectivamente.

Está claro que se trataba de mantener los precios de la uva, del vino y del alcohol vínico y sus derivados, dentro de los límites marcados en la disposición reguladora, en la cual resplandecía un criterio justo del equilibrio que debe existir entre el sector productor y el formado por consumidores y la industria de licrería. La uva, según su graduación, tendría un precio proporcional al que se consideraba posible para el vino en relación con el que se acababa de fijar al alcohol.

La realidad fué otra. Evidentemente, el mercado estaba super-saturado, inundado de alcohol industrial.

OTRO PERIODO DE GRAVE CRISIS

Coincidiendo con la terminación de la vendimia de 1953, los precios del alcohol vínico empezaron a sumergirse bajo la cotización mínima oficial, arrastrando con él al vino. El mercado vitícola entraba en el período de grave crisis, que ha durado hasta el mes de agosto en curso.

—Pero algo se hizo en ese interregno para paliar la situación creada a las regiones grandes productoras.

—¿Algo? Mire, señor. Sin duda, ha sido una batalla tan tenaz como silenciosa la que desde entonces ha venido librando el Ministerio de Agricultura, sobre el cual avanzaba por un flanco la inmensa colectividad productora, que exhibía profundas heridas en su economía; por el otro flanco hacia lo propio el sector que se nutre industrialmente con el alcohol de melazas; de frente tenía aquel Departamento a la masa consumidora, que esgrimía argumentos gordos como mazas, tales como «por qué habiendo descendido tan ostensiblemente el precio del vino en punto de producción, el escalón comercial no se daba por enterado ni la licrería por aludida». A la espalda bullía también una masa indefinida que rezongaba: «¡Haber si tenemos nosotros que pagar los vidrios rotos...!» Así planteada la batalla, y sólo a dos metros de distancia de la vendimia de 1953, y estando a la vista una cosecha que en julio de ese año se había calculado en 19-20 millones de hectolitros de vino, los viticultores extremeños, andaluces, levantinos, manchegos, aragoneses, catalanes y riojanos elevaban el tono de sus voces de auxilio: «¡Si esto continúa así, la uva no tendrá compradores y caerá sobre nosotros la ruina total, definitiva!» El mal de la abundancia estaba en su período álgido...

—«Mal de la abundancia?»

—El «mal de la abundancia», sí, que para los productores tiene igual significación que para los consumidores el «mal de la escasez».

—Prosiga...

—Usted, señor EL ESPAÑOL, sabe perfectamente (y no presume de ignorante, supuesto que deliberadamente no está haciendo otra cosa que tirarme de la lengua), usted sabe que nuestra capacidad comercial y de consumo difícilmente puede superar los quince millones de hectolitros:

doce en vino, dos para destilación y vinagrera y uno para exportación. En agosto estaba previsto un exceso de producción de cinco millones, a los que había que añadir el excedente del año anterior. Comentando la situación, «A B C» de Madrid había dicho el 19 de julio: «Sería prodigioso que de la noche a la mañana pudiera solucionarse este problema. Seríamos los primeros en destacar el hecho si tal prodigio llegara a registrarse.»

—¿Fué entonces cuando el Ministro de Agricultura rompió el «cerco»?

—Por entonces fué. Realizó una «salida» que puede figurar en los anales de gobierno. A cuerpo limpio se presentó en los dilatados campos de La Mancha, y ante una Asamblea interregional de viticultores, con tono claro y grave, el señor Cavestany desmenuzó el problema, señaló responsabilidades y estableció las bases de una nueva acción a desarrollar por etapas, empezando por la creación de la Comisión de Compras de Excedentes de Vino, fijación de un precio para la uva según graduación de la misma, acortamiento del plazo de las inmovilizaciones voluntarias de vino y alcohol vínico autorizadas por orden de 11 de agosto; consumo obligatorio de vino en los establecimientos públicos, etcétera. Mientras tanto, la crisis saltaba desde la rama económica a la social. Hasta los primeros meses de 1953 se sostuvieron «artificialmente» las actividades de los viticultores mediante créditos bancarios utilizados como elementos de resistencia, pero los vencimientos se acumulaban y los prestatarios no disponían de medios para formalizar su cancelación, en tanto en las bodegas rebosaba el vino. La consecuencia fué una restricción tan aguda de las labores en el campo de algunas comarcas manchegas, que apenas se realizaban otras que las estrictamente indispensables. Una colectividad de millones de ciudadanos esperaban, conmovidos y esperanzados, a que una mano poderosa les ayudara a enfrentarse animosamente con el futuro. Después... Lo ocurrido está al alcance de la mano. Es, como si dijéramos, del día. Con el precio fijo para la uva se salvó de una situación angustiosa a los viñadores, pero el vino y el alcohol continuaron mareándonos a todos.

—Por consiguiente, las perspectivas con...

—Un momento. Antes hemos hablado de la labor de la Comisión de Excedentes. Esta iba ya por la segunda etapa de adquisiciones. La influencia de tales compras en el mercado, en el sentido de descongestionarle de existencias e impulsar los precios al alza, apenas surtían otro efecto que el de tal cual inyección reanimadora en un organismo en trance de muerte. En distintos períodos de la actual campaña las cotizaciones de los caldos descendieron al grave nivel de cinco pesetas grado y hectolitro, con aguda paralización comercial, muestra de buena cosecha (las pérdidas ocasionadas ya por la sequía y algunos focos de mildew pueden tener cierta compensación con las lluvias que empezaron a registrarse hace algunos días) y

envases colmados. No formulamos conclusiones hiperbólicas si decimos que la próxima vendimia se nos mostraba desdibujada entre horizontes, más que brumosos, broncos. Podía «cortarse» el ambiente en La Mancha.

—Ha dicho que la próxima vendimia «se nos aparecía...». ¿Luego el panorama ha cambiado?

—Radicalmente. Los horizontes son ahora más agradables por haberse disipado los nubarrones que lo ensombrecían.

—¿Inesperadamente han soplado vientos favorables?

—¿Vientos? Un huracán que, brotando de un impulso generoso que surge del Poder público, ha lanzado a la Comisión de Compras de Excedentes con bríos insospechados sobre ese campo de Agramante que es el mercado vitícola.

—¿Consecuencias?

—Igualmente insospechadas. Mientras la antedicha Comisión venía actuando cautelosamente, el comercio exportador permanecía inmutable, como si se hubiera propuesto ver pasar por delante de su casa el cadáver del vino. Pero tan pronto surgió la orden de adquisición ilimitada de caldos, ese comercio que venía mostrándose atrozmente indiferente saltó con ganas de pelea al campo de la competencia.

—¿Y por qué no lo hizo antes, cuando podía operar cómodamente a siete-ocho pesetas?

—Yo ya sospechaba, señor EL ESPAÑOL, que usted sabe de esto más que Merlin. Atinada observación la suya. ¿Por qué no compraban antes a ritmo normal con precios de siete-ocho pesetas y ahora realizan a marchas forzadas adquisiciones a nueve-diez, y aun a mayores precios en tratándose de mostos de especial calidad? Misterio. Mas es el caso que la paz y el sosiego han vuelto a los grandes centros vitícolas y que la sonrisa anima ahora el semblante de los hombres y de las familias que tienen su vida, su economía y su bienestar vinculados a las raíces, a los pámpanos y a los frutos de las cepas.

QUEDA MUCHO POR HACER

—¿Solución definitiva?

—No quiero decir tanto, pero sí de orden temporal, supuesto que queda mucho por hacer. Y entre lo que por hacer queda figura la racionalización del cultivo de la vid. Al respecto, en reciente Consejo de Ministros fué aprobado un decreto del Ministerio de Agricultura. ¿Se enfrenta esta disposición con el exceso de superficie plantada de viñedos? Todavía no lo sabemos, pero las experiencias de los últimos años han proporcionado suficientes elementos de juicio para legislar con buen conocimiento de causa. ¿Reducción a toda costa de esa superficie? Esto no pasa de ser una hipótesis. Ya veremos...

—Éxito rotundo, en definitiva, de la política estatal protectora de una gran riqueza nacional, ¿no es así?

—Ciertamente lo es. Y para celebrarlo los manchegos de La Sotana y zonas adyacentes, que estaban «con el vino al cuello», lo han celebrado ¡bebiendo 100.000 cañas de cerveza! «Cosas veredes, mío Cid...»

Eliseo DE PABLO

PARA LA PUREZA DEL JOVEN

Por Fray LEON, obispo de Teruel

PASANDO de la teoría a la práctica, en lo que se refiere a la educación de los jóvenes, principalmente en materia de pureza, indicaremos los principales medios que ofrece la religión.

LA HUMILDAD

El Apóstol San Pablo, hablando de los pretendidos sabios de la antigüedad, afirma que vanagloriándose de su ciencia, cayeron en todo género de torpezas. Dice en su Carta a los Romanos (1.26): «Por lo cual los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones, dejándolos ir tras la torpeza hasta afrontar en sí sus propios cuerpos.» Desde el punto de vista espiritual, el pecado sensual es, con frecuencia, contrapeso con que el que Dios humilla al soberbio, ya que ningún mayor bochorno a quien se ensalza hasta las estrellas que estar bajo el dominio de las pasiones sensuales.

El sentimiento de humildad (que nada tiene que ver con la negación de la propia capacidad y de los propios valores, cómoda justificación de la ociosidad) nos revela nuestro verdadero yo y nos hace santamente prudentes para que desconfiemos de nuestra pretendida virtud y experiencia. Ni debe temerse que esta humildad, este bajo sentir de sí mismo, produzca en los jóvenes el desaliento con la idea de que su voluntad no podrá prevalecer contra la corrupción original, como algunos erradamente afirmaron. Esto solamente podría suceder en aquellos jóvenes que tuvieran un concepto falso de la providencia de Dios, o en quienes, fijándose sólo en la corrupción original, no diesen importancia alguna a la rehabilitación del género humano mediante el sacrificio redentor de Jesucristo.

LA MORTIFICACION

A la palabra mortificación, como medio para educar la pureza, damos aquí el significado vasto y completo, que comprende desde la custodia de la vista a la moderación de las lecturas, y desde el embridamiento de la fantasía al destierro completo del turpiloquio. Todo esto no lo comprende la juventud, ni es capaz de practicarlo, si no lo mira con una luz sobrenatural, que es la que lo presenta como medio indispensable para conservar el estado de gracia; todo esto sólo en la pedagogía cristiana encuentra su propio ambiente. Esta disciplina de mortificación, ignorada por el mundo, siempre a la caza del placer, ha sido en todo tiempo practicada en toda religión como medio de purificación y de ascética para la conservación de la pureza.

Para el joven humilde y mortificado, las hermesuras de la tierra no tienen bastante belleza para seducir su alma; ni las visiones más deslumbradoras del mundo pueden conmover su corazón. El alma del joven humilde y mortificado, porque casto se levanta del estéril donde otras almas se revuelcan y extiende gozosa sus alas para volar por el prado de los pensamientos puros y de los deseos castos. El corazón del joven casto no pliega jamás sus alas, por tremenda que sea la tempestad, y vuela cuando se ha empeñado en volar, sin que la conjuración de todas las pasiones, más tremenda que el soplo de todos los huracanes, pueda abatir su vuelo ni lanzarlo hacia la tierra para estrellarlo contra la roca de la voluptuosidad. ¿Por qué? Porque humilde y mortificado es casto.

LOS SACRAMENTOS

Dijimos en uno de nuestros artículos que la gracia divina era el factor necesario para la educación de la juventud. Siendo los sacramentos el canal de la gracia, síguese la capital importancia

de los mismos para la educación de los jóvenes, especialmente de la pureza.

Hasta quien milita fuera de la Iglesia, verbigracia, W. James, se ve obligado a confesar que ella tiene particularmente en la confesión un grande antídoto contra la lujuria, haciendo resaltar el valor psicológico de la misma, porque quien se confiesa se despoja de toda hipocresía y se mira cómo es en toda su desnuda realidad.

La confesión es el psicoanálisis que nos hace conscientes de lo que en realidad somos y este conocimiento real de nosotros mismos, unido a la acción regeneradora de la gracia, necesariamente ha de producir sus efectos saludables respecto a la educación de la pureza.

Ni necesita demostración el que la Eucaristía esta llamando a producir los mismos, y aun mayores efectos en los jóvenes que aspiran a mantenerse castos. Basta que se convenzan de la incommensurable grandeza del misterio eucarístico del que participan para que, al acercarse al banquete celestial, en el que se ofrecen las carnes immaculadas del Cordero, lleven un corazón y un cuerpo puros. Para ellos será Jesús el pan de los fuertes y «el vino que engendra vírgenes».

EL EJEMPLO DE LOS SANTOS

La pureza es una flor que germina y florece casi únicamente en el jardín regado con la sangre de Cristo. Y las vírgenes, que engriñaldan el catálogo de los Santos, son ejemplos de imitación, de los que el educador cristiano puede y debe sacar grandes provechos en favor de la pureza de los jóvenes.

La eficacia de tan saludable ejemplo vendrá no sólo de los Luises, Estanislao, Ineses y Cecílias, que embellecieron con su inocente pureza la Historia de la Iglesia, sino también del otro ejército aún más numeroso y no menos glorioso de los santos penitentes. A los jóvenes arrepentidos, pero descorazonados, expóngaseles las sublimes alturas de santidad que escalaron a pesar de sus culpas pasadas, María Egipcíaca, Agustín, Margarita de Cortona y tantos otros. Y a esos jóvenes se presentará en su divina luz misericordiosa el divino Redentor, que no se desdenea de levantar de su miseria a la samaritana de Sicar, a la adúltera, a María Magdalena...; y una corriente de confianza sacudirá sus voluntades deshechas, adormecidas y hasta rebeldes, al resonar en sus oídos aquella melodiosa palabra del Maestro: «No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores.»

Sobre todo ayudará mucho excitar a la juventud a la devoción filial hacia la Santísima Virgen, poniendo bajo su protección su pureza.

Hoy, que todo se conjura contra la juventud; hoy, que todo se levanta en torno de los jóvenes para hacerlos flacos, cobardes y afeminados, arrancándoles la pureza del alma y la castidad del corazón; hoy, que no se respiran otros aires que aires emponzoñados, saturados de groseras liviandades; hoy, que las almas corren a precipitarse, con loco frenesí, en el río de la voluptuosidad para sumergirse en las aguas de los más culpables delirios; hoy, que unas doctrinas ensalzadoras de la inmoralidad más brutal, más asquerosa y más infame, quieren hacer creer a los jóvenes que no es la castidad, sino la voluptuosidad, la ley de la vida, que no hay que resistir, sino ceder a todas las exigencias del cuerpo y a todas las insolencias de los sentidos; hoy, nada es tan necesario como que vengáis, vosotros jóvenes, a estrecharos fuertemente en torno de la blanca bandera de los Santos, especialmente del Protector de la juventud cristiana: San Luis Gonzaga, y que frecuentéis los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Sólo así seréis jóvenes fuertes y puros, y saldréis victoriosos en la formidable pelea, en el

fiero combate, en la tremenda batalla contra vuestras pasiones.

Añádase a estos medios expuestos la dirección espiritual y la oración, y se tendrá asegurada la buena educación de los jóvenes en materia de pureza.

PELIGROS DE LA COEDUCACION

Coeducación, en cuanto tiene íntima relación con la educación de la pureza, es aquel sistema educativo, en el cual los jóvenes de ambos sexos reciben la misma enseñanza, de los mismos profesores, en los mismos locales y en las mismas horas.

La coeducación así entendida admite las siguientes graduaciones: 1.^a, los jóvenes de ambos sexos son reunidos no sólo para la enseñanza, sino también para la vida social: es el sistema de la *coeducación integral*; 2.^a, los jóvenes y las jóvenes son reunidos sólo en la escuela para las clases: es el sistema de la *escuela mixta*; 3.^a, los jóvenes de ambos sexos son reunidos para la vida escolar y social, pero con limitaciones y especialidades apropiadas a las necesidades particulares de cada sexo: es el sistema de la *coeducación restringida*.

El sistema de coeducación en sus varias acepciones, que prácticamente se remonta a mediados del siglo pasado, va extendiéndose cada día más en su significado de escuela mixta. ¿Qué juicio nos merece esta coeducación? No ignoramos que esclarecidos pedagogos, verbigracia, Terrière, Förster, se declaran en favor de la coeducación, y dicen que sin razón se le achacan ciertos inconvenientes. Sin embargo, De La Vaisière dice que, aun concediendo a un experto educador la posibilidad de sacar ventajas del contacto escolástico de los jóvenes de ambos sexos, colocando en los platos de la balanza las ganancias y las pérdidas, las utilidades y los daños de semejante convivencia, aun restringida a la escuela, los segundos, es decir, las pérdidas y los daños, darán un peso indudablemente mucho mayor.

Nuestra opinión es que la coeducación es perniciosa bajo el aspecto religioso, el higiénico y el psicológico.

Hay quien afirma que la coeducación viene a ser algo así como una de las expresiones de las teorías igualitarias; más aún, dicen otros que tiende a crear una situación análoga a la que el comunismo sueña al querer establecer en la sociedad la igualdad de todas las clases sociales.

Pero, a nuestro juicio, quien debe resolver la cuestión de la coeducación en última instancia para los católicos, es el Magisterio eclesiástico, que ha heredado de Cristo la misión de enseñar a las gentes. Pues bien; el Vicario de Cristo reprueba y condena la coeducación. Así se expresó Pío XI en su Encíclica «*Divini illius Magistri*»:

«Igualmente erróneo y pernicioso a la educación cristiana en el método llamado de la «coeducación», también fundado, según muchos, en el naturalismo negador del pecado original, y, además, según todos los sostenedores de este método, en una deplorable confusión de ideas que trueca la legítima sociedad humana en una promiscuidad e igualdad niveladora. El Creador ha dispuesto y ordenado la convivencia perfecta de los sexos solamente en la unidad del matrimonio, y gradualmente separada en la familia y en la sociedad. Además, no hay en la naturaleza misma, que los hace diversos en el organismo, en las inclinaciones y en las aptitudes, ningún motivo para que pueda o deba haber promiscuidad y mucho menos igualdad de formación para ambos sexos. Estos, conforme a los admirables designios del Creador, es án destinados a completarse recíprocamente en la familia y en la sociedad precisamente por su diversidad, la cual por lo mismo debe mantenerse y fomentarse en la formación educativa con la necesaria distinción, proporcionada a las varias edades y circunstancias. Principios que han de ser aplicados en su tiempo y lugar, según las normas de la prudencia cristiana, en todas las escuelas, particularmente en el período más delicado y decisivo de la formación, cual es el de la adolescencia, y en los ejercicios gimnásticos y de deporte, con particular atención a la modestia cristiana en la juventud femenina, de la que gravemente desdice cualquier exhibición y publicidad.»

La doctrina de Pío XI, que rechaza el sistema de coeducación, debe ser para nosotros decisivo, y para cuantos aspiren a la seria educación de la pureza de los jóvenes, norma suficientísima y segura de conducta.



UNA ENCUESTA DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

DURANTE el verano los turistas aumentan en número. A lo largo del año nunca dejan de estar presentes. Ni siquiera en pleno invierno. Pero es la época del calor la más golosa para ellos. Ahora llenan las plazas de toros e inundan las calles. Se adivina su condición con sólo mirarlos desde lejos. Preguntan por todo y por todo se interesan. A todas partes van. Contemplan cuanto quieren. Luego, de regreso a su tierra, se llevan una impresión más o menos exacta, más o menos pintoresca, casi siempre incompleta porque el tiempo de su estancia no ha dado para profundizar más. Sin embargo, tiene interés saber cuál es el peso que su estancia aquí les ha dejado. Buena tarea para el Instituto de la Opinión Pública. Los directores de las agencias de turismo, en contacto continuo con los que van y vienen, han sido las personas auscultadas. Y los cuestionarios, detallados y completos, han recogido una serie de respuestas vivas, claras y significativas.

DOS RAZONES PARA VENIR: VIDA BARATA Y FOLKLORE

El que viene, viene por algo. Los motivos se abren en un abanico de aficiones casi personal e intransmisible. Hay algo que unifica, sin embargo, las intenciones de cada uno. Este algo tiene dos caras, como las monedas: Por un lado, veranear en España sale barato. Por otro, aquí se goza de un sol luminoso y caliente, que aunque a nosotros nos parezca a veces feroz es un manantial de gozo, sobre todo para los europeos de más arriba de los Pirineos. Una vez aquí, a los turistas les embruja el folklore. Un folklore en el que lo que más predomina es lo andaluz: faldas de volantes, palmas, jipíos y taconazos. Los sones de la guitarra. Y una mezcla de fantasías morunas con extremismos ibéricos, que han madurado en la mente después de leer muchos libros. Todo esto lo di-

ESPAÑA, PARAISO DE TURISTAS



NUESTRO PAIS ENJUICIADO CON PUPILA EXTRANJERA

cen, con escueta verdad, los números. Las dos primeras interrogaciones de la encuesta están bien claras:

¿Cuál de estos factores estimula más al turista extranjero para venir a nuestro país?

La baratura de la vida española	69 %
El sol	55 %
El acervo artístico	24 %
La fiesta nacional	14 %
La leyenda de nuestra Historia	7 %
Que es un país diferente	3 %

¿Qué motivos atraen más la atención del visitante?

El folklore	62 %
Los monumentos artísticos	38 %
El paisaje	21 %
Los tipos	10 %
Nuestra manera de vivir	3 %

Con estos antecedentes, ya no hacen falta más aclaraciones. A la hora de averiguar cuál es la región más visitada, va a salir, indefectiblemente, Andalucía. «Sangre y Arena», «Cuentos de la Alhambra», «El Relicario»... No hay lugar a dudas en los porcentajes. Después de la tierra de María Santísima, Mallorca. Aquí Chopin y Valldemosa tienen su participación. Luego, Cataluña y Galicia. Castilla, en el papel, queda a un lado. Pero esto no es demasiado cierto. Las tierras de la meseta son lugar de tránsito. De parada temporal. No hay que dejarse engañar por las apariencias. He aquí los tantos por ciento que dan fe de lo expuesto:

¿Qué región atrae más a los turistas?

Andalucía	72 %
Baleares	52 %
Cataluña	14 %
Galicia	3 %

ANDALUCIA ES TAMBIEN LO QUE MAS A PRISA ENTRA POR LOS OJOS

Siempre destaca algo sobre lo demás. Qué cosa sea la que se singulariza, suele depender del obser-

vador. En España, para los turistas, es la abierta herida de luz andaluza lo que más impresiona. Y la fiesta de toros, esa danza entre la muerte y la gracia, que a los extranjeros les sorprende como un «shock» traumático. Pero después del susto viene el regusto. ¿Qué sabor les queda a los turistas después de ver una corrida? A los más les parece un espectáculo duro, muy duro. Más o menos, a la mitad de los que llegan. Un porcentaje menor duda entre los calificativos valiente y sorprendente. Luego hay quien llama a la fiesta «bella», «artística» y «absurda». Un 3 por 100 prefiere denominarla sangrienta. Lo difícil es que en una tarde lleguen a comprender nuestros visitantes la lógica y la sabiduría que hacen falta para lidiar un toro. En resumen: Andalucía representa a España. Y la fiesta de toros es dura, valiente, sorprendente y bella por votación entre turistas.

¿Qué es para los extranjeros lo más representativo de España?

Andalucía	65 %
Los toros	33 %
Las mujeres	31 %
El quijotismo	17 %

¿Cómo califican, en general, nuestra fiesta nacional?

Dura	51 %
Valiente	27 %
Sorprendente	24 %
Bella	21 %
Artística	10 %
Absurda	10 %
Sangrienta	3 %

ESPAÑA, TIERRA DE ARTE

Pero nuestra tierra, aun para la gente de paso, es mucho más que pintoresquismo. Antes ya se vio que un 24 por 100 de los turistas viene atraído por nuestro acervo artístico. Además, una vez aquí, la contemplación de nuestros monumentos deja impresión duradera en un 38 por 100 de los visi-

tantes. El gótico de Burgos, León o Toledo; el románico del Pórtico de la Gloria o el estilo austero y grandioso de El Escorial son un motivo de satisfacción contemplación. España es también un gran país de catedrales y muchos turistas lo comprueban sobre la marcha, al hilo de su caminar por nuestras carreteras.

¿Qué actitud muestran los extranjeros ante nuestras catedrales?

De franca admiración	48 %
De simple admiración	38 %
De indiferencia	14 %

UNA MIRADA SOBRE LAS CIUDADES

Las ciudades españolas son limpias, bonitas, sorprendentes, y causan buena impresión a los turistas. La nota dominante hay que extraerla de lo que opina la mayoría. La cual, aunque parezca mentira, se decide por Madrid como centro de atracción. Es un 55 por 100 el que así opina. Pero hay un 48 por 100 que se decide por Sevilla. Otra vez Andalucía se destaca. Y porcentajes menores reparten sus preferencias entre Barcelona, Granada, Palma de Mallorca...

Hay que advertir que Madrid sirve de trampolín. Desde la capital es fácil lanzarse a los cuatro vientos en correrías por las comarcas de España para regresar al punto de partida: El Escorial, Toledo. Aranjuez, Segovia, Avila, están a dos pasos... Y estos son unos alicientes complementarios que terminan de dar a nuestra capital el carácter de ciudad turística excepcional.

¿Qué impresión les producen nuestras ciudades?

Buena impresión	27 %
Limpias	20 %
Bonitas	10 %
Sorprendentes	10 %
Atrasadas	7 %
Interesantes	7 %
De indiferencia	7 %
Románticas	4 %
Simpáticas	4 %
Alegres	3 %
Pobres	3 %
Mediocres	3 %
Variable	3 %
Pequeñas	3 %
Muy buena la parte antigua	3 %

¿Qué ciudad atrae más a los turistas?

Madrid	55 %
Sevilla	43 %
Barcelona	17 %
Granada	14 %
Palma de Mallorca	14 %
Otras ciudades: Toledo, Santiago, La Coruña	10 %



Por las calles madrileñas, los turistas de todas las nacionalidades y de todas las indumentarias pasean su curiosidad y su estancia feliz

En el país del sol, del folklore y de la vida barata, el hombre ha de ser por fuerza alegre. Quizá proceda del sexo femenino la nota de apasionamiento que se nos señala por un 34 por 100. Tampoco se les va a los visitantes el carácter religioso de nuestro pueblo. Y, Dios sabe por qué — a lo mejor como poso de lecturas anteriores —, un 17 por 100 se va con el convencimiento de que somos gente romántica. Los que dicen que somos casi gitanos debieron visitar únicamente Andalucía. Cuesta trabajo considerar así a un hombre de la meseta, a un vasco, a un gallego o a un aragonés. Pero, como resumen, por mayoría abrumadora, a la hora de elegir, los turistas deciden que el español es decididamente alegre. Sólo un 8 por 100 de los turistas se va con la impresión de que somos un pueblo triste. Además, se marchan satisfechos de nuestro carácter. Los números cuentan todas estas cosas con exactitud y claridad.

¿Cómo consideran los turistas al pueblo español?

Alegre	55 %
En pleno desarrollo	48 %
Apasionado	34 %
Religioso	27 %
Romántico	17 %
Muy meridional	14 %
Casi gitano	7 %
Acogedor	3 %
Simpático	3 %

¿Qué es lo que más le caracteriza?

El español es un hombre alegre	92 %
El español es un hombre triste	8 %

¿Qué impresión les produce el carácter de los españoles?

Muy buena	45 %
Buena	48 %
Mala	7 %

DESPEDIDA

Y llega la hora de marcharse. El turista, con su máquina fotográfica siempre presta, ha recorrido de prisa o con sosiego, nuestro país. Las ideas que traía consigo han cambiado o se han reforzado al conocer «de visu» nuestra realidad. Algo se ha de recordar con cariño cuando el tiempo pase. En nuestro caso, eso que permanece aún en la lejanía es el carácter español. Es un 55 por 100 el que elige esta nota distintiva como poso más destacado de su visita a España. Pero siempre hay algo más: un 20 por 100 regresa a su patria con el sabor del vino español en el paladar. Las comidas y él, sólo quedan igualadas en el recuerdo con un 10 por 100. Después el ambiente, el paisaje, la tranquilidad, las mujeres... El turista se lleva una buena impresión de nuestra Patria. La respuesta es explícita, con un disentimiento mínimo. Sólo el 4 por 100 opina lo contrario. Con este buen estado de ánimo los turistas toman el tren, el autobús o el avión. Allá en su tierra contarán durante el invierno sus experiencias a través de España. Y dejarán traslucir las ganas de volver.

¿Qué es lo que más acaban apreciando en España los extranjeros?

El carácter de sus gentes	55 %
El vino	20 %
Las comidas	10 %
El sol	10 %
El ambiente	7 %
El paisaje	7 %
La tranquilidad	7 %
Las mujeres	3 %
El goce de vivir	3 %
Las ganas de volver	3 %
Su diversidad	3 %

Después de conocer España, ¿qué impresión se llevan?

Muy buena	24 %
Buena	72 %
Mala	4 %

"RON, ROMA Y REBELION"



ALEGRÍA DE VIVIR, CATOLICISMO Y PERSONALIDAD NACIONAL DE IRLANDA

De nuestro enviado especial José Manuel GARCIA ROCA

IRLANDA es el único país ocupado de Europa occidental y, por lo tanto, debe ser incluido en el apartado de la declaración Churchill-Eisenhower según el cual «en el caso de naciones dividida, contra su voluntad continuaremos trabajando por lograr la unidad de las mismas a través de libres elecciones, supervisadas por las Naciones Unidas, que garantizarán la exactitud de las mismas.» He aquí la posición oficial y también la nacional, de todo el pueblo irlandés a raíz de la entrevista del «premier» británico con el Presidente de los Estados Unidos.

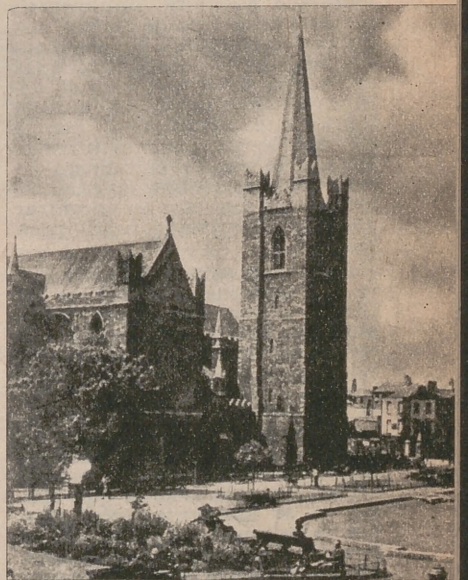
URBANIZACIÓN A CAÑONAZOS

Estoy seguro que la mayoría de las gentes encontrará extraños y hasta extemporáneos los términos de esta posición. En realidad, solamente saben la profunda raíz que tienen estas palabras en la conciencia colectiva del pueblo irlandés aquellos que han convivido con él durante algún tiempo, aunque sólo sea brevemente. Para los demás, la cuestión irlandesa, a pesar de su cercanía cronológica, es algo que pertenece al pasado. Ha sido tan intenso el acontecer histórico del último cuarto de siglo y han sido tantas y tantas las injus-

ticias políticas que la que marcó la norma que había de repetirse después tantas veces se la relegó al olvido y, a pesar de que de vez en cuando alguna novela o película nos vuelve a poner otra vez frente al heroísmo legendario de la lucha irlandesa por su independencia, el carácter ficticio de la trama sobre la que se asienta sirve todavía para darle ese matiz de algo ya pasado definitivamente.

La realidad, sin embargo, es muy otra, aunque la primera impresión que nos produce el contacto material con Irlanda no contribuye a reafirmar esta creencia, sino todo lo contrario, ya que Irlanda, un país de una personalidad propia como pocos, se encuentra paradójicamente inmerso en el manto externo de la vida británica.

El paisaje que uno encuentra en Dun Laoghaire al desembarcar no es muy distinto del que dejó en Holyhead. Dublín tampoco se diferencia mucho de una ciudad inglesa y puede competir con cualquiera de ellas, a pesar de que los británicos se han empeñado en hacer creer, como siempre que se trata de desprestigiar a los irlandeses, de que es cierta aquella expresión de «dear dirty Dublin». Pero la capital de la República del Eire no tiene na-



Arriba: El río Liffey a su paso por Dublín.—Abajo: Entre las muchas paradojas que la dominación inglesa originó en Irlanda figura la de que a pesar de su aplastante mayoría católica esté cubierta de una apariencia protestante. Así la catedral de Dublín, San Patricio, es protestante

da de sucia e incluso posee una amplitud urbana que supera a muchas villas británicas, que difícilmente pueden presentar una O'Connell Street, la principal arteria de Dublín.

Es curioso saber que precisamente esta mejor urbanización del actual Dublín se la tienen que «agradecer» los irlandeses a

Inglaterra. Durante la rebelión de 1917 las fuerzas nacionalistas se hicieron fuertes en los principales edificios públicos, siendo desalojados de los mismos a cañonazo limpio por el Ejército inglés, que en el fragor de la lucha incendió el centro de Dublín, a más de fusilar posteriormente a los 16 jefes de la sublevación. Esta destrucción tuvo como único buen resultado el poder realizar una amplia reforma urbana en Dublín que le permitió ofrecer una de las calles más anchas de Europa, la O'Connell Street.

Es precisamente al final de esta calle donde se encuentra el centro de la ciudad: el Nelson Pillar; es decir, el lugar donde se eleva una imponente columna en honor del famoso almirante inglés. Naturalmente, esta presencia permanente de Inglaterra no es cosa que agrade mucho a los ciudadanos de Dublín, y esto no porque se escatimen los méritos del marino británico, cosa imposible de comprender en un pueblo tan admirador del valor como los irlandeses y que por el culto precisamente a la aventura y al heroísmo han olvidado en repetidas ocasiones las ofensas británicas para participar en las empresas imperiales de Inglaterra, sino única y exclusivamente por lo que tiene de rememoranza de un pasado nada halagador y feliz. Con relativa frecuencia pueden leerse en los periódicos cartas al director en las que se pide que desaparezca ya de una manera o de otra este monumento, a pesar de lo muy vinculado que está sentimentalmente con la vida de Dublín. Estas cartas son rebatidas por algunos con otras también publicadas en las que se dice que no se deben escribir estas cosas, aunque única y exclusivamente porque con ello se perjudica al turismo, ya que se reduce el número de ingleses que visitan la isla, temerosos al leer esto de encontrar un clima demasiado hostil para ellos.

Pero no es sólo la Nelson Pillar lo que recuerda a Inglaterra en Dublín. Como ya hemos dicho antes, la vida inglesa es algo así como una funda en la que está introducida la auténtica realidad irlandesa. Así, los periódicos británicos están en Dublín a la misma hora que en Londres y, por otra parte, incluso la Prensa irlandesa tiene un formato tan semejante con la inglesa que apenas si se diferencian. En algunos casos, como es el del «Irish Times», el periódico es casi una edición nacional de los de la otra isla. En fin, podíamos prodigar estas semejanzas interminablemente, pero bástenos con repetir que toda la vida irlandesa oscila por un cauce totalmente británico en lo que se refiere a normas usuales y costumbres externas.

No obstante, los carteles bilingües con que uno empieza a tropezarse desde que pone el pie en la verde Erin son los primeros síntomas de que hay algo muy distinto de todo el caparazón externo. Los caracteres gaélicos, con la extrañeza de sus formas y palabras, empiezan a revelar diferencias, que en seguida aumentan el escenario natural ya próximo a la capital. En

efecto, el típico paisaje irlandés es ya distinto del británico, por su mayor ondulación orográfica, por la menor industrialización y también por las casas rurales, cubiertas con techumbres de heño, completamente diferentes a las casas de campo británicas.

Muy pronto el hombre irlandés se encarga de revelarnos su genuina personalidad. Frente a la sequedad y mutismo del británico, el irlandés, que somáticamente no se diferencia mucho de aquél, muestra una vitalidad, capacidad de expresión y amabilidad que contrasta extraordinariamente con la de sus vecinos. Es ya un lugar común, aunque por ello no deje de ser menos cierto, que el irlandés tiene algo de latino, de español, según muchos afirman concretando. En verdad, en él hay una fuerte mezcla de esta latinidad de espíritu con la capacidad soñadora de su sangre céltica.

RON, ROMA Y REBELION

Hay quien ha dicho que el lema nacional de los irlandeses es el de «Rum, Romanism and Rebellion», que, expresado de otro modo, podría traducirse como alegría de vivir, catolicismo y personalidad nacional, trilema que ellos orgullosamente enfrentan con el que los ingleses quisieron imponerles y que se resume en «prohibición, protestantismo y postración».

La supervivencia de la personalidad irlandesa es algo que sorprende, tanto más cuanto que uno tiene en cuenta el largo proceso de sometimiento a que ha sido sometida durante siglos. No obstante, los irlandeses han conservado incommoviblemente aquello que consideraban esencial, aunque hábilmente supieran adaptar lo que les parecía necesario para los tiempos y circunstancias en que vivían. Ello explica este modo inglés de su vida, a pesar de sus permanentes reivindicaciones, lo cual no les impide decir que ellos no son anti-ingleses, sino enemigos de Inglaterra, explicación quizá un poco sutil.

La personalidad nacional de Irlanda subsiste ahora no sólo en los habitantes de la isla, sino en los 30 millones que se han repartido por los Estados Unidos, Australia, el Canadá y otras muchas tierras, a las que han aportado, junto con las tradicionales virtudes que les caracterizan, el recuerdo de la ofensa británica, creando quizá en muchos países de la Commonwealth un sentimiento de desconfianza hacia la metrópoli que podíamos calificar de típicamente irlandés.

La característica de rebeldía de que hablábamos en el trilema simbólico del pueblo irlandés, indiscutible para cualquier observador, hasta el punto de que el rebelde, junto con el sacerdote y el escritor, constituyen un triunvirato constante de la historia irlandesa, ha impedido la asimilación de su personalidad a fuerzas extrañas por coactivas que fueran estas fuerzas. Tan lejos están las cosas de haber seguido este curso que ha ocurrido precisamente todo lo contrario. Además del hecho que señalábamos de cómo la diáspora irlandesa por el mundo ha sabido mantener su tipo nacional característico, existe todavía algo más pa-

radójico y chocante. Se trata de la absorción de los ingleses instalados en Irlanda por el genio de este pueblo, es decir, de los llamados angloirish, que, a pesar de su ascendencia inglesa, representaron, sin embargo, un importantísimo papel en el movimiento de liberación del país.

LA «PARTICION», ETERNA REIVINDICACION IRLANDESA

Esta persistencia del espíritu tradicional es lo que motiva que hoy la «cuestión irlandesa» siga siendo un problema tan candente como hace veinte años. La «partición», es decir, la existencia de dos Irlandas en la isla, es algo que no admiten la mayoría de los habitantes de la misma, incluso los de la parte Norte, y por cuya desaparición luchan con todas sus fuerzas. La vigencia de este sentimiento se la encuentra el viajero a cada momento, cuando tropieza con los mítines callejeros pidiendo la desaparición de la artificial frontera, o presenciando los constantes desfiles de los veteranos de la guerra de liberación, que, con trajes de paisano y con sus condecoraciones, marchan silenciosamente por las calles no pocos domingos, recordando con su presencia, aun joven, que la violenta lucha que dió origen a la actual República no es algo que esté todavía cronológicamente muy lejano.

Por todo esto nada tiene de extraño que cuando se produjo la declaración Churchill-Eisenhower toda la Prensa irlandesa se lanzase inmediatamente a reclamar los beneficios de la misma. No son sólo Polonia, los Países Bálticos, Corea, etc., etc., los que se encuentran divididos y faltos de libertad; también Irlanda está en el mismo caso—decían—, aunque una velada hipocresía se empeñe en silenciarlo o en ignorarlo. Nada más elocuente para conocer este estado de espíritu que leer la Prensa irlandesa de aquellos días. Uno de ellos, el «Irish Independent», comentaba en uno de sus editoriales el hecho de que Churchill hubiese afirmado en la Cámara de los Comunes que esta declaración no era aplicable a Irlanda, y también el hipócrita silencio de la Prensa británica, no hablando de este debate parlamentario. Y con este motivo se dirigía al Presidente norteamericano, requiriéndole para que reconociese los derechos indiscutibles de Irlanda. «El honor de los Estados Unidos—decía— y de su Presidente está comprometido en esta cuestión. ¿Puede el Presidente Eisenhower estar de acuerdo secretamente con sir Winston Churchill respecto a que la declaración conjunta no es aplicable a Irlanda? ¿Puede existir un acuerdo secreto que contradiga directamente la declaración públicamente hecha?»

«Si no existe el propósito de excluir a Irlanda y si la declaración significa lo que dice, sin ninguna reserva secreta, ¿puede el Presidente Eisenhower aceptar las vitales alteraciones que le ha hecho sir Winston?... ¿Y si el Presidente Eisenhower no acepta la enmienda de las palabras de sir Winston, no debe sentirse obligado a manifestarlo así?» En cierto sentido, Irlanda es

una simple espectadora de la controversia creada. Su pueblo nunca esperó nada mejor de un primer ministro británico. Los «premiers» liberales, laboristas y conservadores le han negado la aplicación de los principios elementales del Gobierno mayoritario y de la autodeterminación que entusiásticamente concedían a cualquier otro pueblo. Pero los irlandeses tienen una idea mejor de los estadistas americanos. Sería una amarga desilusión para este país saber que un Presidente americano obliga a sus compatriotas a continuar en «intima camaradería» con los Tories británicos que niegan a Irlanda el derecho que Norteamérica ha concedido a todos los demás.»

La actitud del periódico irlandés, reflejo de toda la opinión irlandesa, no es más que la continuación de una línea constante en la política irlandesa. De todos es sabida la actitud mantenida por De Valera durante la guerra, negándose repetidas veces a participar en la contienda, ya que, según manifestaba, no podía creer que los aliados defendiesen la causa de los pueblos débiles desde el momento en que en ellos figuraba Inglaterra, que mantenía ocupada la Irlanda del Norte y no escuchaba los legítimos deseos de sus habitantes en pro de una unión con el resto de la isla.

Este hecho fué más que suficiente para que De Valera se negase a toda participación en la guerra, e incluso cuando intervinó Norteamérica sostuvo su neutralidad, a pesar de los íntimos lazos que unen a la población de Eire con una no pequeña parte de los ciudadanos de los Estados Unidos. Su firmeza la mantuvo hasta el extremo de negarse a cerrar los Consulados del Eje, y con gesto de hidalgüa y caballerosidad se presentó en la Embajada alemana a expresar su condolencia el día de la muerte de Hitler, a pesar de que no tuviera políticamente ninguna simpatía por el Führer. Pocos días después pronunció en el Parlamento de su país un discurso que es una verdadera pieza maestra de elegancia política, ya que se limitó a dar gracias al Todopoderoso por haber librado al mundo de la plaga de la guerra, sin que de su boca saliera el más pequeño halago para los vencedores ni el más mínimo reproche para los vencidos. Sus palabras fuertes fueron únicamente para rebatir las bravatas de un reciente discurso de Churchill, en el que éste había hablado de cómo estuvo a punto de ordenar la invasión de Irlanda ante la negativa de ésta a colaborar en su bando. De Valera, con no poca ironía, dijo que había hecho muy bien en no llevar a cabo su propósito, pues con ello había contribuido a que la extensión de la guerra no aumentara más todavía. Rematando sus palabras con el invariable argumento de cuán lejano estaba el objetivo que anunciaba Inglaterra como meta de su esfuerzo bélico y la realidad de los hechos, que presentaban casos de tan manifiesta injusticia como la partición de Irlanda. Idéntica actitud ha mantenido en repetidas ocasiones, y particularmente en la reunión del Con-



La O'Connell Street es la calle principal de Dublín. Es una de las avenidas más amplias de Europa, y su actual urbanización no recuerda en absoluto las tremendas destrucciones que sufrió cuando los ingleses incendiaron Dublín durante la primera guerra mundial para suprimir la primera sublevación nacionalista

sejo de Europa celebrada en 1950, donde el planteamiento de la cuestión irlandesa originó un verdadero escándalo.

NORTEAMERICA NO APRUEBA LA PARTICION

Las justas reivindicaciones del pueblo irlandés son algo que no comprende el inglés, cosa bastante explicable teniendo en cuenta la miopía que éste muestra siempre en todo aquello que afecte a sus intereses. Y en el caso irlandés no es sólo la política oficial la que no entiende que los irlandeses quieren ser realmente independientes, sino la de cualquier ciudadano de la Gran Bretaña. Ya me he referido antes a la réplica de Churchill en el Parlamento con motivo de la declaración de Washington y también al silencio de la Prensa sobre esta cuestión, pero en esos mismos días yo mismo he podido ver cómo un amigo mío inglés residente en Irlanda perdía toda su tradicional flema en cuanto algún irlandés se ponía a discursar en la calle, según la costumbre precisamente británica, exigiendo que desapareciera la injusta partición de la isla. Su deseo, aunque esto no llegara a expresarlo, era indudablemente que los irlandeses, mientras él

estuviera en la isla por lo menos, disolvieran su liga de anti-partición y cesaran de hacer propaganda pública, ya que a él esto le irritaba extraordinariamente. Otro inglés, éste sin perder la flema y poniendo una cara que nadie podría suponer que estaba falseando los hechos, aunque quizá ni él mismo lo supiera, encontraba siempre que los hombres más honrados de la vida pública irlandesa eran aquellos que precisamente no cuentan con el respaldo de la opinión pública nacional.

Frente a la intransigencia inglesa, Irlanda pone constantemente sus esperanzas en Norteamérica, país en donde residen más de diez millones de ciudadanos de procedencia irlandesa. Son éstos los que constantemente influyen en las altas esferas para que se apoyen y respalden los deseos de sus compatriotas de la isla. El propio Roosevelt declaró una vez al dirigente del partido demócrata norteamericano, Mr. John McCormack, que la partición era algo que tenía que acabar para siempre en Irlanda. Desgraciadamente para los irlandeses, aquella declaración fué solamente de palabra. Quizá por eso ahora, con un dejo considerable de amargura, apelan a Eisenhower para que éste tra-



Una muestra de la falta de fundamento que tiene la actual frontera entre las dos Irlandas lo revela esta fotografía, donde puede verse cómo una honrada familia se vió en virtud de la separación con la casa partida por la mitad

duzca su apoyo moral en algo más que afirmaciones más o menos platónicas.

UN PROBLEMA DOMESTICO ORIGINADO POR UNA FRONTERA

No obstante las muchas amarguras por las que ha tenido que atravesar Irlanda, su actitud de conseguir una isla unida se mantiene invariable. No se puede aceptar la partición porque ésta ha sido algo arbitraria e injusta. El Ulster es quizá la provincia que ha representado mayor actividad en la historia de Irlanda y hasta es la cuna del movimiento de liberación. Unas elecciones bien realizadas, sin recurrir a argucias más o menos artificiosas, como son las que garantizan ahora la realización de los comicios, daría una mayoría aplastante a los nacionalistas, ya que los unionistas sólo disponen de fuerzas superiores en Belfast y en una zona que se extiende a unas 30 millas de la ciudad.

La falsedad de la frontera que separa a los veintiséis condados del Norte de los seis del Sur se revela en anécdotas verdaderamente grotescas. Así se dió el caso de que la línea de demarcación, basada, según se decía, en razones históricas y geográficas, partía por la mitad a la casa de una buena familia, originando así un problema doméstico, aparte del nacional. Igualmente la ciudad de Derry fué dividida por las buenas, sin que aquí se explicasen los motivos que a ello movían.

CAMPAÑA ANTICATOLICA EN EL ULSTER

Inglaterra sólo puede servirse de un arma para la consecución de sus propósitos, y éte es el de atizar los odios religiosos. Como es sabido, en un 90 por 100 la población de los veintiséis condados independientes es católica, mientras que en los sometidos a Inglaterra existe una reducida mayoría de protestantes. Esta división de fe religiosa no fué nunca un obstáculo serio para unir a todos los irlandeses y la Historia prodiga abundantes ejemplos en los que junto con los sacerdotes católicos luchaban también destacados jefes protestantes con-

tra la dominación inglesa. Precisamente en el Ulster los anglo-irish encabezaron las más importantes rebeliones de los siglos XVII y XIX. Por otra parte, la tolerancia de los católicos del Sur es extraordinaria, y, a pesar de su profunda fe religiosa, los protestantes que allí habitan no se ven privados de ningún derecho, dándose el caso singular de que el anterior Presidente de la República, era protestante, cuando, como ya hemos dicho, la mayoría católica es verdaderamente aplastante.

Produce verdadera sorpresa, el encontrarse cómo se atizan las pasiones y el odio anticatólico por parte de la propaganda oficial británica en el Ulster. De fomentar este estado de tensión se encargan los «orangemen», es decir, los miembros de la Orden de Orange, que tomó su nombre del Rey Guillermo, el vencedor de la batalla del Boyne—batalla en la que fueron aplastados los nacionalistas y se puede considerar como la liquidación de la primitiva organización irlandesa—. Esta sociedad secreta se asignó el objetivo permanente de mantener la supremacía legal protestante en toda Irlanda y provocar la división entre los nacionalistas por motivos religiosos.

Esta Orden semimasónica, organizada en logias como la propia masonería, ha celebrado precisamente hace unos días, durante el pasado mes de julio, el aniversario de la citada batalla del Boyne. La reunión de los orangistas, protegida oficialmente, no logró obtener el éxito que se proponía; pues, a más de otros motivos, existe una crisis interna dentro de la misma, ya que se acusa a los dirigentes de haber mostrado una cierta transigencia con intereses católicos.

Delegaciones de las logias de toda la Irlanda del Norte, e incluso de Escocia donde también tiene sus ramificaciones la sociedad, provistas de bandas de música y estandartes, se concentraron en Belfast. Como puede suponerse, los nacionalistas no dejaron de manifestar su repulsa; a todo este aparato de ostentación. La bandera tricolor de la República de Irlanda, prohibida rigurosamente por el Gobierno inglés, apareció en diversos lugares por

donde tenían que pasar las logias concentradas. En varios puntos de los condados las carreteras fueron interceptadas de distintas maneras, obligándose a las caravanas de autobuses a interrumpir su viaje y dar largos rodeos. En el propio Belfast grupos de jóvenes lanzaron gritos en contra de la reunión y expresaron su solidaridad con el Gobierno de Dublín.

A pesar de todo, la reunión, protegida por un verdadero ejército de policías, se celebró y los oradores, con el fin de acallar los temores de una crisis interna, se encargaron de expresarse en los términos más chabacanos contra el catolicismo. El propio primer ministro de los seis condados afirmó que «nunca se someterían a las demandas de una República en la que la jerarquía católica fueran los auténticos dueños». Y a continuación no vaciló en agregar que mantendrían la intolerancia religiosa con tal de salvar la auténtica libertad. Las afirmaciones de este matiz se prodigaron extraordinariamente en toda la reunión, no sólo por el «premier», sino por todos los oradores, atacándose las personas y las instituciones católicas con los más bajos conceptos.

UNA PROCESION PROHIBIDA

Estas ligerezas de expresión contra el catolicismo no se quedan sólo en palabras, como pudo verse al domingo siguiente, cuando el Gobierno de la Irlanda del Norte prohibió rigurosamente la celebración de una típica procesión en Newtownbutler, en el condado de Fermanagh, también en la zona unida a Inglaterra. Según las autoridades, no se podía celebrar este acto, a pesar de su carácter marcadamente religioso y tradicional, porque atentaba a la seguridad de la Irlanda del Norte.

En evitación de que pudieran exteriorizarse las protestas, un verdadero ejército de policías fué movilizado a la citada ciudad. Un gran número de policías secretos acompañaba a estos destacamentos. No obstante, una vez más los nacionalistas mostraron su adhesión a Dublín a través de diversos incidentes, algunos de ellos verdaderamente cómicos.

Como ya hemos dicho, en la Irlanda del Norte está prohibido rigurosamente izar la bandera tricolor del Eire. Esta medida se mantiene a pesar de la enérgica acusación que de ella hizo De Valera en el Consejo de Europa en Estrasburgo. No obstante, los irlandeses sometidos a Inglaterra izan el pabellón de la República siempre que pueden. Así se dió el caso de que el día de la suprimida procesión, en la casa de un párroco, mientras éste estaba ausente, fué izada tres veces consecutivamente. Un verdadero escuadrón de Policía fué enviado para evitar que volviese a aparecer en la ventana. Las dos primeras veces estaba la aparición de las fuerzas policíacas para que se retirase la bandera. Los policías se proveyeron de una escalera portátil, pero cuando estaban a punto de alcanzarla, los del interior de la casa la retiraban, quedando e sin llevar a cabo su propósito, ya que en los registros que realizaban no po-

dían encontrarla. La tercera vez cayó, al fin, la bandera en sus manos, lo cual no fué obstáculo para que la muchedumbre que se había congregado les proporcionase una atronadora silba.

Los allí reunidos, además de expresar públicamente su desaprobación por las medidas coactivas de la Policía británica, sacaron fotografías de todos los actos llevados a cabo, con el propósito de enviárselas al Presidente Eisenhower para que éste pueda comprobar que sus reclamaciones no las llevan a cabo por el simple afán de protestar, ya que existe una auténtica represión inglesa contra cualquier intento de manifestar la Irlanda del Norte su deseo de incorporarse a la Irlanda meridional.

UN CATOLICISMO PUJANTE

Es natural que los hombres de Belfast pretendan hacer cuña en lo que se refiere a cuestiones religiosas, ya que la fe católica de la inmensa mayoría del pueblo irlandés es tan manifiesta y apla tanto que puede parecer por su mismo fervor un elemento de división frente a los que no crean como ellos. La realidad no es así y la población católica exterioriza su fe cada vez más pujante, sin que por eso los de otras confesiones puedan reprocharles presiones coactivas. En esto, como en tantas otras cosas, el aspecto externo de las ciudades irlandesas puede producir el máximo confusiónismo y error. Así, sea el caso de que Dublín, una población arrolladoramente católica, tiene una catedral protestante y las principales iglesias tampoco son católicas. Aquí, una vez más, los vestigios de la tiranía inglesa se revelan, ya que se llegó al extremo de prohibir a las iglesias católicas que se instalasen en el centro de la ciudad y que incluso poseye en torres y campanarios. Algo parecido ocurre en Cork y en otras muchas villas.

A pesar de la continua persecución a que fué sometido el catolicismo irlandés, hasta los extremos a que hemos aludido en el párrafo anterior, éste se mantuvo invariable, y, no obstante las muchas dificultades materiales que penaban sobre aquellos que profesaban esta confesión, no vacilaron en exteriorizarla siempre que las circunstancias lo requirieran. Es algo que llama la atención el hecho de que el catolicismo irlandés, que se desenvolvió en unas circunstancias totalmente peculiares y diferentes a las del resto del continente, ya que recibió la fe de Cristo sin pasar por la romanidad y, en cierto modo, no tuvo contrarreforma, se presenta hoy con unas manifestaciones en las que, junto con la profunda creencia, no se desdeñan lo más mínimo las formas externas. Una fidelidad indiscutible al dogma y a la jerarquía caracteriza a los católicos de la verde Erin. La presencia de fieles en las iglesias sólo hay otro país en Europa que pueda compararsele, es decir, España. En cierto modo, el catolicismo irlandés y el español presentan grandes semejanzas, sobre todo en su respeto por la tradición y la poca huella que en ellos tienen los movimientos llamados



La Policía inglesa retira la bandera tricolor de la República de Irlanda de la casa de un párroco católico del Ulster. Fotografías semejantes a éstas se han enviado a Eisenhower con el fin de apoyar las reclamaciones irlandesas

progresistas de algunos grupos católicos de otros países europeos.

Las iglesias están siempre llenas, e incluso en los días no festivos el número de los fieles que en ellas se encuentran es muy elevado. Desde las cinco de la mañana hasta las doce, hora que marca el final de la mañana en estas latitudes, se celebran misas ininterrumpidamente. Las librerías están atestadas de obras de religión, e incluso en los grandes almacenes existe siempre una sección dedicada a objetos religiosos. El Sagrado Corazón figura en todas las solapas, hasta en las de los más humildes. Creo que más de la mitad de los cobradores de autobuses lo llevan. El hacer la señal de la cruz delante de las iglesias es una práctica totalmente extendida que llega hasta el extremo de detener los coches y las bicicletas para hacerla. Procesiones y peregrinaciones en las que participan enormes multitudes se realizan con relativa frecuencia, y sobre todo en este verano, en que el Año Mariano ha multiplicado los motivos de este género. Respon-

diendo a los sentimientos del país, la República de Irlanda ha emitido un sello dedicado al Año Mariano. La cruzada en pro del rosario ha constituido un éxito sin precedentes en todas las comarcas y ha dado origen a verdaderas concentraciones de fieles. Aprobada por la opinión, que la respalda unánimemente, existe una censura para libros, publicaciones y películas, siendo considerablemente perseguidos todos aquellos actos que van contra la moral.

Una de las facetas más positivas del catolicismo irlandés es la fuerza que posee entre las clases humildes. Tanto el campesino como el obrero no han apostatado como en tantos otros países y casi podría decir que constituyen el elemento de mayor empuje en la Iglesia del Eire. Estas circunstancias han motivado el desarrollo de un movimiento auténticamente «sui generis» encargado de buscar una renovación religiosa precisamente entre estas clases humildes. Mientras que en Francia y Alemania, en general, los movimientos de este tipo tienen una tendencia marcadamente intelectual, la Legión de María, tal es el nombre del movimiento irlandés, busca sus prosélitos entre jóvenes obreros y empleados humildes. Las calles de Dublín están salpicadas de librerías portátiles en las que pueden verse numerosos folletos relativos a los dogmas, prácticas de sacramentos, liturgia, etc., etc., todos ellos escritos en lenguaje claro y divulgador que se distribuyen o se venden entre transeúntes. En cada carrito hay dos o tres miembros de la Organización que conversan con las gentes en unos casos y en otros no vacilan en lanzar verdaderos discursos públicos. Naturalmente, las actividades de la Legión de María no se limitan a esto y se extienden a un campo mucho más vasto, como es el de formar círculos de estudio, crear campañas juveniles, celebrar ejercicios espirituales y otras muchas más actividades de tipo parroquial.



Un poste aduanero británico en la frontera del norte de Irlanda que simboliza la absurda división de la isla



GRACIA Y LINEA DEAR

IBIZA EN LAE EL RECUERDOE

UNA ISLA DE SUGESTIVA BELLA

POR el camino de la mar salada, fuera ya del agua de Menorca, me quedan todavía dos horas para llegar a Palma. Allí echaré ancla el tiempo que la eche el barco, y luego, a Ibiza. Ya estuve en esta isla otra vez, en fecha memorable, fecha de mármol o de bronce que ahora replica en la imaginación como a Pascua florida. Fué entonces cuando bebí el mejor coñac que recuerdo, en buena conversación con John Walter, número cinco de la dinastía del «Times», a bordo de un yate perfecto que le había ganado en Cannes al rey Faruk. También escribí bastante sobre aquello, sobre el encanto claro de las noches ibicencas y sobre la quietud de las grandes bahías condecoradas por la luna. Todo estará, probablemente, como lo dejé. Entretanto, navegamos.

El barco llega a Palma con las horas bien medidas y vuelve a enfilarse el rumbo a la caída del sol. Hay mar de fondo y la cabeza va de un lado a otro, augurando malos pensamientos, que se confirman más tarde en un tanto por ciento apreciable del pasaje. Los barcos se cansan también y las últimas horas de la travesía se alargan desmesuradamente a lo ancho del mar, que siempre es el mismo, sin variación posible. El mar es lo que tiene. El mar y el desierto poseen tanta grandeza que rozan una primera definición teológica. El mar y el desierto permanecen continuamente inmóviles, aunque nos movamos sobre ellos, y su configuración es casi metafísica. Por eso, si uno no es un místico total, se aburre de tanto navegar. Y a lo mejor también procede de esto el escorbuto.

A la sombra del solemne prestigio de Mallorca, Ibiza, la tercera isla balear, va tomando con los años número y fama en la apreciación del viajero, y puede afirmarse con toda razón que ha entrado ya en el programa oficial del turismo. Al margen de todo convencionalismo y de toda propaganda organizada, esta isla, de 572 kilómetros cuadrados, ofrece como en bandeja de oro una calma absoluta y una serie de trazos peculiares y singularismos. Porque la complejidad de esta isla blanca es como un rompecabezas

descabezado, en donde la sorpresa sigue a la sorpresa como a un señor natural. Las más extrañas e inverosímiles costumbres, toda una historia de corsarios que vive aún la misteriosa literatura popular de tragos y duendes submarinos, las danzas milenarias recortan sin ninguna duda una personalidad cierta. Y a esta Ibiza, en la que el sol baila al amanecer del día de San Juan, según profundísima leyenda, arriba en noche cerrada, entre luz verde y roja, con muchas ganas de dormir.

No pudo ser. Me esperaba en el muelle Paco Verdera, el más granado periodista de la isla, inventor del agudo Portal Nou, especie de tamiz municipal. Verdera, amigo antiguo de los fabulosos otoños madrileños, me arrastró hacia la parte alta de la ciudad, alta hasta la pura idea del vértigo, sin ninguna exageración. La ciudad de Ibiza está compuesta por dos planos en ángulo obtuso, pero no mucho, de tal modo que la rampa del segundo plano representa una cuesta considerable. Encaramado en su final, como un inmenso torreón, un algo así como club nocturno domina por entero la ciudad y el mar. El dueño, un fornido alemán muy parecido a Max Schmeling, sacó a relucir una botella de medio metro que daba gusto verla. Aun más tarde, casi de amanecida, recorri un trozo de las inmensas murallas. Esta gran cinta de piedra, que ciñe la Ciudad Alta, fué mandada construir por Carlos V en 1558 y se acabó en 1585, según inscripción en la puerta principal, bajo el reinado de Felipe II.

LA CIUDAD VISTA DE DIA

Ibiza posee una arquitectura particular. Es curioso el dato que señala la semejanza de esta antiquísima arquitectura isleña con la moderna construcción generalizada en las grandes ciudades. Un famoso arquitecto, Baeschlin, afirma que desde hace ya muchos siglos, los principios básicos de la arquitectura actual fueron puestos en práctica en una estimable intuición de las formas. Las construcciones campesinas ibicencas, o por lo menos



Arriba: Una payesa ibicenca camino San José, foto

ARCHIPIELAGO BALEAR

AYENDA Y EN DE LAS GENTES



LA BAJA BAJO LA LUZ MEDITERRANEA



blado.—Abajo: Una típica procesión en
sito de Ibiza

la mayor parte de ellas, adoptan la figura de dados, siempre blancos, en torno a los cuales se van levantando después otras casas, que señalan el número de hijos de la primera familia, prácticamente de la primera casa. Esto es así en el campo, pero no en la ciudad, a pesar de que los rasgos de casi todos los edificios que en ella se han construido proceden de una misma y sola definición arquitectónica.

Bordeando la parte extrema de la ciudad, la graciosa parábola de una vía ancha y perfectamente llana marca el límite del mar. Frente al puerto, clavado en un jardincillo cerrado, se alza el único monumento del mundo, el monumento de los corsarios. Es un monolito de unos diez metros de altura que proclama a todos los vientos la audacia de Antonio Riquer. Frente al enjambre de los piratas mediterráneos, el marino ibicenco defendió su isla del saqueo y del desastre. A bordo de su jabeque, armado en corso, luchó contra las galeotas de los argelinos y los navíos ingleses, terror de las rutas españolas.

—¿Conoce usted esta historia? —me decía un viejo armador ibicenco, de voz muy pausada y muy clara.

—No, por todos los diablos—repose, alzando un poco el grito de la emoción.

Y entonces el buen armador me contó la historia del navegante valiente.

La más grande aventura de este hombre es precisamente la que recuerda el obelisco. Era el día de la Trinidad. Amanecía con sol y alegremente y muy normal por la mar adelante, sin barco a la vista ni cosa que lo pareciera.

—Menos mal—dije yo, que no me podía contener.

—Cállese, por Dios bendito—contestó malhumorado el armador—. Aquí cuento yo sólo.

A las dos horas de amanecer, y con mucha prisa, apareció a pocas millas de la isla una fragata abanderada a ja inglesa, a la que de pronto no alcanzaban los cañones costeros. Con buena vista la pudieron reconocer. Era la «Felicidad», navío del florentino Miguel Novelli alias «el Papa», vecino de Gibraltar y pirata a las órdenes de Inglaterra. Los isleños se agolparon en las mura-

llas de la ciudad, en el colmo del terror. Era, como se dice, el final. Novelli representaba el castigo más temible, lo peor de la piratería. La única esperanza, el clavo ardiendo, era Riquer. Y Riquer se convirtió en protagonista de la situación. Escogió a treinta hombres, y después de oír misa en la iglesia de San Telmo embarcó en su embarcación, que se llamaba «San Antonio». A última hora surgió una complicación. El padre de Riquer, que había vivido setenta años encima de las olas, había atravesado la pasarela, armándose de un enorme espadón de carnicero. El capitán no quería. Pero al final venció el tremendo afán de lucha del viejo corsario, y mientras se aflojaban las amarras los Riquer se abrazaron. Todo era a cara o cruz. La cuestión era a muerte. Desde la muralla, desde el puerto, adentrados en los pequeños islotes de la bahía, la muchedumbre de los isleños gritaba al valiente pirata los más vulnerables flancos de Novelli. Las calladas campesinas, las enlutadas campesinas de los valles, que tantas veces habían contemplado con los ojos azules y enormes la tala de sus bosques de pinos, de los que salían barcos para el ejército de Riquer, veían el misterio a punto de desentrañarse. El «San Antonio» se acercó al navío de su contrincante. La primera andanada mató al padre del capitán ibicenco. Riquer, enfurecido, se lanzó al abordaje. Los garfios, las escualas acercaron las naves. La manzanza entre las huestes del florentino fué espantosa, pese a la superioridad aplastante de éstas. Al «Papa» lo encontraron escondido en un armario de su camarote. Riquer quiso ahorcarlo, pero Godoy ordenó que lo canjeasen por varios prisioneros españoles. De todas las maneras, la isla estaba salvada. Y esta hazaña es la que recuerda el obelisco del puerto.

A SAN ANTONIO POR LA CARRETERA

A San Antonio, por la carretera, hay como unos veinte kilómetros. Los bosques entre los que cruza el tráfico son de pinos. Por ello Ibiza es la primera Pitiusa, tierra de pinos, según la bella expresión latina. Cerca ya de San



Una niña con el traje típico de Ibiza

Antonio, un desnivel de la carretera descubre al final la amplia bahía que mereció el nombre de Portus Magnus, cuya derivación filológica dió en Portmany. Cerrando el gran semicírculo a unas cuatro millas de la ribera, la pequeña isla sin conejos, y que es la Conejera, deshabitada y en posición de defensa, bifurca la entrada a las aguas de San Antonio. San Antonio es una avanzadilla del turismo. Es una íntima concesión al «deshabillé», aun sobre el angelical clarinete de Jack Miranda, el extraordinario músico de Ses Voltes. El turismo vive en San Antonio con alpargatas, de la mañana a la noche, fabricándose el verano a base de absentia rebajada y arroz a la marinera, un tanto perezoso o quizá tranquilo, sin efervescencias ni excentricidades. Da gusto al finalizar el día sentarse al mismo borde del mar, sin demasiado barullo, a contemplar la vuelta morena de las bañistas de Cala Grasió o de la Bassa, los dos grandes secretos de San An-

tonio. Huele a pino y a mar al tiempo y oscurece sin ninguna precipitación, mientras el ritmo ligero de Ses Guitarres, otro inocente cabaret sin techo, llega desde lejos para trazar junto al oído una melodía circunstancialmente individual, que siempre ha escuchado uno otra vez, aunque no se recuerde dónde.

Y de vez en cuando, ya se sabe:

—Voulez vous dancier, made-moiselle?

La danza lleva como un signo mudo de pacto internacional, y del saxofón sale una música de ola y de pie desnudo que no logra apagar el deseo un tanto misterioso de zambullirse en algún sitio.

Por la mañana, después del baño en Ses Sables, delicioso rincón sin más ruido que el del mar, me adentré con Paço Verdadera, que me acompaña en toda la peregrinación de la isla, en los valles que conducen hacia el Norte y por los que transitan gentes que llevan miles de años sobre sus espaldas, venerable bagaje que toma vida y forma en las costumbres. Es imposible penetrar toda la apretada muestra que ofrecen los habitantes de estas tierras adentro en menos que canta un gallo. Y como estas ligeras impresiones no van mucho mas allá, y aunque el gallo cante no cantará tres veces, no sé qué idea podré dar de las viejas historias.

La mujer campesina, de raíz múltiple porque la influencia fenicia, cartaginesa y árabe ha producido, en ella una densidad psicológica muy difícil, es digna de reposada observación. Para llegar al matrimonio con esta mujer ibicenca es necesario adaptarse a un complicado rito milenarico, que aun persiste.

El payés que tiene una «atlot» —muchacha— en edad de merecer, convoca solemnemente a todos los que pretenden a su hija. El padre cuenta el número de hombres, que en ocasiones alcanza la conmovedora cifra de treinta, calculando a bulto el tiempo de la velada. «A ti —dice— te corresponde hablar diez minutos con mi hija, en la paz de Dios.» Así es la fórmula. Si el tiempo es caluroso, se sientan en el porche o entran en el hogar si el viento sopla o hace frío. La muchacha, entonces, se quita el sombrero de largas cintas multicolores. Su traje es de fiesta. La

falda, generalmente verde, con infinidad de pliegues obtenidos por medio de cuerdas, cae siempre hasta los pies. Bajo esta falda lleva hasta doce enaguas de hilo y grandes cantidades de filigrana dorada brillan en las mangas del jubón. Un corsé muy apretado ahoga y consume el pecho, sobre el que luce la triple cadena de oro. Y como última prenda el «abrigays», la prenda femenina de invierno.

Se forma la cola de hombres. Si alguno intenta prolongar el tiempo marcado, el siguiente lanza una piedrecita a los pies de la pareja. La misma operación se repite tres veces, y si el entusiasmo del galán no cede, se produce automáticamente un desafío ante la impasibilidad y el silencio absoluto de los demás. Pero, por regla general, nunca se llega a estos momentos. Si la muchacha halla alguno de su gusto, lo cita en voz baja y a la reja. Y al domingo siguiente, si el mozo se coloca a su derecha a la salida de la misa mayor, tal actuación sanciona de modo público el noviazgo. Pero hasta ese dichoso domingo pueden ocurrir muchas cosas, y los presuntos novios pueden refirir muchas veces. Y entonces ocurría o que el «atlot» disparaba su pistola por la espalda de la joven, y al suelo, y tal significaba desprecio o que disparaba al suelo y delante, con lo cual quedaba demostrado que la joven no era excesivamente heroica.

Comimos en varios sitios. El campesino no insiste al ofrecer los manjares, pero lo hace con todo el corazón y no piensa nunca que puedan rechazarse. La comida fundamental del campo ibicenco consta de pan con anís, sobrasada, carne en abundancia y aceitunas. Como postre están las «ureietes», condimento a base de trigo muy sabroso. Para beber, grandes cangilonos de vino payés, vino duro que enchispa y reconcome. Faltaba el queso, para ser como Don Quijote, aunque quedamos bien agradecidos. Muy tarde enderezamos a la carretera por entre bosques y maizales, mientras el buho empezaba su misteriosa ronda y un cielo muy lejano se encendía y se apagaba con el faro poderoso de San Antonio.

EL OTRO MONUMENTO DE IBIZA

Como ya no había tiempo para dormir, decidimos trasnochar en el otro monumento de Ibiza, el más entero y vivo que anda entre los diez más antiguos de España. Pasamos la noche en el periódico. El «Diario de Ibiza», permítaseme esta admiración, es el más heroico milagro que conozco, verdadera hoja de batalla contra una serie de dificultades que, sin saber cómo, se vencen y se sobrepasan, echándose a la cuestión bien diría yo que mucho ingenio. Allí conocí al increíble Bartolo, traductor de siete idiomas, frecuentador de tareas marineras, guía original y literario, amigo de policías y carabinieri, profesor del Semina-



Parte antigua del Puig de Missa, en Santa Eulalia del Río



Panorámica de Santa Eulalia del Río, llena de luz y colorido

rio, pescador de caña y periodista, que son cosas muy serias, según él y yo tenemos entendido. A Pedro Mas, radiotelegrafista o algo de eso, muy cordial del teletipo, subdirector de la Banda Municipal y saxofonista retirado. A Francisco Vilás, cazador de greguerías y padre de familia numerosa. A Manuel Guasch, paloma mensajera de Cifra e informador de una de las noticias más bellas que se han publicado en España y que ha dado la vuelta al mundo: que en la cárcel de Ibiza no había presos. A don Isidoro Macabich, redactor jefe del diario casi desde la fecha de la fundación, correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia, cronista e historiador de Ibiza, gran poeta en la lengua catalana y una de las nobles y venerables figuras de la isla. Todos estos hombres y algunos más, a los que no tuve la fortuna de conocer, cooperan a la labor ingente del «Diario de Ibiza», al que yo saludo con toda mi alma.

Dormí desde las seis de la mañana hasta la media tarde, hora fijada ya de antemano para marcharnos a las salinas. Ibiza es la mejor salinera del archipiélago, y su producto es considerado para la industria del salazón como el mejor del mundo. Para ir a las salinas hay que tomar la carretera de San José, que va bifurcándose en los ramales de San Jorge, el que va hasta el aeródromo y el que sigue a las salinas. Hicimos la caminata en bicicleta, atravesando famosas huertas que inundan la carretera de un humor vegetal que es la muestra y el rastro. A lo largo de la carretera, al fondo y a la izquierda, la plaza Den Bossa, de unos cuatro kilómetros de arena, nos acompaña hasta la Torre de la Sal Roja, en la punta sur de la isla.

Una preciosa vista del maravilloso pueblo de San Antonio Abad, en Ibiza

EL SALINERO Y LA SAL

Las salinas son como un pacífico Eldorado, donde la modesta fortuna llega por sus pasos contados, y el hombre joven y fuerte busca el hacer su vida. He hablado con salineros, los fuertes salineros de espaldas de epopeya, tostados cruelmente por el reflejo de la luz sobre la sal, calzados con gruesos calcetines de lana y botas a la media pierna, prendas obligatorias, porque la sal roe la carne y les llaga. Trabajadores a destajo, que diariamente participan en la pugna de la resistencia, sin un movimiento superfluo, exactos, mudos, hormigas de luna a luna, con sus cinco mil pesetas mensuales de soldada. Avanzan las vagonetas y se mueven las palas, se desploman los enormes bloques sobre las trituradoras, mientras las grúas trabajan con urgencia y la gran humareda de los barcos noruegos, suecos, italianos o neozelandeses anuncia a punto la caldera.

Y a tal hombre tal bebida: el

«suisé». Tras la cortina espesa de bambú, uno siente la necesidad de convertirse en tabernero. Sobre el mostrador alto y sólido hay multitud de copas tipo vermut, que parecen llenas de un muy discreto café con leche.

—Dos cafés con leche—pedimos.

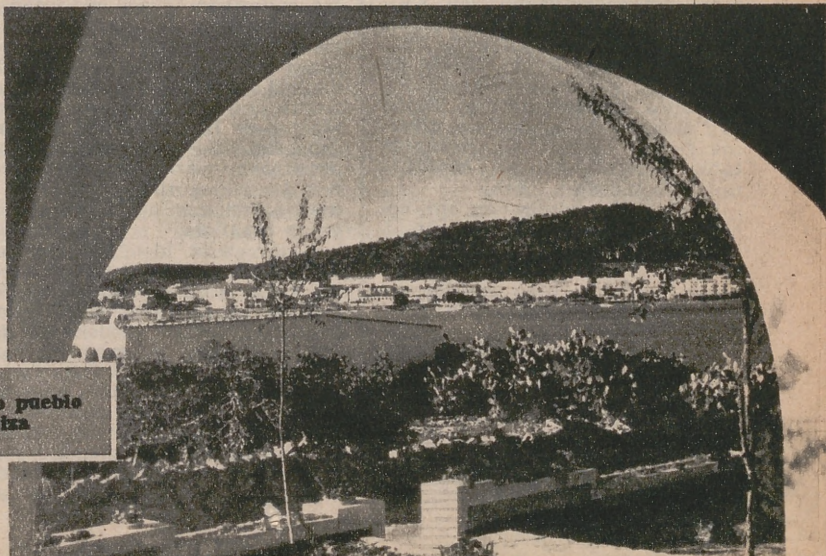
—¿Qué?

—«Dos caferets emb llet»—explica Verdera, que se sabe bien el ibicenco.

Nuestra equivocación era explicable. El café que allí se consumía a grandes tragos no era tal café. Es una mezcla, el «suisé», a base de absenta y zarza, o de limón, con lo que la bebida resulta, naturalmente, de color limón. Un «suisé», lo digo para aviso de mareantes, despoja de la timidez; dos «suisés» crean en la mente ideas radicales; al tercero, aun no se ha llegado a saber con certeza qué demonios pasa. Y todo por el módico precio de a peseta la copa.

El tabernero cuenta y cuenta anécdotas de toda la marinería del mundo, y reproduce con una mímica evidente la serie de peleas que tuvieron como «ring» su taberna. «La sed, es la condenada sed», nos aclara.

Todo un mundo esto de las



salinas. Poseen cuarenta estanques, unos cinco kilómetros cuadrados, que producen, por obra y gracia de sus mil quinientos obreros, noventa y cinco mil toneladas al año. Y el continuo e implacable reflejo que deshace los ojos, que los llena de lágrimas. Es la vida...

Andando por entre las vías de los trenes salineros llegamos, poco menos que sin darnos cuenta, al aeródromo de «Es Codolá», cuya ampliación y modernización creo tan necesario como el aire. Esto, con las comunicaciones marítimas y el trazado y la afirmación de carreteras, la deficiente y escasa energía eléctrica, son los problemas que deben solucionarse cuanto antes. Según Paco Verdura, periodista de buen látigo, el día en que esto se resuelva acabarán definitivamente los Portal Nou y todos tan contentos.

SANTA EULALIA DEL UNICO RIO

Escribo las notas y apuntes de este reportaje a las cinco de la madrugada, con un pie destrozado por el pedal de la «bici» y cayéndome de sueño.

Apunto los recuerdos con la angustia de que no voy a poder escribirlos todos, porque son innumerables. Dicho esto que necesitaba decir, empiezo con Santa Eulalia.

Santa Eulalia tiene la suerte en forma de río, el unico en todas las Baleares. Me acerqué hasta él por la desembocadura y, como Ulises, hubiera deseado tenderme en sus acogedoras aguas y soltar un hermoso periodo al dios fluvial, cualquiera que fuera. Una vez apartada la tentación, subimos a la gentil altura del Puig de Missa, desde donde se ve y nunca se cansa uno de ver un dulcísimo paisaje declarado pintoresco oficialmente. Tuerce y retuerce el río entre la tierra verde y llana, y a lo lejos la hondonada leve de los valles matiza el color vegetal del cuadro, que alcanza más de media isla. Aquí se reúnen infinitud de pintores para arrancar del aire y de la tierra los mejores instantes de luz.

Al acercarse a Santa Eulalia por la carretera, desviándose del camino real un kilómetro aproximadamente, no hay razón para pasar de largo ante la iglesia de Jesús, que en un tiempo fué de los dominicos. El templo conserva un tesoro increíble, un maravilloso retablo del siglo XV, o tal vez de principios del XVI, de la escuela valenciana, según todos los síntomas. La tabla central representa a la Virgen en la actitud de amamantar al Niño. Unos ángeles músicos sostienen el palio de la gloria y diversos santos ocupan las restantes tablas, formando el conjunto una preciadísima obra.

Desde esta iglesia, en un coche de línea tardón, me fui a Ibiza. No puedo más, porque llevo quince días andando. Antes que a esta isla, y ya que me venía muchísimo mejor, me acerqué a Cabrera.

Por circunstancias especiales, mas no podré escribir mucho de ella. Pero escribiré, naturalmente. Escribiré cuanto pueda. Pero no ahora, claro.

Carlos Luis ALVAREZ
(Enviado especial)

DE LAS PIEDRAS, PAN

LA AUTOCRITICA DE NUESTRO CATALICISMO

HAY en nuestro tiempo, jóvenes españoles en el año 1954, como un anhelo apremiante y contagioso, en la búsqueda y definición de lo que sea el auténtico hombre cristiano. La vieja versión que podríamos denominar del «caballero cristiano», del hombre cumplidor de los preceptos formales, pero acaso menos diligente en las actitudes de fondo, nos parece un engaño, una falsificación del espíritu del Evangelio, un viejo fósil que tan sólo se puede utilizar como curiosidad y anécdota. Nos importa actualmente recordar y repetir que el acento y el contraste de la vida cristiana está en la fe, en la esperanza y, en gran medida, en la caridad, para que nadie se llame a engaño y se eliminen las impurezas que originan los que entienden lo religioso como una simple actitud formal. He aquí por qué nos sería muy difícil hoy, en esta etapa de búsqueda, dar una definición válida y polémica de lo que sea, socialmente hablando, un hombre cristiano. No será desde luego, solamente el hombre que va a misa los domingos, ni el hombre que practica los ayunos, ni el hombre que cumple con el precepto pascual, aunque los elementos de esta supuestas definiciones puedan entrar en la definición completa, representativa de la inquietud, de la exigencia espiritual de hoy.

Mucho más que las manifestaciones externas nos preocupa adivinar en nosotros mismos, en los demás, en las organizaciones que frecuentamos, lo que podríamos denominar, sentido de lo sagrado. Porque el cristianismo no es sólo un asunto de fidelidad a la misa dominical y al deber pascual. Recientemente el padre Malley, dominico, escribía que todo confesor sabe perfectamente que existen hombres que, desgraciadamente, se han mantenido apartados muchos años de los sacramentos, pero que en el momento del retorno manifiestan una conciencia aguda, muchas veces trágica, de la grandezza de lo sobrenatural y se dan cuenta de su personal miseria y de la necesidad de abandonarse por la oración a las fuerzas superiores de Dios. Estos cristinos aparentemente irreligiosos conservan, pues, un auténtico sentido de lo sagrado. Estamos en una época de paz, como acaso jamás la haya alcanzado España y esta paz, afortunadamente, es sentida por muchos jóvenes de hoy como una responsabilidad. He aquí por qué se preguntan —nos preguntamos— por las categorías profundas y más auténticas de la vida religiosa española.

¿Cuál es la idea que muchos hombres que frecuentan la Iglesia y aún los sacramentos, se hacen de la religión? Es una de las preguntas que quisiéramos poder contestar. Y también esas otras: ¿Cómo se desarrolla la vida espiritual de tantos obreros, hermanos nuestros, agobiados a veces por duras circunstancias económicas? ¿Hay auténtico sentido de Dios en nuestro mundo

del éxito, del confort, del dinero? El Dios que pretendemos adorar, el Cristo del cual nos sentimos discípulos, la Iglesia a la que denominamos nuestra Madre, ¿son siempre en realidad el Dios, el Cristo Salvador del mundo, la Iglesia cuerpo místico de ese Cristo? ¿Hasta qué punto el Dios y el Cristo que no quieren reconocer ciertas personas agarrotadas por el infortunio, apretadas contra la pared por circunstancias desfavorables, es el Dios y el Cristo del Evangelio? He aquí unas cuantas preguntas a las que han venido respondiendo numerosos artículos y notas que se publican en nuestras revistas y periódicos. La contestación unas veces parecerá certera, otras exagerada y por lo tanto errónea, otras pesimista o bien otras, si se quiere, profetista e iluminada. Pero el hecho de que haya en España hombres jóvenes, que se planteen alguna de las cuestiones que aquí dejamos anotadas, evidencia un perfeccionamiento, una mayor sensibilidad para nuestra vida religiosa y al mismo tiempo es testimonio de un sosiego y de una paz públicas que hacen innecesario que los católicos se convirtieran en «catolicistas», en palabra de Luis Ponce de León.

Creemos sinceramente que esta hora es hora de acción y de trabajo. Pero también es hora para aquellos que, junto a los que han emprendido la ardua tarea de trabajar en obras y empresas concretas, prefieren el camino de la reflexión, el análisis y la crítica. Este es el tiempo, decía nuestro amigo Lorenzo Gomis. Este es el tiempo, convenimos. Únicamente hace falta que a esos jóvenes de la reflexión, el análisis y la crítica, no les seduzca el halago y el aplauso de quienes en España siempre, desgraciadamente, han querido transformar su posición religiosa —de ello no se escapan las izquierdas— en programa político, en derecho a convertirse en minoría política del país.

Se habla hoy mucho de confusión, pero es conveniente que nosotros, los católicos, no seamos los primeros confusorios. Recientemente nuestro Cardenal Prímado, doctor Pla y Deniel, pronunció unas palabras oportunísimas en la clausura de la II Asamblea Nacional de Dirigentes de Acción Católica. Los católicos, dijo, en cuanto ciudadanos deben procurar intervenir y gestionar el bien común en el orden temporal, pero no echar esta responsabilidad a la Iglesia y a la Jerarquía, cuya responsabilidad es harto grande con sólo el ministerio pastoral. Entre tanto, con el corazon henchido de esperanza, asistimos al espectáculo de un catolicismo español que, unido a la jerarquía, quiere trabajar y trabaja por su propio perfeccionamiento, con una crítica o auto-crítica algunas veces exagerada, pero que incluso en esos casos, puede ser fecundísima.

Claudio COLOMER MARQUES

ESTRATEGIA POLITICA

Por T. NIETO FUNCIA

La primera parte de este trabajo fué publicada en nuestro número anterior. Resumimos en estas líneas lo que antecede al texto que sigue:

Comienza afirmandose la posibilidad de mejorar los actuales planteamientos de estrategia política que se caracterizan por cifrar sus objetivos cardinales: a), fortalecimiento económico, y b), aproximación creciente a una distribución equitativa de la renta nacional. Se objeta luego a los planteamientos de estrategia mantenidos en torno a estos objetivos: 1.º, que no permiten alcanzar una prestigación orgánica del Estado; 2.º, que son un factor decisivo de complicación y proliferación legislativo, que se traduce en creciente pérdida de las condiciones de seguridad jurídica. Termina aquella parte denunciando la impropiedad y la imprecisión de esos objetivos cardinales de estrategia política, a los que se debe cuanto da fundamento a las objeciones señaladas.

II

5.º Conveniencia de reemplazar los objetivos cardinales de la estrategia política actual por el de elevación progresiva del mínimo económico privado.

El objetivo general de fortalecimiento económico, el de una aproximación creciente a la más equitativa distribución de la renta nacional, el principio de autonomía de los sujetos privados y el de la que llamamos tutela social pueden quedar simultáneamente atendidos y comprendidos en un objetivo cardinal de estrategia política, que proponemos llamar elevación progresiva de mínimo de nivel económico privado. Mínimo económico privado es, en nuestro léxico, el que resulta para los individuos del conjunto de los servicios públicos gratuitos que afectará a todos los miembros de una comunidad. Si se trata de servicios públicos gratuitos, con ello se dice que la simple condición de ciudadanía es título suficiente para disfrutar de ellos, y que del contenido de esos servicios puede beneficiarse el sujeto individual, aun en aquella situación por la que no disponga de renta monetaria o privada alguna. La elevación progresiva de este mínimo de nivel económico privado había de ser, a nuestro juicio, el objetivo cardinal de estrategia política.

Para concebir este propósito de estrategia política es preciso, en primer lugar, desechar la prevención desfavorable a la asunción por el Estado de gastos que han sido tradicionalmente de incumbencia privada. En nuestra mente, y aparte de otros servicios públicos de fundamento técnico o de cualquier clase, la elevación progresiva del mínimo de nivel económico privado había de conseguirse mediante la financiación pública del consumo de artículos de uso general, en número de artículos creciente y calidades cada vez más altas. Se piensa, pues, en la financiación pública del consumo del pan, primero; del consumo del pan y las grasas de uso común en cada país, después; del consumo del pan, las grasas y los tejidos de uso también común, en un momento ulterior; y así sucesivamente. Sería preciso, por consiguiente, eliminar el criterio restrictivo de establecimiento de servicios públicos, que es un residuo de los viejos planteamientos de estrategia política, según los cuales toda competencia pública era en sí misma un mal menor.

Con la eliminación de estas prevenciones, nos mostramos en la línea del intervencionismo, si bien al precisar el carácter de las competencias que debe asumir el Estado progresivamente, sobrepasamos la vacuidad de las posiciones teóricas máximas del pensamiento en que se ha apoyado el intervencionismo. Esa vacuidad es el último fundamento de las objeciones que hemos hecho a los planteamientos vigentes de estrategia política. Veamos ahora cómo puede afirmarse que en el objetivo de estrategia política que proponemos, quedan comprendidos sin sus defectos, los actuales objetivos generales de fortalecimiento económico y de creciente aproximación a una distribución equitativa de la renta y compaginados de manera

práctica los principios de autonomía de los sujetos de derecho y de tutela social.

6.º La elevación progresiva del mínimo económico privado comprende el objetivo general de fortalecimiento económico.

Queda comprendido el objetivo general estratégico de fortalecimiento económico en cuanto que la prestación de esos servicios públicos, de contenido cada vez mayor, supone que ha de ser posible tal prestación materialmente; es decir, que los renglones correspondientes de la renta nacional han de ser de la cuantía necesaria para ello. Hay que tener en cuenta, además, que si se conciben tales servicios y se ejecutan de manera que siga siendo la persecución del beneficio máximo el motor de las actividades económicas de producción y se mantenga en su plenitud la libertad de consumo, tales servicios cobran por entero la naturaleza de condición económica social mínima, cuya elevación sucesiva supone la elevación también progresiva del máximo.

La extensión progresiva del mínimo económico privado corresponde, pues, al objetivo general de fortalecimiento económico, pero con precisión del sentido en que ha de entenderse tal fortalecimiento.

En los planteamientos estratégicos que impugnamos, el fortalecimiento económico es una expresión equívoca, porque no hace referencia alguna al tipo de bienes o servicios a cuya producción se atribuye ese fortalecimiento. Y si bien es cierto que se dan conexiones técnicas y económicas, en virtud de las cuales, al aumento de producción en un aspecto supone el aumento también en otros, esto no puede entenderse como equivalente a que al aumento de la producción en cualquier aspecto entrañe el aumento también en todo lo demás. Lo correcto es más bien lo contrario, puesto que todas las relaciones de correspondencia entre las cantidades de medios y las de producto, salvo el caso de bienes complementarios de producción conjunta, lo general es que, sólo podremos incrementar positivamente la producción de una clase de bienes, disminuyendo la de otros, si suponemos empleados todos los medios y fijas las relaciones técnicas de transformación.

Con el mínimo económico privado ascendente precisamos el sentido de la expresión fortalecimiento económico, entendiéndolo por tal el aumento de la producción de los artículos cuyo consumo se financia públicamente y los eventuales que pueden tener lugar en otros géneros de artículos, como consecuencia de mantener vigentes las libertades de empresa y de consumo.

7.º La elevación progresiva del mínimo económico privado comprende también el objetivo que se expresa en los planteamientos actuales de estrategia política, como aproximación creciente a la equitativa distribución de la renta.

En el mínimo económico privado ascendente queda comprendido también el objetivo general de aproximación sucesiva a una distribución equitativa de la renta. En primer lugar se atiende a lo relativo de la idea de equidad, puesto que esta idea, aplicada a la distribución de la renta, supone tener en cuenta el volumen y la estructura de esa renta. En el concepto de mínimo económico privado ascendente, la equidad de la distribución no es un tope o un límite al que nos aproximamos indefinidamente, sino un sentido de progreso social y económico al mismo tiempo. Con esto se da de lado, definitivamente, a la puerilidad del igualitarismo en sentido absoluto y se alcanza una versión práctica del igualitarismo relativo, colocando a los valores o cualidades singulares de la personalidad en condiciones cada vez mejores de desenvolvimiento por la elevación progresiva del mínimo económico privado.

Debe advertirse que la elevación del mínimo económico privado se concibe manteniendo los factores del juego de determinación de rentas privadas en cualquier concepto; es decir, los factores de determinación de salarios, beneficios e intereses de capital. La distribución más equitativa cada vez de la renta se configura de este modo como

resultado de la mejora progresiva en la satisfacción de las necesidades genéricas de los miembros de la comunidad y de la concurrencia que se hace posible con ello, para los títulos o condiciones de determinación de las rentas privadas individuales. El mínimo económico privado ascendente representa la liberación general y progresiva de la servidumbre, y el establecimiento de una igualdad de oportunidades cada vez mayor, para todas las formas de concurrencia entre los diversos niveles de riqueza patrimonial. El igualitarismo relativo en la distribución de la renta puede definirse, en consonancia con esto, como la igualdad de oportunidades prácticas de concurrencia dentro de la diversificación de niveles de riqueza, inherente al reconocimiento del derecho de propiedad y al mantenimiento de los estímulos de actividad económica privada, en cuanto a condiciones óptimas de movilización de las energías de una comunidad.

8.º *La elevación progresiva del mínimo económico privado permite la compaginación práctica de los principios de autonomía de los sujetos de derecho y de tutela social.*

Pero es que, además, la elevación progresiva del mínimo económico privado, como objetivo cardinal de estrategia política, permite una compaginación holgada y firmísima de los dos principios que inspiran la política en los planteamientos actuales de estrategia: el de respeto a la autonomía de los sujetos de derecho y el de la exigencia de tutela social. Con el concepto de nivel económico privado se unifican en lo esencial las formas de ejercicio de la tutela social, que apenas necesitarán de algunas manifestaciones complementarias de acción de Estado. La acción de Estado o política de tutela social, puede y debe ceñirse así fundamentalmente a esta dirección concretísima, fuera de la cual puede y debe prevalecer rigurosamente el principio de libertad o autonomía de los sujetos de derecho. De la clara delimitación de campos es de la que resulta la posibilidad de compaginación holgada y firme. Después de la copiosa experiencia de política social en todos los países, no cabe duda de que la más alta forma de tutela social que pudiera alcanzarse sería aquella por la que los miembros de una comunidad política recibirían por servicio público gratuito la mayor cantidad y número y la mejor calidad posible de bienes de consumo general y básico, dentro de unas circunstancias de hecho dadas. Con fundamento, pues, cabe limitar a esta acción concreta respecto del mínimo económico privado las formas de ejercicio de los imperativos de tutela social, en la cual resulta de todo punto compatible con el de autonomía de los sujetos de derecho, si esa acción se realiza por el procedimiento de financiación pública y con arreglo a los principios clásicos de imposición fiscal.

No parece oportuno hacer ahora un esbozo de los procedimientos de acción sobre el mínimo económico privado, que han sido objeto de trabajos especiales por nuestra parte. Aquí nos limitamos a la discusión general de los planteamientos de estrategia política, vigentes hoy en la mayoría de los pueblos. Podemos decir, sin embargo, que la idea matriz de esos procedimientos es la de prestar los servicios del mínimo económico privado por vía de financiación pública, con lo que la producción y hasta el comercio conservarían la fiscomía actual, y la coacción política adoptaría exclusivamente la forma de exacción de impuestos, donde hay reglas y principios por los que se compaginan los principios de autonomía de los sujetos de derecho y los de la prerrogativa fiscal del Estado. No hace falta decir que están estudiados los problemas de tránsito de unas situaciones a otras y los de política fiscal, y que la viabilidad de estos procedimientos no pretende fundarse en algo así como un poder ilimitado de exacción por parte del Estado.

A los efectos de nuestra discusión aquí deben reducirse las cuestiones a las que resultarían del supuesto de solución satisfactoria de las dificultades relativas a los procedimientos. Y suponiendo resueltas esas dificultades, lo que tratamos de poner de relieve es el hecho de que, en el mínimo de nivel económico privado ascendente, como objetivo político cardinal de estrategia, quedan de todo punto diferenciados los campos de preminencia del principio de autonomía de los sujetos de derecho y del principio de tutela social, y se cuenta con las soluciones tradicionales de compaginación, allí donde es el principio de tutela social el que ha de prevalecer.

NI INCOGNITAS NI OBSTACULOS

CUANDO llega el momento de desarrollar una política internacional realista, limpia de prejuicios y ajustada a la verdadera dimensión de los hechos y al exacto planteamiento de los problemas, cobran todo su trascendental valor ciertas condiciones internas de los pueblos—su unidad política, su orden público mantenido sin violencia, su fidelidad a los pactos, su noble servidumbre al ideal defendido, por ejemplo—que no suelen capitalizarse en los días en los que imperan el oportunismo o las conveniencias utilitarias. Mejor dicho, las conveniencias que se creen «útiles» a ciertas horas.

Por la reciente decisión conjunta del Senado y la Cámara de Representantes norteamericanos aprobando la enmienda del senador McCarran, por la que España percibirá, aparte de los créditos correspondientes según la ley de Seguridad Mutua para la Ayuda Económica y Militar, y aparte también de los 30 millones propuestos por la F. O. A., ya aprobados por el Poder legislativo, la suma de 55 millones de dólares. Suma que significa, al mismo tiempo, una ventaja económica y un triunfo político.

En la forma y en el fondo el discurso del senador McCarran se funda en el reconocimiento de esas «condiciones internas» a que nos referíamos al principio. La aprobación conjunta del Senado y la Cámara a la propuesta del senador de Nevada, y con ella los 55 millones de dólares vienen, en el aspecto financiero, a reforzar la economía española, a contribuir a la gigantesca tarea de nuestra recuperación económica, máxime habiendo sido concedida esta suma en las favorables condiciones que todos conocen. En el aspecto político, esta decisión supone, sobre todo, la solidaridad con nuestra política interior, de unidad y orden social.

Ciertamente España no es una incógnita. Hubiera podido serlo de seguir la ruta catastrófica de Francia o la vía peligrosamente contemporizadora de Italia. España resolvió el 18 de julio de 1936 la incógnita. Y ahora cobra todo su valor, y más cuanto más tiempo pase, su clara y rotunda posición anticomunista.

Allá por el año 1928 uno de los políticos más ilustres de Francia, Clemenceau, que ganó para ella la guerra del 14 definió, quizá sin imaginar entonces con cuánta exactitud, la actual situación política de su patria. Su secretario, Jean Martet, le animaba a presentarse a las elecciones y el «viejo tigre», en uno de sus arranques, replicaba: «No señor. Nada tengo que hacer allí (en el Parlamento, se entiende). Ni yo ni nadie. La maquinaria se ha descompuesto. Ya no hay partidos, ni mayoría, ni oposición... ni nada. Viene a ser como una esponja: aprieta usted y sale un agua turbia.»

Agua turbia, hoy en el Parlamento francés y en el italiano. Corrientes de agua turbia que impiden la ratificación del tratado de la Comunidad Defensiva Europea, hasta tal punto que, en frase reciente Eisenhower no ha dudado afirmar que «Francia e Italia son dos obstáculos para la defensa europea».

En contraste con las habilidades oportunistas de Mendes-France y con las astucias electorales del fallecido De Gasperi España permite, por su recta política, una ayuda extraordinaria de Norteamérica aprobada precisamente en un momento en el que los Estados Unidos restringen su programa de ayuda al exterior.

Nos satisface la decisión del Senado y la Cámara norteamericanos, pero no nos sorprende. El agua limpia de nuestra política y la línea continua de nuestra posición internacional, trazadas certeramente por el Jefe del Estado, tienen hoy en todo el mundo un valor que no es posible ignorar: el valor de una situación «sin incógnitas», el valor de un alto que nunca se convertirá en un obstáculo a la hora de defender la seguridad de la civilización cristiana y la paz entre todos los hombres.

ELESPANOL

JULIO TRENAS

EN CERCO DE PREGUNTAS

"SITUO MI OBRA
EN UNA LINEA
TRADICIONAL
ENTRE BENAVENTE
Y CASONA"

EL PREMIO "LOPE DE VEGA" HABLA DE TEATRO

TRENAS cultiva ese periodismo febril y dinámico que va desde la entrevista aguda con notas desmañadas en los bolsillos, y que hay que redactar a toda marcha en el mismo diario, al reportaje certero; el ensayo con miras literarias en las revistas, la reposada y ecuaníme crítica de libros o el chisme del mundillo de las letras, con tacto y habilidad ingeniosa. Estas son sus actividades diarias, además de las tareas en Radio Nacional, donde la emisión «Café de platerías» le ocupa gran parte de su tiempo. Sin embargo, Trenas nos da ahora la medida de su capacidad de escritor en la nueva faceta de autor teatral.

El Premio «Lope de Vega», obtenido en reñida votación, en la que se barajaban nombres veteranos en las lides teatrales y muy vinculados a la escena, ha hecho que automáticamente, y por paradoja, Julio Trenas, uno de los periodistas actuales que más han cultivado la entrevista, pase de entrevistador a entrevistado. La verdad es que esta sensación debe de ser como un vino fuerte.

No hemos querido buscar a Julio Trenas en alguna tertulia literaria y cafeteril, o en un breve descanso en sus lugares de trabajo. La conversación es más sincera en el reposo de su hogar que en donde todo hombre se encuentra más en su verdad. La casa de Trenas está enclavada en los vecuquitos de la colanía del Pilar. Casa ésta de muchos niños y de una sencillez que nos habla de cómo el escritor ha ido abriéndose camino, paso a paso y codo a codo. En el despacho hay gran cantidad de libros: libros seleccionados que son como una antología de todo lo que cuenta en la literatura moderna. Hay también muchos cuadros a medio terminar. Trenas muchas veces cambia la pluma por el pincel, pero el tiempo siempre le apremia y sus lienzos se quedan en espera de una tregua que nunca llega. También hay unos bustos mode-

lados por él. Uno piensa si habrá entrado en el estudio de algún plástico. La idea se confirma al encontramos en este despacho al insigne pintor Vázquez Díaz. Don Daniel está de visita. El pintor y el escritor son amigos de tiempo. Con su entrañable cordialidad Vázquez Díaz asiste complacido a la entrevista. También está presente Milagros, la esposa del escritor. Trenas recuerda sus primeras armas periodísticas en la «Estafeta Literaria» y en la primera etapa de EL ESPAÑOL.

UN FAMOSO PERSONAJE: «EL SILENCIOSO»

SALCEDO.—¿Le gusta a usted haber sido «El Silencioso»?

TRENAS.—Lo tendré que ser siempre, pues la gente me recuerda con ese nombre. En realidad fué Juan Aparicio quien me inventó el pseudónimo. Entré un día en su despacho y de improviso me dijo: «Tú vas a firmar «El Silencioso». Y así fué. Yo era inédito y desconocido. Ahora, y a fuerza de trabajo ya no lo soy.

BLANCA.—¿Le costó algún disgusto aquella sección de la «Estafeta» y más tarde «Los chismes del compadre»?

TRENAS.—(Titubeando un poco.) Pues... no, no creo recordar cosas de mayor importancia; algún pique puede, pero nunca nadie se ofendió seriamente. En realidad, yo creo que la gente lo tomaba siempre bien.

BARRA.—¿Cuáles son los rasgos característicos de su obra premiada?

TRENAS.—«El hogar invadido» es un drama dividido en tres cuadros y epílogo. Verdaderamente de este último se puede prescindir y creo, incluso, que terminaría mejor la obra sin él. Dejaré al arbitrio del director de escena decidir sobre la representación o no del epílogo.

SALCEDO.—Se ha venido diciendo que es un drama rural.

TRENAS.—(Fogosamente.) No, por Dios. Nada de eso. Esta creencia ha sido una mala interpretación de las primeras declaraciones que hice a raíz del premio. No sé por qué han asociado el ruralismo a mi obra.

BLANCA.—¿Podría adelantar nos algo de su argumento?

TRENAS.—(Riendo.) Eso es muy poco comercial para mí. Sólo les diré algunos rasgos. La acción transcurre en una aldea eu-



ropea imaginaria que bien podría ser alemana, veinte años después de una guerra de nuestro tiempo. El lugar fué punto de paso de dos ejércitos rivales. Sin embargo, el tema bélico queda tan en segundo plano, que puedo asegurar que el vocablo «guerra» no aparece ni una sola vez a lo largo del drama. El tema no es el conflicto de las armas, sino una de sus consecuencias.

BARRA. — ¿Tiene entonces alguna tendencia política?

TRENAS. — En absoluto. He procurado no rozar la política para nada. Es un problema tremendamente humano.

SALCEDO. — ¿Cae en lo morboso?

TRENAS. — (Rápido.) No, no tiene nada de morboso. Es humano, dramático. Y, claro está, los problemas humanos no se defienden. Se arreglan y se solucionan, si tienen solución, y esto es lo que ocurre en mi obra. Y se soluciona de la única manera posible.

BARRA. — ¿Cuántos personajes intervienen en su obra?

TRENAS. — Siete. Tres hombres y dos mujeres.

BLANCA. — ¿Cree que el teatro debe de ser más que nada acción y palabra?

TRENAS. — Desde luego. Y en mi obra he tendido a eso. Tanto que la puesta en escena no ofrecerá dificultad alguna. Se podría representar igual, sólo con unas cortinas de fondo.

SALCEDO. — ¿Entonces usted no es partidario del gran despliegue escenográfico?

TRENAS. — Lo que creo es que el verdadero teatro, como ya he dicho antes, es principalmente palabra, y así soy un entusiasta de las obras que se puedan representar en una plaza pública o en el atrio de una catedral, con sólo la piedra por decoración.

«MI COMEDIA EN LA LINEA BENAVENTE-CASONA»

BARRA. — ¿En qué línea sitúa usted a su comedia?

TRENAS. — Pues es una línea

tradicional que podríamos llamar Benavente-Casona.

BLANCA. — Cree usted que con la muerte de Benavente se producirá un colapso en nuestro actual teatro?

TRENAS. — Todo lo contrario. Yo, ciertamente, tenía por don Jacinto una verdadera amistad y veneración como dramaturgo. Para mí, después de morir Bernard Shaw era el primero, pero a pesar de eso creo que su muerte no traerá la decadencia al teatro español. Ahora, quizá, es cuando tengan paso los verdaderos valores nuevos que antes no interesaban a los empresarios que tenían muchas veces bastante con la obra ingente del maestro. Desde luego, me refiero a los empresarios de alto teatro y no a los del llamado teatro «comercial». Para estos últimos ni antes ni ahora interesan los nuevos valores.

BLANCA. — ¿Usted haría alguna vez ese teatro comercial?

TRENAS. — Inconscientemente ya lo hice. En mi corto haber teatral tengo una obra que fué comercial sin proponérmelo. En 1940 escribí en colaboración con José Pacios «Sergio Brani swsky». La representó Enrique Rabal en provincias y fué un éxito. Se trataba de una obra de circunstancias y puedo afirmar que me proporcionó más ingresos que una novela de buena venta.

SALCEDO. — Volviendo al recuerdo del llorado don Jacinto, ¿Cree usted que sus últimas producciones eran ya algo decadentes?

TRENAS. — De ninguna manera. Yo no creo en lo que muchos dieron por llamar «los años malos de Benavente». Su última comedia «El marido de bronce», es una comedia deliciosa y perfecta.

BARRA. — Usted hizo su primera comedia en el ambiente de su tierra, en Málaga, ¿verdad?

TRENAS. — Pues yo creo que no había localismo definido en ella. Esa, mi primera obra, que se titulaba «Como la resaca», y que montó precisamente Modesto Higuera con el T. E. U., se podía desarrollar lo mismo en una pla-

ya de Málaga que en una de Crimea. En esta obra hay quizá algo de fonetismo andaluz, pero nada de folklorismo.

SALCEDO. — ¿En «El hogar invadido» hay poesía?

TRENAS. — Hay sí una rica vena poética. Existe un personaje, una mujer, que es la esencia misma de la poesía en su tremendo amor imposible y lleno de renunciamento. Sin embargo, no creo en el teatro esencialmente poético, porque no reconozco el verso como medio eficaz de expresión. Para comprender mejor eso, pensemos que la buena poesía parece prosa de calidad. Lo que ocurre es que todo argumento teatral ha de ser poético en el fondo. En el alma humana siempre hay poesía.

BLANCA. — Entonces ¿cómo ve usted el teatro de García Lorca?

TRENAS. — Como una cosa acabada, sin continuidad ni proyección alguna. A mí, particularmente, no me gusta como teatro su modalidad, y salvo de esto quizá a «Bodas de sangre».

SALCEDO. — ¿Y el teatro de tesis?

TRENAS. — No soy partidario tampoco del teatro de tesis. El plantear un conflicto de esta clase cansa al público. La escena tiene que ser reflejo de las preocupaciones de la época y de la vida misma y no instrumento para crearlas.

(En este punto la charla se convierte en polémica. Vázquez Díaz toma una parte muy activa. Es difícil conjunta opiniones. En la puerta se oye el alboroto de muchas voces de niño. La esposa del escritor se ausenta un momento.)

LA GESTACION DE «EL HOGAR INVADIDO»

BARRA. — ¿Qué es lo que más le gusta del teatro actual?

TRENAS. — (Divertido.) Ahora que no me oye mi mujer diré que las actrices. (Risas generales.)

BLANCA. — ¿El año pasado también mandó usted su comedia al Premio?

TRENAS. — Sí, pero en realidad no es la misma. Yo diría que es un tema escrito dos veces. Esta

JULIO TRENAS, ENJUICIADO POR SU ESPOSA

ONCE años hace que conozco a mi marido. De ellos, ocho llevamos casados. De novios, no dejamos de vernos ni un solo día. Después, los pocos viajes que ha hecho fueron muy rápidos. Creo que sé cómo es y lo que quiere. Aunque Julio no sea amigo de hablar constantemente de sí mismo o de lo que trae entre manos. Pero yo le veo trabajar y sé que debajo de todo eso que hace al día para que podamos vivir hay ilusiones y ambiciones mayores.

A Julio no se le nota en ningún momento de su vida que sea escritor. Solamente en los gustos, en las preferencias. Siempre se comporta como un hombre muy sencillo al que le preocupa y atrae todo. La gente le parece buena en general, sin que ello quiera decir que sea nada confiado. Lo que primero le interesa es su casa y la tiene muy asociada en su trabajo. Tenemos cinco hijos, bastante revoltosos e inquietos. Los amigos de mi marido se asombran de que Julio pueda trabajar en casa con todos ellos. A él, sin embargo, no le molestan nunca. Ni los chicos ni los ruidos. Lo poco que escribe en casa lo hace con ellos y muchas veces con la radio puesta. Dice que no necesita abstraerse. Tampoco fuma. Lo dejó hace bastante tiempo, porque le dolía la cabeza cuando lo hacía. Trabajando no necesita de ningún incentivo.

Si acaso, cuando debe quedarse toda una noche me pide coñac y café. Si yo me acuerdo, porque es demasiado tarde, él se prepara su «nescafé» en los días que va a salir. Y así hasta por la mañana.

Esto sólo lo hace cuando tiene que terminar alguno de esos trabajos urgentes o bien cuando quiere mandar algo a un concurso. Con esta comedia le tuvo que hacerlo. El no estaba muy decidido a hacerlo. Le quedaban unas escenas y la copia total. Me preguntó: «Tú crees que debo darnos unas malas noches y acabarlo?». Le animé a que lo hiciera. Yo sabía que a Julio le hacía falta el éxito de estos. Lo necesitaba para estimularse. Pero pues hace un periodismo muy intenso, y aunque los periodismo le atrae mucho, tiene gran vocación de escritor. Su primera novela «Sol en las persianas» me se la pasó yo a máquina. Después no he podido ayudarlo en nada, porque la cantidad de trabajos que hay en casa me impiden ser secretaria suya. Julio se lo mecanografía él mismo todo. Las cosas del periódico las hace directamente en la máquina. Las otras, las escribe por ahí a retazos. Las una después en casa cuando los niños están dormidos y él ha terminado otros trabajos y la pasa a la máquina una y hasta dos veces. Lo último que ha escrito, antes de la comedia, es el libro de cuentos para nuestros hijos. Los he leído todos

última versión la escribí sin tener siquiera delante la anterior.

SALCEDO. — ¿Tardó mucho en escribirla?

TRENAS. — Un mes a saltos. Pensaría mucho tiempo, pues la llevaba dentro desde hace muchos años.

BLANCA. — ¿Le alentó su mujer a presentarse al Premio?

TRENAS. — Sí, bastante. Yo no tenía materialmente tiempo para escribirla y esto me desalentaba muchísimo, pero mi mujer me aconsejaba que no lo dejara, que valía la pena hacer un esfuerzo.

BARRA. — ¿Se inspiró usted en algo para escribir «El hogar invadidos»?

TRENAS. — El argumento fue configurándose gracias a un lento proceso. Las ideas, el conflicto, el carácter de los personajes, adquirieron perfiles propios en gestación natural, sin violencias por parte de mi voluntad. No obstante, quizá pudo influir lejanamente un artículo de Ramiro de Maeztu que leí hace muchos años y que se titulaba «El crimen del hijo único».

SALCEDO. — ¿Cree posible que un autor teatral novel se abra camino en España sin un premio?

TRENAS. — No, efectivamente es imposible que a un novel se le estrene sin un premio. Es muy triste, pero es así. Y el camino está cerrado para los jóvenes. Ahora yo tengo el convencimiento de que ningún valor positivo se pierde. Más tarde o más temprano logrará darse a conocer.

BARRA. — ¿El Premio «Lope de Vega» descubrió a buenos autores?

TRENAS. — Indudablemente. El «Lope de Vega» a Buero Vallejo dió a conocer a un autor de camino seguro. Buero ha demostrado cumplidamente ser un autor completo. En cuanto a «Condenados», de Suárez Carreño, es una obra de bríos y de empuje. Osano y Aller nos dieron un drama lleno de hondas preocupaciones, aunque tuvo mal clima. Es lástima que estos autores se hayan ahora apartado un tanto de la escena. Y «Murio hace



Julio y su esposa, acompañados de su pequeña prole. De mayor a menor, suman cinco los descendientes del joven matrimonio

quince años» es una obra estupenda. Giménez Arnau, como autor teatral, tiene abierto ante él muchos horizontes.

BLANCA. — ¿Cree usted que el teatro de nuestro tiempo debe mucho a Pirandello?

TRENAS. — Todo. Y no digo que es el padre del teatro moderno porque iban a enfadarse mucho sus hijos, pero nadie habra que niegue su influencia.

SALCEDO. — ¿Cree que Jean Paul Sartre, pretendiendo recoger en su teatro toda la angustia existencial, puede aportar algo positivo?

TRENAS. — El teatro de Sartre, como él mismo, tendrá que contar. Pero no es un fenómeno genérico. Más que demoledor es el suyo un teatro vacío, falto de toda espiritualidad, un teatro, en una palabra, sin cielo. Para mí el dramaturgo francés del momento es Gabriel Marcel. Ultimamente he estado leyendo muchas de sus obras.

BARRA. — ¿Qué autores universales de nuestros días le interesan más?

TRENAS. — Pues Bernard Shaw, Pirandello, Benavente y Tennessee William.

BLANCA. — ¿Dedica usted mucho tiempo a la lectura?

TRENAS. — Mi problema es el tiempo. Sin embargo, suelo leer de noche. Y leo mucho. Aunque ahora parece que «viste» más el decir que se escribe sin leer.

(Trenas se levanta, coge un libro de un estante y viene a nosotros. El libro es «El Quijote», lujosamente encuadernado. Está dedicado al escritor por una Peña de amigos de un bar donde casi todos los días el escritor hace una parada y toma cerveza cuando va camino de su casa. La Peña está en la calle de Cartagena. Son amigos que viven fuera del mundo de las letras y pensaron que el mejor regalo para celebrar el premio era comprarle esta edición lujosa de «El Quijote». Julio trenas nos cuenta emocionado este gesto simpático de la sencilla Peña, y a continuación nos dice):

nado este gesto simpático de la sencilla Peña, y a continuación nos dice):

TRENAS. — (Riendo.) Bueno, que conste que no es ésta la primera vez que lo leo. Desde niño lo he leído infinidad de veces y cada vez me ha gustado más.

BLANCA. — ¿Sigue siendo usted hombre de tertulias?

TRENAS. — Yo creo que las tertulias en Madrid han muerto desde que don Eugenio d'Ors dejó de ir al León de Oro. Aquellas de don Eugenio eran tertulias de verdadero interés. Se ponía a prueba todo el fino ingenio de los artistas y literatos que asistían a ella. Además los noveles y los que llegábamos de provincias éramos acogidos cordial y gratamente. Me acuerdo que asistían a esta tertulia, entre otros nombres muy ilustres, don Ignacio Zuloaga, Sebastián Miranda, Cossío, el editor Janés y muchos más.

LA «CRISIS DE ORIENTACION» DEL TEATRO

SALCEDO. — ¿Es cierto que sufrimos en España una crisis en el teatro?

TRENAS. — Más que todo yo creo en una crisis de orientación, por lo que hace a algunos empresarios. Yo no creo en crisis de teatro, como no creo tampoco en crisis de novela o de pintura. Son otros los factores que están en crisis. Lo ideal sería abrir un poco más la puerta a los valores jóvenes.

BARRA. — ¿Alfonso Sastre es un valor positivo dentro de los de última hora?

TRENAS. — Desde luego. De Sastre oiremos hablar mucho. Su «Escuadra hacia la muerte» es una obra que ya quisieran haber firmado autores consagrados.

BLANCA. — Que le hubiera a usted gustado escribir en teatro?

TRENAS. — ¿A mí? Pues, sin dudarlo, «Los intereses creados». Yo lo considero una obra maestra y también el «Enrique IV».

(Hay que terminar la entrevista porque a Trenas le reclaman a esta hora ya sus deberes de Radio Nacional. Acompañamos a don Daniel Vázquez Díaz hasta su casa, en María de Molina, y, naturalmente hablamos por el camino mucho de pintura. Pero don Daniel si cree que hay crisis de pintura. Y como nos convence tanto con su fogosa dialéctica de meridional, quedamos emplazados para proseguir la charla con él otro día.)

Milagros FERNANDEZ DE TRENAS



NIÑA DISTINTA

Novela, por M.^a Jesús ECHEVARRIA

SUBIERON los rapaces a la torre de la iglesia a tocar a nube y retumbaron en el pueblo los din-dan del campano grande echado a volteo.

La nube avanzaba muy gris, casi negra, al ras de los tejados de las casas, asustando a los labradores con el anuncio de las centellas. Los niños, allí dentro del comedor de la abuela, hacía rato que se aburrían sin saber qué hacer ni a qué dedicar las horas de aquella tarde horrible.

—¿Me dejas salir, abuela?

—No, que te va a pillar la nube. ¿No te acuerdas ya del hijo del *ti Máximo*, al que mató una centella?

Se sentaron a aburrirse por los rincones sin saber qué hacer en la tarde gris, igual. Irritante. Y ni siquiera estaba Pilar para animarlos: había marchado a la ciudad, y, ya anochecido, no había vuelto.

Cuando ella estaba, aun se podía jugar a algo divertido. Ahora, no. A la abuela, metida en la cocina, no se le podía pedir sino la merienda a eso de las cinco. Luego, ya nada. Poco a poco la niña pequeña se iba durmiendo encima de las piernas de Pedro, hasta que Lina se daba cuenta y la sacudía un poco bruscamente.

—Vamos, Mary, que te vas a quedar dormida.

Pero ella se amodorraba en cualquier rincón, incapaz ya ni de jugar siquiera.

—¡Que venga Pilar! ¡Yo quiero que venga Pilar!

Pero Pilar no venía. Ella en seguida sabía ocupar los ocios de los niños con algún quehacer. Hasta entendía de tiradores y pajareras. Con ella se les hubiera olvidado la tarde gris que les impedía salir hacia la libertad de los prados. La noche triste y sucia se echaba encima como la niña sobre las rodillas de Lina. Y Pedro, sentado en un rincón del comedor, se impacientaba pegando fuertes patadas en el suelo con las botas bien provistas de tachuelas.

—Estáte quieto, Pedro. Vas a despertar a la niña.

—¡Que venga Pilar! ¡Que me dejen ir a casa de *Nimides*!

Nimides era hijo del *ti Juan*. Entraba en el huerto saltando por la cancela de troncos, sin abrirla, y conocía, sólo con verlas, las mejores acederas, las de sabor más fuerte y agrio. Juntos cogían agabanzas rojas, que no se podían comer, pero que servían para hacer collares que luego le

llevaban a Pilar: uno, dos, diez, veinte... Y se quedaban amontonados encima de la cómoda de la habitación grande, hasta que las agabanzas se ponían arrugaditas y negras y la abuela las tiraba.

A veces venía con él Sila, una hermana más pequeña, especie de renacuajo moreno y astroso, triponcilla y hambroña, amiga incondicional de Mary. Se instalaban los cuatro al lado del palomar y allí se hacían posibles todas las empresas. Pedro ayudaba, en actitud respetuosa, a construir la pajarera o la caseta para los conejos.

Con Sila y Mary siguiéndoles como sombras vagaban por el huerto y por los prados del pueblo. Lina—la mayor de todos—era el cerebro de la corporación. A las cinco recogían la merienda que les daba la abuela, y en el verano era de ver a Silina comerse los perucos hasta con rabo, silenciosa y ritual.

Hoy nada de esto era posible. Por eso otra vez la murga de Pedro.

—¡Que venga Pilar!

Era tarde. Muy tarde.

—¿Cenamos, abuela?

Pero la abuela también dormitaba en una silla de la cocina.

—Esperad a Pilar. Aunque el tío no venga, cenaremos. Pero Pilar tiene que venir.

—¿Por qué no cenamos nosotros solos?

Volvió a dormirse sin contestar. Y Pedro, de vuelta del comedor, continuaba pegando patadas a todos los muebles. Por el suelo andaba una vieja corneta de hojalata, cortante por los bordes. El niño empezó a tocar con ella estridentemente. Lina se había encaramado al viejo alféizar de la ventana y leía historias de hadas en un libro con estampas de colores.

Muchos años después ni siquiera recordarían de qué discutieron entonces. Algo de juegos, de niños, de... Pero estaban irritados y la tarde era desapacible. Además, no estaba Pilar. Sí, debió de ser por eso. Por eso por lo que de repente Pedro tiró su corneta de hojalata en dirección al alféizar de la ventana y el cortante borde vino a dar en la carita que se inclinaba sobre los colorines de un castillo pintado. Se oyó un grito y luego el golpe de un cuerpo al caer contra el suelo. En aquel momento entró Pilar corriendo, asustada.

—¿Qué habéis hecho?

Y casi en seguida:

—¡Lina, niña mía! ¡Lina...!

La alzó del suelo con la carita llena de sangre,

frente a Pedro, que se apretaba contra la pared. ¿Se acordarían de reírle? Pero, no; ni siquiera le rieron. Se llevaron a Lina en brazos hasta la cama. Mary se había despertado y lloraba a gritos en el suelo llamando a Pilar. Pilar intentaba localizar a don Indalecio, el médico. La abuela —¡ay, Virgen del Camino!— colocaba compresas en la cara de Lina. Un rumor doloroso se extendía por la casa. Llegó el tío. Luego, don Indalecio. Habló con Pilar...

Y Pedro seguía allí, apretándose contra la pared, mirando la corneta caída, tan sólo un poco manchada de sangre.

II

Después de comer vino don Indalecio con el carro de *Meterio*. Entró en la cocina dando voces —como siempre— y la abuela le dió almendrucos de los que guardaba para el tío. Un rato se entretenió en partírlos con sus gruesos puños encima del tajo de la carne y bromeando con Pilar, que acababa de venir de la ciudad en el coche de las tres; luego se levantó y fué con ella hacia el huerto.

—¡Lina!

La llamaron desde la puerta del corral y vino corriendo hacia ellos con el vendaje manchado de tierra. Doce años larguiruchos, morenos y asustados. Don Indalecio le tiró de la nariz y entre Pilar y él se la llevaron de la mano. Allí se quedaron Pedro y *Nimides* viendo cómo desaparecían.

—¿Qué la va a hacer, don Dalecio, a la tu hermana, di?

—No sé...

—¿Está ya güena?

—Sí...

—Dice la madre que menudo golpe. Que casi la dejás seca.

Pedro se sentía ofendido por aquella intrusión extranjera en sus asuntos privados.

—¡Mejor!, pa eso es mi hermana.

—Si le hago yo eso a la mi hermana me arrastra el mi *padri*.

Y el niño sentía que la conciencia se le ponía de punta y le salía de frente por la boca de *Nimides*. Optó por tomar la ofensiva.

—Tu padre es sucio.

—Y el tuyo no está contigo.

—Mi padre tiene coche.

—Y piel de *mujera*.

—Y tú ni siquiera medras.

—Y tú tienes cara de niña.

—Y tú..., feo y negro.

—Niña...!

Estaba cogido. De repente recordó que *Nimides*, días antes, probando un tirador, había matado de un impacto en la cabeza, a la más hermosa gallina de doña Jacinta, la maestra. Y tuvo una inspiración:

—¡Cobardica! ¡¡¡Matagallinas!!!

Ya no hubo posibilidad de diálogo. El resto lo dilucidaron a puñetazos, rodando entre las matas de tomates y las lechugas del tío. Combate indeciso si se considera la llegada de la abuela en el preciso momento en que *Nimides* comenzaba a ganar.

—¡Rapaces, rapaces del demonio! ¿Ya os estáis zurrando?

Se levantaron rápidos, sacudiéndose los calzones.

—¡Hala, hala para dentro! *Miá* el *desmedrao* éste lo que sabe hacer...

Y los entró a empujones por la puerta del corral, hasta la cocina, donde les refregó los hocicos y les dió la merienda. Allí estaba Lina, la causa de todo el duelo, de rodillas en un taburete, dibujando algo sobre un papel, cara a la pared. Y ni siquiera volvió la cara al sentirles.

Poco después, cuando *Nimides* fué a meterle cariñosamente un palo por el escote, se echó a llorar y salió disparada de la cocina.

—¡Atiza! Está de mantequilla.

—Le han quitado ya la venda; ¿no, abuela?

—Sí, sí, hijo, sí. ¡Déjame en paz! Le han quitado la venda, y buena, ¡buena la has hecho! Buena le has dejado la cara a tu hermana...!

¡Virgen del Camino!

Perdieron el sabor los perucos. *Nimides* seguía comiendo tan tranquilo. Pero Pedro dudaba de que *Nimides* fuera capaz de sutilezas. Lo era de hacer pajareras y tiradores como nadie, pero de sutilezas, ¡nada...! En cambio él, casi ni se atreva a preguntar.

—¿Qué le ha pasado?

—Ya lo verás, hijo, ya lo verás... ¡Ay, Dios! Y tu padre por esos mundos, sin enterarse.

Se fué a ranas con *Nimides* inmediatamente. No quería saber. Al pasar frente a la habitación grande sintió llorar a Lina. Se le encogió el corazón y salió corriendo a la carretera.

—¡Vamos a la laguna de las eras, aguanta! ¡Vamos allá!

Fueron a la laguna de las eras y luego a la que está más allá, cerca de la casilla del caminero. No fué una tarde de suerte. Pedro, que estaba nervioso, asustaba a las ranas cuando estaban más a punto, y en un tris estuvo que no se volvieran a pelear por esto. *Nimides* rugía y aseguraba que no volvería a ranas con Pedro; ¡buena diferencia había de lo bien que las cogían Manolo «*Morinches*» y él cuando salían juntos! Hasta Sila resultaba un ayudante preferible.

Volvieron con dos ranas por todo botín y se las llevó *Nimides* en la lata que habían soñado traer repleta. Pedro sólo se daba cuenta de que se acercaba la hora de entrar en casa, de sentarse a la mesa... frente a Lina. Le temblaban las piernas y la frente le ardía. En el portalón encontró a Pilar.

—¿Qué te pasa, niño?

—Nada...

—Nada, no; te pasa algo.

—No...

—¿Has visto a Lina?

Negó con la cabeza. Pilar se la acarició con sus manos fresquitas, tan disintas de las de todo el mundo en el pueblo, y al niño se le saltaron dos lágrimas gordas como puños, que resbalaron hasta el borde de la boca.

—No debes decirle nada cuando la veas. Está un poco rara con la cicatriz, pero se le quitará y quedará bien del todo.

El resuello le volvió al cuerpo.

—¿Lo ha dicho don Indalecio?

—Sí, y otro médico.

—¿Y ya no tendré yo la culpa?

Era un alivio saber aquello. Al fin y al cabo, tuviera lo que tuviera, se le iba a quitar. Aunque fuera tan grande como la herida que tuvo el choto del tío *Fustino*. Aunque fuera tan grande.

III

La cicatriz de Lina no era muy grande. Pero el ojo salía de entre la tirante piel con una expresión extraña—semicerrado, semiabierto—, y trocaba todos los gestos de la niña en muecas. Una mueca su risa o su cara triste. Un visaje continuo su mirada.



La primera cena con Lina así, enfrente, a Pedro se le antojó interminable. Nadie hizo ninguna observación. Ni siquiera Mary; pero los ojos de la chiquitina eran una continua exclamación ante la cara de la hermana.

Fué una cena triste, a pesar de las historietas del tío y de las seguridades de Pilar. La abuela, en los viajes que hacía a la cocina trayendo y llevando cosas, suspiraba fuerte por el pasillo:

—¡Virgen del Camino!

Y el plato de Lina se marchó lleno casi todas las veces hacia la cocina. Pero días después se consoló, porque los niños se consuelan pronto y porque Pilar le dijo que sólo serían unos meses, quizá algo más, y «aquello» desaparecería. Mientras tanto, debía de correr, y saltar, y reír. ¿No se acordaba, acaso, de Milagrines, la hija de Emigdio, que nació mal hecha; lo contenta que estaba? Pues eso era peor, infinitamente peor, porque lo otro no se quitaba y esto sí. Lina recordó, pues, el garabato de la figura de Milagrines y se sintió reconfortada. Volvió a la carretera a los prados, al río. Era verano y no había escuela. Jugaban a trabajar con los otros chicos del pueblo que tenían que hacerlo por obligación.

Llevaban a pacer las vacas cuando en la torre de la iglesia la campana daba la señal de la *becera*. El vecino de turno conducía a los animales con un palo hasta el prado común, y allí les dejaba. Los chicos corrían a los lados de la manada torturando a las más pacíficas. Pedro sabía distinguirse por su habilidad en colgarse de los cuernos.

—¡Quita di'ahí, rapaz! ¡Anda a ver si te mete una opada!

Pero salía indemne y aun hostigaba con un palo a las últimas.

—¡Hala, «Galana»! ¡Hala, tú, «Rubia»!

Desaparecían las vacas, enmudecía la campana de la iglesia y sólo seguía oyéndose durante un buen rato el cansino repiqueteo de los esquilonos. Los rapaces polvorientos, de pie en el centro del camino, buscaban bajo el sol de las dos de la tarde algo en qué ocuparse.

Pasaba Emigdio en el burro y *Meterio* en el carro, camino de San Miguel, donde iba a llevar pan. Luego, Adela, hacia las eras.

—Me llevas en el burro, Emigdio?

—Déjame subir en el carro hasta que lleguemos al pozo de la vía.

—Adela, si voy contigo, ¿me dejas trillar un poco?

A veces había suerte y montaban en el carro y en el trillo. Otras veces se contentaban con seguirse achicharrando en el silencio de la siesta leonesa. Saltaban la cuneta mil veces, solos los tres, porque los demás rapaces estaban en la era, en el prado, en el monte, ayudando.

Lina, como sus hermanos, iba de acá para allá sin ocuparse demasiado de su aspecto. También Pedro y Mary le hacían más fácil el olvido. Sólo de vez en cuando las mujercitas del pueblo, indiscretas, le recordaban la marca de su cara.

—Buena te puso la cara el tu hermano, rapacina.

O bien:

—¡Pobrina! Vel'ahí cómo la dejó. ¡Bien que sufre la tu *agüela*.

La enfurrufiaban y la entristecían estas cosas, pero menos que cuando, casualmente, se veía la cicatriz brillante, por en medio de la cual salía aquel ojo desconcertado. Sólo Pilar era capaz entonces de animarla, de sacarla de la sombra del lilar de la huerta y de hacer que tomara interés por las cosas.

Lina adoraba a Pilar. A Pilar, que sabía la palabra justa, que era alegre, guapa y generosa. Más que adorarla, la admiraba. Con sus doce años largos y desgarbados, veía con admiración la figura sin tacha de Pilar. Por las mañanas, cuando ella iba carretera arriba, camino de la plaza a coger el coche que la llevaba a la ciudad, los mozos m rugos la miraban con unos ojos especiales. Y hubo un día que ella misma escuchó a Horacio el del *ti Fustino*, a Arsenio y a *Meterio* decir: —¡Dios qué deslenguaos!—unas cosas horribles del cuerpo de Pilar.

Pilar sabía moverse con libertad, con elegancia. Hasta el tío quedaba mirándola muchas veces embobado. Y desde que ella vino, los niños se portaban de distinta manera. Pilar era, en cierto modo, lo inaccesible, sobre todo desde que le ocurría lo de la cara. Se dejaba llevar por ella con una mezcla de admiración y de envidia. Le molestaba verla tan segura, tan sonriente, tan esbelta y, sin em-

bargo, la defendía en cualquier lugar del pueblo donde se la atacara.

Los lunes la abuela mandaba a Lina a casa de Adela a llevar harina para *masar* el pan de la semana. A la niña le fastidiaba ir, porque Adela era chismosa y antipática y siempre quería saber cosas de Pilar, pero iba porque no le quedaba otro remedio.

—¡Hola, mocina. ¿Cuánta harina me traes?

—No sé. Ha dicho mi abuela que le *mase* tres hogazas grandes y lo demás de pequeño..., y luego vendré por las tortas dulces.

—¿Marchas ya?

—Sí.

—No tengas prisa. ¿Quieres chorizo?

—Bueno...

En seguida empezaba la información.

—¿Y la Pilar?

—Bien.

—¿No sale novia?

—No sé...

—No será por su gusto, porque ella bien que trata de enganchar al tu tío.

—...

—La tu *agüela*, ¿qué dice?

—Nada.

—¡Lo que sufre la *pobri*; y ahora, con lo tuyo, más.

Era de las que más compasión sentía por Lina. —Yo no sé cómo tiene a la Pilar en casa... siendo ella como es...

—No es de ninguna forma.

—¡Pobrina! Tú no entiendes, rapaza. Y eso que dentro de poco serás moza, ¿qué años tienes?

—Doce.

—A los doce años ya llevaba yo sayas largas y no andaba con rapaces saltando por los prados.

Salía Lina aqueada y de mal humor. En la carretera, Pedro y *Nimides* la veían pasar sin que les dirigiera la palabra. Un poco más abajo, Mary cruzaba hacia la casa grande en el carro de *Meterio*. El mismo *Meterio* en persona la ofrecía subir.

—¡Anda!, y así te llevas luego a la tu hermana en ca'tu *agüela*. Yo voy hasta el final del pueblo, hasta el atajo de Celadilla.

Subió porque Mary se empeñó en seguir y en no bajarse del carro, y por el camino, *Meterio* le preguntaba otra vez por Pilar; se le vino, sin quererlo, a las mientes la frase que escuchara una vez del mismo mozo cuando éste hablaba con Arsenio y con Horacio el del *ti Fustino*.

Fué como un ahogo intenso y luego una oleada de sangre. Sin levantar la cabeza se quedó mirando el camino amarillo y polvoriento, el atajo desdibujado y recto que se bifurcaba rodeando dos colinas, allá en la cuesta de la iglesia.

Desde entonces, cada vez que veía a Pilar no podía evitar el recordar las palabras de *Meterio*. Y si ella, sentándola en sus rodillas, la atraía sobre su seno, volvía a experimentar la misma sensación de ahogo que sintiera en el carro ante las palabras del hombre.

IV

Antes de que sonara el primer toque de campana de la iglesia ya estaba la abuela levantada. Las veces que Lina se despertaba desvelada podía sentir el arrastrar de sus zapatillas por el piso de la cocina, el golpe de la puerta del corral al abrirse, y su voz llamando bajo a las gallinas para darles su comida. Luego, otra vez el golpe de la puerta y un trajinar silencioso por toda la casa. De vez en cuando—¡ay, Virgen del Camino!—, la abuela suspiraba.

Recordaba cosas y seres que se fueron. Los hijos, a los que el dinero del padre fue alejando al facilitarles otros derroteros en sus estudios. Pedro, el mayor, el más gracioso y gordito cuando pequeño, se casó en seguida. Nada supo ella de la mujer hasta que, casados, fueron de paso por el pueblo. La mujer del hijo era seca y adusta. Mujer leída y entendida, que la pobre mujer de campo no se atrevió a juzgar. El matrimonio durmió en la cama grande y se marchó a los tres días. Por Navidades y en Pascuas llegaba una tarjeta con dos firmas. Eso era todo.

Luego empezó a saber que el matrimonio no marchaba bien. Escribieron si podían enviarle a Lina, la nieta primera, y aceptó. Fué Pedro en persona quien la llevó, gordita y graciosa como él mismo de pequeño.

Muerto el abuelo, la familia dispersa comenzó a reunirse en torno de ella como en torno a una vieja haya protectora.

Volvió Antonio, el hijo menor, soltero todavía y destinado en su trabajo a la capital más próxima. Invadieron la casa los nietos un verano caluroso, que en Madrid se hacía insostenible, y allí quedaron, sin que nadie volviera a hablar de su marcha. Luego llegó Pilar—¡pobrina!—, sobrina en tercero o cuarto grado del abuelo.

Se quedaron. La abuela vió otra vez la casa llena de niños, de risas. Otros hijos de ella misma, más desconocidos, más incomprensibles que los primeros... , y tan necesitados de cuidado como aquéllos. Ella, que no había tenido hijas, se desazonó en aquella Lina delgada y sensitiva que gustaba de jugar con los chicos en la carretera. Aquella Lina que se rebelaba ante el trapo de costura, ante la paz casera.

¡Virgen del Camino! Estos eran otros tiempos, y los niños, de otro modo. Verdaderamente, ¡qué lejano pensar en la infancia! También Pilar era distinta. Tan alegre, con aquellos vestidos tan cortos, sin medias en el verano... En su tiempo el cura no lo habría consentido. Pero ahora era el mismo don Manuel el que hablaba de Pilar como de una joya y contaba con ella para muchas cosas. Y a pesar de esto—¡válgame el cielo!—, aun discutía Pilar de Teología y aun Antonio la coreaba y no le parecía mal que una muchacha juzgase de Dios y del cielo.

La abuela dejaba hacer, y pasar, y acontecer. Porque ya había adquirido una filosofía dulce de la vida, y porque nunca le gustó discutir, ¿para qué? bastaba con rezar a la Virgencita de la iglesia, para la que bordaba mantos y hacía flores de trapo, sentada en la silla baja de la cocina, mirando la huerta y los prados y saludando a los paisanines que pasaban.

—¡A las guás tardes, señá Petra!

—¡Buenas nos las dé Dios!

V

Iban Pedro y Nimides a regar patatas al huerto que el *ti Juan*, el padre de Nimides, tenía junto al camino de la laguna.

—¿Vienes, Lina?

—No.

Intervino Nimides:

—Anda, *aluego* hacemos una hoguerina y asamos patatas.

—No, no voy.

Se quedó sentada en la hierba viendo cómo se iban los rapaces. Detrás de ellos, Mary y Silina arrastraban entre las dos un cubo inmenso.

Por el camino, Nimides hizo una observación a Pedro:

—La tu hermana se está *amozando*.

—¿*Amozando*?

No se le había pasado por las mientes el pensarle siquiera.

—Ha medrado mucho, y dice la mi madre que *pa* pronto será ya moza. *Pué* qu'a la vez que la Isina, la molinera, y que la rapaza de Estebina.

Ganas se le pasaron de decir que su hermana era distinta, que no tenía nada que ver con la Isina, aquella chicota morena que le sacaba la cabeza a Lina, ni con la rapaza de Estebina. Pero comprendía que Nimides tenía razón, porque sabía más que él de aquellas cosas y las decía naturalmente, no como a él, que le escocían siempre un poco y no hablaba porque le daba vergüenza.

Lina, allá en la huerta, miraba la tarde. No, no tenía ganas de jugar con los chicos. Ni con nadie. Una melancolía dulce, sin razón posible, se había apoderado de ella. Miraba, queriendo sacarles el sentido, el sol, los prados divididos por las seves y, más lejos, los árboles del río dándose coscorrónes suavemente. Saboreaba el regusto de la primera melancolía.

Volvían las vacas de la *becera*. Por el camino, hacia la casa, venía Pilar, con un palo, charlando y riendo con don Severino, el maestro. Ya en la puerta, se cruzó con el carro de *Meterio*.

—¡A la paz de Dios, señorita!

—¡Buenas tardes, hombre!

Lina enrojeció cuando los vió encontrarse. El mozo miraba a Pilar, que se apoyaba en la pared, sonriente. En el fondo del cerebro de la niña, resonaba la frase que un día escuchara del mismo mozo: «Quizá deba decirselo a Pilar.» Pero el solo hecho de pensar en expresarse así frente a ella, le hacía estremecerse de vergüenza.

Crujieron a la vez las ruedas del carro y la voz de *Meterio*:

—¡Arri, burruuu!

Lina echó a correr hacia el interior de la casa an-



tes de que Pilar llegara hasta ella. Por el portalón salió a la carretera y corrió, corrió hasta la cuesta de la fuente, hacia la laguna de las eras y, quizá también, hacia la que está más allá, cerca de la casilla del caminero. Corrió desesperadamente, con una angustia nueva y ojerosa dentro del pecho. A su paso iba dejando astigmáticas cosas: una parva, el trigo, la máquina del tren rubricando de humo una nube. A lo lejos, el sol jugaba geometrías nuevas con la laguna. A su orilla se fué a tirar, entre un concierto de ranas irritadas, porque el frescor de la hierba la consolaba.

Y echada se quedó mirando el zig-zag de su imagen rota en chorros. Su imagen larga y niña, su figura larga, su tez negruzca, el desplanchado mandilito... y, a la vez, como una doble verdad, el ojo apareciendo entre la piel tirante y el recto delantal. «Y luego, como Pilar.» Sí. Como Pilar sería. Y la voz de *Meterio* sonaría por ella. Vendrían los hombres del pueblo y los mozos a mirarla a la cuesta, al ir a la iglesia, al ir a la plaza. Sonarían por ella—¡Dios, qué deslenguados!—las voces bronceadas de vino y de campo. ¡Y luego aquel ojo...! «¡Pobrina!—dirían—. ¡Ya no saldrá novia!»

Lloraba bajito, porque era pecado llorar por aquello. Un día se lo dijo a don Manuel, en la iglesia: «Padre, por las noches siento que quiero ser como Pilar ahora, como ella de alta, de guapa, de segura. Yo no quiero este ojo, ni la frente tirante, ni el mandilín tan recto.» No debía pensar en aquello. Rezó luego un ratito un lento padrenuestro, pensando por qué sería aquello tan malo.

Hasta que oyó a *Meterio* y a Horacio el del *ti Fustino*, y a Arsenio hablar aquel día: Sí que era pecado. Lo era en la boca de los mozos grandes; pero... ¡era tan distinto de lo que ella sentía...!

Lloraba bajito ahora en la laguna. ¿Sabría Pilar? Ella... ¡tan alegre! Lloraba... ¿Sería por eso

por lo que lloraba? ¿No tendrían un pcco la culpa el sol tan bonito, la laguna quieta, los patos, las ranas, las eras de oro?

Desde ellas, el aire traía pajas pequeñas, voces...

—¡Hala, tú, «Galana»!

—¡Ooooh, *caballu*, paraaa! ¡Para, *condenau*!

Ahora, Emigdio y Arsenio y Horacio eran hombres nuevos, rectos en el trillo como capitanes de barco.

—No *m'estroces* la parva, *hombri*, ¡que está ya *p'acambonar*!

VI

—Ha dicho Pilar que la noche corre entre los árboles llevando en la mano un globo, que es la luna.

Y *Nimides* se quedó mirando a Pedro, espantado.

—¡Anda, que mentirera!

—Mentidero tú, *Nimidón!* ¡*Matagallinas!*

El insulto era base de inesperados éxitos y no estaba dispuesto a olvidar sus efectos así como así. *Nimides* se amansó y llevó la conversación hacia otros derrotos.

—Ven *p'al mi huertu*, que tengo que *hacerli* el trabajo al *mi padri*, que *marchu pa Celadilla*.

Entró Pedro en la cocina para coger la merienda antes de ir al huerto del otro rapaz, y allí estaba el tío, que aquel día no había salido del pueblo. *Nimides*, morugo, cazurrón, no quiso pasar de la puerta al verle.

—¡Pasa, hombre! ¡Que aquí no nos comemos a nadie!

Pasó, con la mugrienta boinina en la mano, sin mirar ni hacia el suelo ni hacia el frente.

—¿Y el padre?

—Bien...; *marchu* con la burra *pa Celadilla*... a ver al *veterinariu*.

—¿No está mejor el jato?

—No, señor, no.

—¡Vaya, hombre! Y... ¿tú no medras?

—Ya usted ve, don Antonio.

Comía de prisa su merienda, dando al pan unos mordiscos enormes y presurosos. Momentos después entraba Lina trayendo a Mary, que se había caído en la cuneta de la carretera y venía con las rodillas despellejadas y rojas.

—¡Ay, Señor! ¡Siempre estamos de averías!

Porque la abuela, que era buena, se apuraba en seguida con los males de los nietos.

—¿Qué fuiste a hacer?

Entró Pilar, y el tío trajo vendas y alcohol para curar a la niña. *Nimides*, liberado de miradas, comía todavía apresuradamente, decidido a terminar el pan y el queso antes que el tío la cura.

—¡Hala! Ya está.

Y *Nimides* metía en la boca el último trozo del cantero de la hogaza. Cumplido el cometido, tiró de la manga a Pedro.

—¿Vienes u no *p'al mi huertu*?

—Ahora va... ¿Vienes, Lina?

—No.

—¡Vete, niña—era el tío—, que llevas unos días que pareces un fantasma!

—No tengo ganas.

Nimides se aventuró a hablar en público.

—Está allí la *Silina*.

Y entonces fué Mary la que, al oír nombrar a su amiga del alma, gimoteó que quería ir al huerto de *Nimides*.

—¡Pero si ni puedes andar!

—¡Me'eva, niño!

Protestó Pedro.

—No, yo, no; que pesa mucho y es una quejica. Y luego, si terminamos pronto, aun tenemos que ir a las eras a ayudar a *cambonar* al *ti Fustino*, que ha dicho que nos va a dar una cosa para la fiesta si le ayudamos.

Hubo una moción general para que fuera Lina quien llevara a la niña. Se negaba, entre malhumorada y caprichosa, hasta que Pilar dijo que iría ella misma con Mary hasta el huerto de *Nimides*.

—No, no...; deja, Pilar, la llevaré yo.

Con lo que el tío rezongó un poco entre bocado y bocado de chorizo.

—¡La edad del pavo! Con lo simpática que eras de pequeña y lo patosa que te estás volviendo. No sabes ni lo que quieres ni lo que no quieres.

Fué detrás de Pedro y *Nimides*, con Mary en brazos, pensando en las palabras del tío, con unas ganas horribles de sentarse en cualquier sitio a llorar sin saber por qué. Detrás de los chicos siguió toda la tarde, porque Mary no quería de casa de *Nimides* a las eras. En las eras se desenvolver a casa, sino jugar con Sila y con los niños; de casa al huerto, del huerto a casa de *Nimides*, to a descansar en el suelo, sobre la hierba cuerdita de polvo dorado, como purpurina, mirando las parvas y el volver y revolver lento de los trillos. Mary, subida en el trillo de *Nimides*, quería volverse loca de alegría.

—¿Subes al mi trillo, Lina?

—No, gracias, Adela; estoy bien aquí.

También Horacio la gritó, amable, que subiera. Pero ya el *ti Fustino* paró el trillo para *acambonar* la parva, operación en la que figuró Pedro en primer término.

Se aburría... Lina se aburría de una manera solemne. Sin saber por qué, cosas que le habían agradado durante mucho tiempo, tenían ahora un sabor de infinito hastío. Antes también sabía volverse loca de alegría como Mary o como Pedro. Ahora... «patosa y pava», «patosa y pava». Eso era ella ante los demás. Ante el tío, que lo había dicho. Y quizá también ante Pilar. Quizá lo era ya desde hacía mucho tiempo, puede que desde lo de la herida... ¡Y luego estaban aquellas cosas que la habían revolucionado! Todo lo que no podía oír a nadie. Todo aquello de *Meterio* y lo que le dijo a ella don Manuel, el cura.

Era todo aquello lo que no la dejaba jugar tranquila. Era todo aquello lo que la impedía aceptar cuanto sospechaba debía venir. La doble amenaza del ojo tirante y del recto mandil.

—¡Formalina estás, Linina!

Sonreía, porque no sabía qué contestar a Horacio.

—¿Viniste con la tu hermana?

—Con mi hermana y con mi hermano también.

—Ayudoncs a *acambonar*.

—Ya lo he visto, ya.

El mozo grandón la asustaba. Era de los que miraban a Pilar con más insistencia, de los que comentaban con *Meterio*.

—Ahora haces tú de *madri pa* los rapaces.

—No, no. ¡Los traje de casualidad!

—¡Bah! Dentro de poco serás tú la *madri*. Los pobres están solines y la tu *agüela* está ya *pa* descansar.

No. No quería ser mayor así. No quería ser mayor como debía haberlo sido la abuela. Quería ser mayor como Pilar: andar ligera y tener el pelo rubio y bonito; y el talle fino; y ser descuidada; y tratar con los mozos como Pilar lo hacía, dejándoles el regalo de la sonrisa en la boina que sostenían las manos nerviosas. ¡Así sí merecía la pena ser mayor! Y no para ser como la abuela o como las otras mozas del pueblo y cojer trapajos en la cocina, soportando el olor de los hombrones cuando venían a casa, o su abandono durante las horas de «mus» en la taberna de Esteban, rezando, para matar el tiempo, un

En poco tiempo...
hablará Vd.
INGLES o FRANCÉS
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
Cursos Fonobilingües
Poliglophone
(CON discos o SIN discos)
PIDA FOLLETO GRATIS A
Centro
de
Cultura
por
Correspondencia

ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN



rosario rutinario en las horas que mediaban entre el trabajo y el sueño.

VII

Rondaba ya la Virgen de agosto cuando pasó, y en seguida lo supieron la plana mayor de las mujeres del pueblo. Aquel lunes, Lina sintió miedo y vergüenza a la vez cuando tuvo que ir a casa de Adela a llevar la harina de *masar*.

—¡Pasa, pasa...! ¡Vel'ahí la moza! ¡Ya me lo dijo la tu *agüela*, ya!

Lina, sin responder, dejaba la harina encima de la mesa, roja de vergüenza y de ira.

—Ya te habrá dicho la tu *agüela* que tienes que ser formal. ¿Todavía llevas las piernas al aire? ¡Medias, medias debes de llevar desde ahora, mocina! ¡Ya no saldrás ahora a la carretera con los rapaces, ni irás a *ranas* o a *grillos*!

Se le sublevó la sangre.

—Sí que iré.

Lo dijo secamente con ganas de pelea, con ganas de decir barbaridades, aunque no fueran ciertas. Ella, que durante toda aquella temporada, había renunciado voluntariamente a jugar por el pueblo con los chicos, sintió ganas repentinas de ir junto a ellos, subidos los tres en un burro, trota que te trota camino de cualquier parte. Adela se quedó parada ante la contestación.

—¡Vaya con la mocina! Hará mal tu *agüela* si te lo consiente.

—No es mi abuela quien me lo tiene que consentir. Está Pilar que me deja en libertad de hacer lo que quiera.

—Vas a parecerle a ella.

—Eso quiero.

—Si oyeras a los mozos hablar de la Pilar, se te quitarían las ganas de andar como ella por el pueblo.

—Bien que reventaría cualquiera de ellos si Pilar tan sólo le mirara al pasar.

—¡Pobrina...! La pobrina, ¡claro! Tú no sabes. Mira—bajó la voz para decirle el secreto—, no se lo he querido decir a la tu *agüela*, pero hay quien dice...

Lina no era capaz de reaccionar, no era capaz de discutir, porque tenía la garganta llena de sollozos. Sólo miraba a la mujerina con ojos secos y rencorosos. Sabía que Pilar no era capaz de aquello, que ella, que olía siempre a gloria, a colonia, no hubiera podido resistir ni siquiera la proximidad de los sucios mocetones. Y era difícil suponer valentía suficiente en aquellos cazurros para acercarse a Pilar a menos de metro y medio.

Que la mirasen..., eso sí. Pero más... ¡no!

Adela seguía hablando con voz misteriosa:

—Ahora te lo puedo contar, porque tú ya pue-

des saber estas cosas. Y debes saberlas, no creas. ¡Ahora, ahora es cuando tienes que ser buenina y no salir de la casa a todas horas, y cuidar de los tus hermanos, que pera eso están separados de los *tus padris*!

—¡Yo no quiero casarme con ningún mozo!

Adela la miró con compasión por centésima vez en aquel rato.

—¡Ay, pobri!

Pero ya Lina se había animado a protestar.

—No, no quiero casarme con ninguno, porque todos son sucios y gochos. ¡Y no me importa que se lo digas a todo el mundo!... Y porque habían mal... y mienten, como tú, todo el tiempo. Yo seré como Pilar.

—¡Virgen, Virgen, Virgen! ¡Ay, la tu *pobri agüela*! ¡Ya decía yo que esa lagartona no hacía nada bueno en vuestra casa! ¡Mal ejemplo, mal ejemplo!

A Lina le produjo regocijo el susto de la mujer, y no se arrepintió un ápice de lo dicho. Salió a la carretera, sin decir adiós, corriendo con todas sus ganas. Como siempre, allí estaban Pedro y Nini-dés en un grupo grande de rapaces desocupados que jugaban a saltar la cuneta.

—¡A la una, a las dos, a las tres...!

Y se caían en el fondo, poniendo pringados de barro alpargatas, calzones y camisillas. Se introdujo en el grupo. Su pelea con Adela le había puesto un deseo de rebelión en el alma, y las continuas advertencias de la abuela durante aquellos últimos días la habían vuelto chicozo por espíritu de contradicción.

—Cose esto, que es lo que debes hacer.

—No quiero.

—Tú, aquí, en casa, que es donde están las mozas de Dios.

Se escapaba por la parte del huerto.

—No cruces las piernas. La compostura y la modestia le son propias a la mujer.

Y se montaba a caballo sobre la tapia, retadora.

Por eso este día sintió deseos de mezclarse entre los rapaces, ella, la melancólica Lina de una temporada atrás.

—Dejadme a mí, chicos, que no sabéis saltar.

Y saltó. Y se pasó la tarde saltando, llenándose de barro, peleándose con los chicos como un rapaz más. Era feliz. Se sentía plenamente feliz de creerse niña, de olvidar advertencias. ¡Qué bien! ¿Cómo creían que se podía cambiar, así de golpe, una niña en mujer? Los saltos eran cada vez mayores. Con sus piernas largas, ágiles, ganaba a los chicos, saltaba más seguido, mejor y cayéndose menos veces.

Saltó. Jugó luego a las canicas, y más tarde *fué a ranas*, como en sus mejores tiempos. Se encontró con medio pueblo: con don Manual, el cura; con don Severino y doña Jacinta, los maestros.

Doña Jacinta, sobre todo, la miró severa. Lina pensó que, seguramente, también sabría la *noveñad*. La abuela se lo había dicho a todo el mundo en su inconsciencia de mujer vieja, de mujer de campo, a quien las cosas de la Naturaleza nunca la extrañaron ni le hirieron. Se lo había dicho a todo el mundo, muchas veces delante de la niña.

—¿No sabe...?

Y se enfadaba al comprobar la ira de Lina, el aborrecimiento de la niña por toda aquella cuestión, llevada como un duro castigo.

Para colmo de males, Pilar llevaba unos días fuera del pueblo, en la capital, arreglando cosas que Lina no sabía. ¡Pilar! ¿Qué hubiera hecho Pilar con ella? ¿Qué le hubiera dicho? ¿Querría ella también que dejara sus ocupaciones de niña? ¿Querría imponerla, de repente, un pudor que no sentía, que le parecía hipócrita y que no comprendía?

Y se le pasaba el tiempo pensando, deseando y temiendo la vuelta de Pilar, huyendo de sí misma en los juegos con los rapaces, más entregada que nunca a la vida que hasta entonces había llevado y de la que sin razón comprensible la querían arrancar.

VIII

La abuela llamó a don Manuel, y poco después del rosario ya estaba el cura en la casa. Lina, que estuvo toda la tarde *atropando* hierba para los conejos, no le vio hasta el momento en que volvía a casa con Pedro, y ya don Manuel iba cuesta arriba, de espaldas a ellos.

—Mira, Lina, don Manuel ha estado en casa.

Hacia tiempo que Lina no hablaba con don Manuel, del que antes era muy amiga, porque le daba de vez en cuando caramelos y rosquillas. El fué quien le explicara muchas cosas bonitas cuando hizo la primera comunión, y con su voz bronca le fué contando cosas del cielo y de los ángeles, ayudándose para hablar de sus manos rudas de labrador. Hacia lo menos tres años ya de aquello, y siguieron siendo buenos amigos, bonisimos amigos. En el huerto de don Manuel estaban las mejores peras del pueblo, amén de unas fresas riquísimas como no se podían encontrar en muchos kilómetros a la redonda. Los niños eran felices cuando don Manuel les obsequiaba.

Pero en esta última temporada, Lina huía, sin confesárselo a ella misma, de don Manuel. Veía venir la sotana negra por la carretera, ondeando al viento los manteos, y escapaba a correr hacia donde podía. Los domingos también le veía de lejos, en la iglesia. Entonces, don Manuel era otro, lleno de dorados y de majestad.

Sólo una vez desde lo de *Meterio* había tenido que ir a confesarse, y fué con miedo de contar *aquellas cosas* otra vez. ¡Si don Manuel no le hubiera dicho que aquello era tan malo! Pero como lo era, ella lo contó como pudo, diciendo escuetamente las cosas y sin querer confiarse totalmente. Esto fué por Santiago, cuando todas las niñas del pueblo tenían que confesar con la maestra al frente.

Ahora, al acercarse la Virgen de agosto, temblaba Lina al pensar en otra comunión general.

¿Cómo ir a don Manuel otra vez? ¿Cómo contarle aquella rebelión, aquel deseo de saltar y correr y de hacer al revés todo lo que le mandaban? ¿Cómo decirle que odiaba el que le dijeran que era ya una mujer, que la fastidiaba, que sentía asco de tener que fingir lo que no sentía? ¿Comprendería don Manuel su odio por la paz casera, por la costura, por las mujerinas del pueblo, humildes, resignadas, anuladas bajo las grandes faldamentas y los pañolones negros? Y otra vez tendría que repetirle que le gustaría ser mayor como Pilar, únicamente como ella—libre y alegre—, a la que parecían no llegar las malicias de las mujeres envidiosas y de los mozos llenos de deseo.

Y, por otra parte, ¿cómo dejar de asistir a la comunión general? ¿Cómo? Todo el pueblo estaría presente, la misma doña Jacinta la zarandearía a solas para que la explicase por qué no había comulgado. Y todo el mundo se fijaría cómo en la sobrina de don Antonio se había quebrado la línea de niñas que iban al comulgatorio. Por eso huía de don Manuel tan lejos como podía, y por eso se le encogió el corazón cuando le vió salir de la casa. En seguida supuso que era lo que la abuela le había estado contando entre sorbo y sorbo de chocolate y mojada y mojada de torta dulce.

Le habría relatado *ce por de* su rebelión, sus huidas de la casa con los rapaces. Ahora sería el mismo don Manuel quien vendría a buscarla, a escarbarle en el alma. ¿Sería de verdad ella una niña distinta?

Pasaron dos largos días entre temores y sobresaltos. Pilar no había vuelto aún de la ciudad y Lina esquivó con éxito el encuentro con el párroco. Pero en la víspera de la fiesta ya no tuvo escape. Convocó doña Jacinta a todas las crías del pueblo y, de dos en fondo, se dirigieron cuesta arriba hacia la iglesia. Lina, ya en pleno caos de conciencia, pedía a Dios que la protegiera ante don Manuel.

Pero mucho mejor pasó la cosa de lo que ella había supuesto. Y cuando le llegó el turno:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, Lina.

Se lo fué contando todo, paso a paso. Tanto miedo tenía de sí misma y de sus sentimientos, tan graves le parecían, medidos con los aspavientos de la abuela y de Adela, que tuvo un arrepentimiento ruidoso de lloros e hipó allí mismo, en el confesonario.

Salió de la iglesia lentamente, más tarde que nadie, hacia la escuela, donde ya debía de estar hacia rato doña Jacinta con todas las chicas. Los campos olían a paz. Una sensación de alegría, de nuevo, la fué bailando por el cuerpo, hasta llegar a la escuela. ¡Dios santo! ¿Por qué se habría atropado todo tan pronto? Porque allí mismo, a la puerta de la escuela, ya la estaba esperando doña Jacinta, y desde allí la condujo hacia dentro, hasta el último banco de la clase, donde quiso sonsacarla sobre sus *horribles faltas*.

—¿Por qué has llorado en la iglesia?

Allí mismo también la tal doña Jacinta estuvo hablando a Lina de cosas que a la niña nunca se le habían pasado por la imaginación, monstruosidades peores que sapos y más asquerosas que ellos.

En el número 31 de

POESIA ESPAÑOLA

encontrará las siguientes firmas:

Manuel Alonso Alcalde, Marcelo Arroita-Jauregui, María Beneyto, Dictinio de Castilla-Elejabeitia, Francisco-Tomás Comes, Carmen Conde, José Corredor, Joaquín de Entrambasaguas, José María Forteza, Estela Galfrascoli, Francisco Garfias, Agustín Gómez Arcos, Charles David Ley, José Gerardo Manrique de Lara, Rafael Morales, Pedro Pozo Alejo, Rafael Romero Moliner, Venancio Sánchez Marín y Celia Viñas

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS. PEDIDOS a la Administración, Pinar, 5. MADRID



¿Sería posible que la doña Jacinta supiese aquellas cosas? ¿Sería posible que creyera que ella, Lina, las sabía y las sentía? Allí estaba su voz irritable interrogando:

—¿Haces tú eso, di?

Y Lina ni siquiera quería mirarla, ni siquiera quería saber cómo relucían los ojillos de la vieja. Se le estaba clavando en el fondo del cerebro el confuso bulto de doña Jacinta, y, años después, le seguía teniendo allí, en la misma postura. Bastaba con rebuscar un poco para que le fuera posible volver a ver el subir y bajar de las deformidades de la vieja señora y sentir de nuevo el nauseabundo olor que desprendió durante aquel rato.

¡Si por lo menos le hubieran dicho las cosas de otra manera! ¡Si por lo menos no hubiese sido doña Jacinta, a quien ella tenía tanta rabia! Pero las cosas eran así y no se podían cambiar. Por eso no tuvo ella la culpa del violento acceso de odio que le inundó, de la racha de ira que se le desató por dentro contra doña Jacinta. Allí, en la misma escuela sin darse cuenta de que las chicas escuchaban atónitas, por la puerta, ni de que las palabras las podían oír las gentes que pasaran por la carretera.

—¡Bruja, bruja! ¡Cochina!

Y más cosas. ¡Muchas más! Porque ya no podía aguantar, porque estaba harta. ¡Era como *Meterio*, como Adela, como los otros mozos deslenguados, como los hombres malolientes! Era igual.

La pellicaba la bruja con pellizcos retorcidos para que se callara; pero no lo consiguió. Siguió insultándola, mientras, en volandas, la sacaban de la clase entre unas cuantas chicas y la misma maestra y ya fuera, en la calle, la soltaron como si estuviera endemoniada.

Lloró, empujó a las rapazas y... se calló con el fresco que venía de abajo, desde la laguna. Desapareció doña Jacinta persignándose y quedaron las rapazas con ella, mirándola, mirándola, como si nunca hubiesen visto llorar a una niña.

—¡Ay, pobri, lo que hicisti!

—¡Ay, pobri, que pecau! ¡Ya verás, ya verás! Apoyada contra el sol mortecino que doraba la pared la niña ni siquiera las oía.

—Ya me dijo la mi *madri* que no la *ajuntara*.

—Es como la otra moza, la Pilar.

—Señalole el *mesmo dímonto* la cara.

Entonces echó a correr. Cuesta abajo, hacia donde de la cuesta de la iglesia se une con el atajo de Celadilla. Y desde allí, como una posesa, hacia donde Dios quiso, aunque en aquel momento no creyese que El la guiaba.

Niña solitaria, con el pecado de ser diferente, se creyó un monstruo. ¿Tendrían razón las rapazas? ¿Sería la cicatriz una señal para que el mundo la conociera? ¡Qué mala había sido! Pero, ¿y la

doña Jacinta? ¿Sabría don Manuel las cosas que ella sabía? ¿La sabía Pilar? Reconoció que si todo volviera a pasar, ella hubiera hecho exactamente igual... ¡En fin! Ya no podría comulgar mañana. El pueblo entero lo sabía aquella noche. ¡Y todo esto después de haberle dicho *todo* a don Manuel; después de haberse arrepentido. ¿Quién se arrepentía ahora de lo de doña Jacinta, si allí, en el fondo, se regodeaba pensando en su cara de susto cuando el primer insulto se le escapó de la boca? Era imposible. No había solución. Lina, la niña maldita, la niña paria, la niña distinta...

Su desgracia la supo el lilar del huerto, bajo el que se refugió, y, por parrafadas, el cerdo, que se paseaba por el corral, al otro lado de la cerca. Se quedó dormida allí mismo, bajo el peso de su disgusto. Y de allí se la llevó en brazos Pilar hasta la cama, contemplando la carita llena de lagrimones untados de barro.

Pilar sí, Pilar, que había vuelto. La misma Pilar que había accionado mucho y muy fuerte hacia un rato, allí en el comedor, ante doña Jacinta y don Manuel mientras éste sonreía, detrás de la vieja irritada, bonachón como un San Cristóbal. La misma Pilar que le explicara a doña Jacinta cosas que la vieja maestra no entendía. Cosas de niñas sensibles, de niñas que amaban la belleza, la forma. Cosas intolerables sobre una Lina sensitiva y artista. De una Lina inteligente.

—Pero ella me ha faltado al respeto.

—¡Vamos, vamos, doña Jacinta! Las frases, a veces resultan demasiado exageradas para su contenido, y si hacemos otro, usted habría golpeado antes un alma, ¿no le parece?

—En mi escuela no quiero a esa niña.

—Esa niña, como usted dice, estará ya muy poco en este pueblo.

Don Manuel, apenado, interrogaba:

—¿Se van ustedes?

—Sí, padre.

Arriba, en su cuarto, Lina soñaba que escupía a *Meterio* y a doña Jacinta, y que se parecía tanto a Pilar, que era ella misma; ella, con sus vestidos airosos y su cara achinada, sin aquel costurón en la cara que tanto la atormentaba.

Por la carretera, Pedro, que volvía tarde a casa, cantaba a voz en cuello con su inseparable *Nimides* un estribillo poco conocido:

Arroyo claró,
fuente serená,
dónde lava el pañuelo
la mi morenaaaa...

Y al llegar al portalón, tirando ya de Mary, medio dormida, a manera de despedida:

—¡Nimidón! ¡¡Matagallinas!!

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

SETENTA Y SEIS AÑOS DE MI VIDA

Por Hjalmar SCHACHT



HOJAS SUELTAS...

ES el día 2 de septiembre de 1948. Hjalmar Schacht ve abrirse ante él las puertas de la libertad, cuatro años antes cerradas tras de él.

Los cuatro años que siguieron a 1944 fueron de verdadera peregrinación para el anciano doctor Schacht. Conoció todas las cárceles: primero las alemanas, luego las de las fuerzas de ocupación y, por último, una mañana, el segundo día de septiembre de este año de 1948, bajo el peso de sus setenta y un años de edad, Schacht vuelve a ser un hombre libre.

Todo lo que ha poseído hace tiempo se ha perdido: dinero, casa, tierras. El anciano no posee nada, nada le queda.

¡Cuánto ha sucedido en estos setenta y un años! En el tiempo en el que ha vivido Schacht han ocurrido cosas terribles. Primero se le acusa de conspirar contra Hitler y cuando muere Hitler se le encarcela acusado de ayuda al dictador. ¿Qué puede hacer el viejo economista envuelto en las sutiles redes de la política? Hjalmar se defiende, intenta demostrar su inocencia. Pero su vida es demasiado importante para que los otros no insistan en fijar cada uno de sus pasos en un documento.

En el recuerdo de Schacht cada uno de estos documentos, cada hoja suelta es, en esta mañana de septiembre, un trozo de pasado, algo separado de él mismo, y, por lo tanto, muerto. Ahora ya puede juzgar.

UNA INFANCIA POBRE

Los padres de Schacht no son ricos. Han de pasar muchos años hasta que el matrimonio pueda decirse en una posición desahogada.

Los comienzos son azarosos. El padre de Hjalmar, oriundo de Schleswig, se casa en Nueva York. Al igual que miles y miles de alemanes ha seguido, por inercia más que nada, la corriente de emigrantes hacia Estados Unidos. Son los duros tiempos del trabajo en una de tantas cervecerías neoyorquinas. El trabajo, después de casado con la muchacha danesa a la que sigue, apenas da para mal vivir. Por eso, años más tarde, cuando las noticias del bienestar económico de Alemania llegan a América, el matrimonio decide volver a su país de origen. Y en la travesía nace Hjalmar Horace Greeley en pleno océano; es el tercer hijo del matrimonio.

En Hamburgo cursa Hjalmar sus estudios de Bachillerato. A esta ciudad había ido a parar la familia después de un peregrinaje.

La obra que hoy traemos hasta esta sección constituye ya actualmente un inestimable documento histórico y en tiempos futuros ha de ser material totalmente necesario si se quiere desbrozar de malevolencias la historia de Alemania en la primera mitad del siglo XX.

Este relato autobiográfico recoge con absoluta sinceridad desde los hechos y pasajes más gloriosos de medio siglo de historia alemana hasta los más bochornosos.

Con un dominio magistral del idioma, Hjalmar Schacht, el genial economista, capaz de estabilizar el marco en una de las épocas de crisis económica más aguda de su patria, expone paso a paso la accidentada historia de su vida, su experiencia hitleriana, sus teorías económicas y sus tristes experiencias políticas. A hacer del libro algo de verdad interesante contribuya la vasta cultura del autor, y las casi setecientas páginas del volumen constituyen un relato apasionante, íntimamente ligado con la historia de nuestro tiempo.

SCHACHT, Hjalmar.: 76 Jahre meines Lebens, Kinder und Schiermeyer Verlag, Bad Wörishofen (1953), 689 pg.

Hjalmar acaba de cumplir once años. El muchacho tiene edad para analizar, para pensar en el momento por el que su patria está pasando. Nada menos que tres Emperadores se asientan durante este año en el trono de Alemania: Guillermo I, Federico y Guillermo II. Todo este movimiento, la inquietud de Alemania, no deja de tener un reflejo en el ánimo de Hjalmar. Comprende que su país evoluciona, que cambia. Y que gana potencia también.

LA PRIMERA SALIDA

Sólo durante unos meses la familia Schacht se ausenta de Hamburgo, la ciudad ya familiar a Hjalmar. La causa es la epidemia de cólera que asoló la ciudad. Luego, pasado el peligro, vuelven todos.

Schacht es ya un mozalbete. Se interesa por todo y por todos y lo único que quiere es conocer. Para sus primeras andanzas ahorra dinero y se compra una bicicleta. Pero también le gusta andar. Años más tarde emprenderá largas caminatas a través de varios países.

Poco posteriormente a la compra de la bicicleta el joven Schacht hace la primera salida al campo político: junto con varios miles de compañeros toma parte en un homenaje que se le hace a Bismarck, el Canciller de Hierro que a través de su política unificadora había hecho mucho bien a la ciudad de Hamburgo, incorporándola al sistema aduanero de Alemania.

FRACASO EN LA MEDICINA

Pero Schacht, el joven inteligente, ve pasar sus años mozos sin una vocación definida. Y, por no saber qué carrera elegir empieza a estudiar Medicina en Kiel, combinándola con el estudio de la Filología germánica y la Historia de la Literatura.

Y, sin embargo, Schacht no es el hombre ideal para cortar pedacitos de piel y carne. Pronto se convence de su falta de vocación por la Medicina y marcha a Berlín para dedicarse al periodismo. Luego salta de una ciudad a otra, como un inquieto saltamontes: cursa estudios en Leipzig y en Munich, y, como final, se dirige a París. El París de fin de siglo, alegre y desvergonzado, le encanta y le atrae. De vuelta a Kiel, vuelve a conseguir trabajo como periodista y, para hacer su tesis doctoral, emprende un viaje a Londres.

SE PERFILA EL ECONOMISTA

A estas alturas de la vida del joven Schacht hace tiempo que el interés por la economía nacional triunfa en el ánimo del muchacho sobre todas las demás cosas. No abandona, sin embargo, su formación sociológica, sus estudios de inglés y francés. Estudia también arte: en una palabra, hace mil cosas.

La nueva época que se abre a partir de los años ochenta del pasado siglo parecía estar bajo el signo de la economía. Es entonces cuando en Alemania se produce la gran reforma económica. Fácilmente se puede creer en las dificultades nacidas en Alemania a medida que su población crecía. El terreno de cultivo, la producción agrícola, eran insuficientes para alimentar el número de ciudadanos, cada día un poco mayor. Se hacía necesaria la importación de productos agrícolas. Alemania fué solucionando su problema de pagos de importación por medio de la producción industrial, que le facilitaba las divisas necesarias. Y he aquí que Schacht entra en escena.

Colabora Hjalmar en este momento en una revista de economía. Con este motivo asiste a todas las conferencias que se daban sobre esta materia y aun a todas las reuniones de economistas que se celebraban. Poco a poco una nueva teoría va naciendo en su cerebro, teoría que formula en sus artículos cada vez más claramente. Ataca Hjalmar las asociaciones industriales en cartels, lo que llama él «asociaciones verticales», que acuerdan entre sí mantener los precios lo más alto posible y, por el contrario, defiende los grandes trusts industriales que considera como «asociaciones verticales» que, debido a su elaboración total de una materia, pueden rebajar los precios y hacer accesibles a las masas los artículos que cada vez iban siendo de mayor importancia y necesidad.

Pronto la figura del joven Schacht adquiere importancia en el mundo económico. En el «Handelsvertragsverein» conoce a los grandes banqueros, hace amistades. Estos ven en él un joven de talento sobresaliente. Schacht se acredita más y más, y pronto ocupa puestos de confianza. Su subida es rápida y en seguida los años de las estrecheces económicas pasan a ser un recuerdo. Uno de los escalones más importantes en este ascenso constante del joven economista lo constituye su ingreso en el Banco de Dresde, donde obtiene otros éxitos deslumbrantes.

La gente empieza a fijarse en él.

Pero Schacht no es tan sólo el hombre de negocios eternamente encerrado en una oficina. Ya al final de su tercer semestre en la Universidad atraviesa andando los Alpes hasta Milán. Y, si en este momento esta excursión se le antoja a él mismo algo muy importante, en 1902 se supera así mismo.

Andarán impenitente llega en esta fecha a pie hasta Wladikawkas, atravesando el Cáucaso hasta Tiflis. En Etschmiadsin visita al patriarca armenio y vuelve luego hacia el paso de Bestcho, del gélido Cáucaso, hasta Noworossijsk, en el mar Negro.

HISTORIA DE UN HOGAR

Un día de enero de 1903 en la vida de Schacht se produce un importante cambio. Con esto podremos decir que a Hjalmar le llega el momento de contraer matrimonio. Hace tiempo que ha conocido a la mujer a la que en esta fecha hace su esposa. Fué allí en la Universidad de Berlín, cuando aun ambos eran muy jóvenes y los recursos económicos, escasos. Se separaron.

Sólo siete años más tarde se vuelven a encontrar. En este momento ya Hjalmar no es el estudiante pobre que Luisa Sowa conociera en la Universidad de Berlín. Schacht tiene ahora un importante puesto directivo en una filial del Banco de Dresde.

Ni desgraciado ni feliz, el matrimonio se prolonga hasta 1938. Luego, surgen desavenencias, diferencias. Se separan. Tiene dos hijos, y el único varón, Jensinicia, estudia la carrera de Comercio. Es brillante y promete; pero el frente ruso arrebató al segundo Schacht de la escena. Hoy sería una personalidad en la economía alemana.

LA FUNDACION DEL D. D. P.

Al terminar la primera guerra mundial Schacht tiene cuarenta y un años. El mismo día que el Emperador abdica se proclama en Berlín la revolución. Y es ahora cuando Schacht toma parte en la fundación de un partido que, en los años



El doctor Schacht en Suiza con su esposa (octubre de 1941)

venideros, ha de jugar una parte importantísima en la política alemana.

Las razones que obligan a Hjalmar a entrar en la vida política son bastante obvias: se debía de hacer frente al comunismo invasor, peligro cada vez más claro. De una manera clarísima Alemania entera se inclina peligrosamente hacia la izquierda y Schacht pone todo su empeño en impedir que la sede del comunismo occidental sea Berlín en vez de Moscú.

La preocupación en los ánimos de los que piensan como Schacht está clarísima: hay que tratar de reunir en un gran receptáculo a todos los elementos izquierdistas que no sean expresamente radicales. La necesidad de un partido burgués izquierdista se hace patente para él. Dicho partido, junto con las organizaciones obreras, puede formar parte de la coalición gubernamental. Este fué el nacimiento del Partido Demócrata Alemán (D. D. P.).

EL MARCO, EN PELIGRO

Todavía hoy se conoce a los años que van del de 1920 a 1924 por la «época de la inflación». Son pocos los que saben que fué esta frase la que señaló toda una generación.

Al final de la guerra del 14 el marco alemán tiene la mitad del valor del marco oro; en noviembre de 1923 un marco de oro equivalía a un billón de marcos en papel.

La reacción ante este estado de cosas es lógica. Alemania entera, en todas sus clases sociales, se lanza a la adquisición de valores materiales, joyas, instrumentos de música, muebles y casas. Numerosos patronos pagan a sus trabajadores en viveres, y las letras de cambio se firmaban sobre hulla, potasa, cemento y otras cosas semejantes.

Contribuye más aún a la inflación alemana los pagos a títulos de reparaciones que, no obstante la miseria alemana, exigían las naciones vencedoras. Los progresos de la inflación son tan rápidos, que sólo en el transcurso del año 23, por

un billete de tranvía se llegaron a pagar mil millones de marcos.

JUEGOS MALABARES

El hombre a quien Alemania debe el haber sido salvada de este trance mortal se llama doctor Hjalmar Schacht.

Concienzudamente Schacht lucha noche y día para estabilizar el marco papel, y el día 20 de noviembre fué fijado el dólar en 4,2 billones de marcos de papel.

Había entonces tres hombres de competencia económica reconocida. El único que tuvo el valor de hacerse cargo de la reforma monetaria fué el doctor Schacht. Como entonces se murió el antiguo director del Reichsbank, el ministro de Hacienda nombró a Schacht para este cargo, y así pudo lograr su propósito de estabilizar la moneda. Pero necesitaba fondos. Hizo un viaje a Inglaterra para hablar con el director del Banco de Inglaterra.

Veamos un trozo de su conversación:

—¿Cómo piensa usted reunir los fondos para este Banco, doctor Schacht?

—Pienso establecer el Banco con un capital de 200 millones de marcos. Este capital ha de consistir totalmente en moneda extranjera; por ejemplo, libras esterlinas. Creo que me será posible reunir la mitad de este capital dentro de Alemania, en moneda extranjera. La otra mitad la querría pedir al Banco de Inglaterra.

—¿Piensa usted hacer al Banco de Inglaterra accionista de su nuevo Banco?

—Eso, no. Quiero pedirles a ustedes un préstamo de cien millones de marcos en libras esterlinas, pagadero dentro de tres años.

—¿Quién tendrá la dirección de este Banco?

—La dirección la tendrá el Reichsbank.

—¿Quiénes serán los primeros que reciban créditos de este Banco?

—Con la importancia que tiene la industria renano-westfaliana en la economía alemana y después de sus enormes daños originados por la ocupación del Ruhr, los créditos se darán con preferencia y principalmente a esta industria.

—Para una tarea tal doscientos millones de marcos no pueden ser suficientes.

—Ya lo he pensado yo y, por lo tanto, quiero pedirle su conformidad y fomento de otro propósito. Como se trata principalmente de invertir este dinero en materias primas y exportación de productos, creo que las letras de cambio que emita el nuevo Banco pueden ser un buen negocio para los banqueros ingleses. Por esto le agradecería abriera paso en el mercado dinerario a estas letras de cambio.

El director del Banco de Inglaterra parecía dudar.

—Mister Norman, el nuevo Banco será un Banco monetario. A base de su capital en oro de doscientos millones de marcos emitirá billetes. Pienso basar estos billetes en libras esterlinas.

—¿Quiere usted emitir billetes de moneda extranjera en Alemania?

—A primera vista esta idea le parecerá un poco rara. Pero ¿por qué no he de financiar con moneda extranjera un negocio de exportación que también se hace en moneda extranjera?

Otra pausa. Schacht sigue:

—Imagínese usted, mister Norman, qué perspectivas les pueden resultar de tal disposición para la colaboración económica entre Inglaterra y Alemania. Si nosotros queremos restablecer la paz europea tenemos que librarnos de todas las decisiones huera de las conferencias y de las declaraciones de los congresos internacionales. Tenemos que empezar de un modo práctico a unir estrechamente la economía de los países europeos.

—Doctor Schacht, estas ideas que usted está exponiendo son verdaderamente notables...

Schacht consiguió sus propósitos. La economía alemana tenía otra vez una base. Ahora empezó la lucha contra los pagos a título de reparaciones.

Cómo consigue Schacht salvar el marco en este momento crucial para la nación alemana es algo que apenas se puede comprender.

LA LUCHA CONTRA LAS REPARACIONES

Estabilizar un sistema monetario completamente destruido no es cosa fácil, pero el genio de Schacht lo consigue. Incluso amortiza las deudas con otras empresas fuertes, cosa que, en un principio, parecía totalmente imposible.

Y sólo en este momento se puede pensar en poner en marcha las paradas fábricas. Aun los vencedores continúan demandando sumas elevadísimas como reparación de los años de guerra. Fracasa el intento de fijar las exigencias mínimas de los antiguos enemigos de Alemania como base del Plan Young.

El presidente se vuelve entonces hacia Alemania y pide que sean los mismos expertos alemanes quien se encarguen de declarar lo que creen que puede pagar Alemania.

Schacht promete presentarle al día siguiente un memorándum de lo que a su parecer puede dar Alemania. Pero las cantidades que en este documento se nombran siguen siendo demasiado elevadas. La cuestión de suprimir las reparaciones queda descartada de momento; pero, en cambio, se trata de exponer al mundo el por qué Alemania no podía pagar las cantidades que se le exigían.

La decisión de firmar el Plan Young nunca fué del agrado de Schacht, y aun en el momento de hacerlo, no deja de manifestar que los pagos a título de reparaciones eran económicamente irrealizables según dicho Plan.

Si el doctor Schacht firma es porque sabe que muy pronto se haría patente la imposibilidad de pagar y que forzosamente esto habría de originar nuevas negociaciones. El Plan Young fué ratificado en junio de 1930 y en junio de 1931 se declaró la moratoria de Hoover para las reparaciones.

La Prensa de la izquierda denigra a Schacht. El gran economista se ha dado de baja en el partido demócrata alemán y este sector de la Prensa no pierde ocasión de denigrarlo. El ambiente de hostilidad es cada vez mayor, y cuando Schacht se ve obligado a protestar por



El financiero alemán doctor Schacht durante su visita a España en septiembre de 1932



Un momento de la entrevista que el doctor Schacht sostuvo con el ex primer ministro egipcio, Aly Maher, en El Cairo (1932)

la manera con que el Gobierno alemán trataba el Plan Young, la cosa ya no tiene remedio. Poco después presenta la dimisión de su cargo de director del Reichsbank.

TERTULIA CON HITLER

La primera vez que Schacht vió a Hitler fué después de una cena en casa de Goering. «Hitler vino después de cenar. Vestía un pantalón oscuro y la acostumbrada americana marrón del uniforme del partido. Su conducta no era presumida ni afectada; al contrario, era natural y modesta.

La quiebra del Kreditanstalt austriaco fué la primera que contribuyó a la gran crisis bancaria del año 1931. Es ahora cuando se ve lo prudente y previsor de la actuación de Schacht cuando fundara el Banco Auxiliar. Este Banco fué de nuevo el que salvó y saneó la economía y la industria alemanas. Era el segundo servicio, en orden de importancia, que Schacht le hacía a su patria.

Llegamos así a marzo de 1931. El partido nacionalsocialista, el N. S. D. A. P., sube al Poder.

Una importante entrevista tiene lugar entre Hitler y Schacht, en la que el primero propone a éste el hacerle de nuevo director del Reichsbank. Acepta Schacht, y en esta segunda parte de su actuación, destaca, sobre todo, la manera en la que eliminó el paro obrero.

Y si hasta un determinado momento Schacht tropezaba con la malicia y los resentimientos, más tarde tiene que enfrentarse con los abusos de la fuerza.

El mes de septiembre de 1938 tiene un intenso significado en la vida de Schacht. Ha preparado cuidadosamente un golpe de Estado y este mes es el señalado para llevar a cabo la maniobra. Pero el resultado es triste y el fracaso completo.

Cada vez más desilusionado de su vida pública, sigue actuando enérgicamente. Niega nuevos créditos a Hitler y es despedido de su cargo de director del Reichsbank. Esto ocurre el 20 de enero de 1939. Sea por esto, sea por muchas más cosas, el caso es que Schacht, el incansable, manifiesta ahora sus deseos de retirarse de la vida pública y de volver a sus andanzas excursionistas por el extranjero. Hitler no presenta inconvenientes, sólo Ribbentrop, en este momento ministro de Asuntos Exteriores, inventa una serie de dificultades. Más listo que ellos, Schacht logra su propósito de salir de Alemania.

Más fuerte su sentido del deber que cualquier otro sentimiento, a la vista de las relaciones económicas e industriales del comercio mundial, Schacht creyó su deber regresar a Alemania. Anuncia su regreso a Hitler, Goering y Ribbentrop. Sólo éste último acusó recibo de la carta.

La hostilidad del partido nazi a Schacht se hace de día en día más clara a partir del momento en el que el economista se incorpora de nuevo a las tareas nacionales.

La lucha de Schacht contra el régimen hitleriano fué terrible a partir de este momento. Hizo lo que pudo para librarse de cargos y responsabilidades. Pero hay algo más grave y más decisivo que compromete la vida de Schacht de una manera decisiva. Se trata del atentado del 20 de julio de 1944, fatal fracaso de la actuación de Schacht.

La continuación de este episodio tiene lugar la mañana siguiente del día en que el atentado tiene lugar. Dos agentes de la Gestapo se presentan en el domicilio del doctor Schacht. Desde entonces, Schacht vive en las cárceles, en los campos de concentración. Desde este momento, hasta el lejano septiembre de 1948, Schacht permanece, peregrina, de cárcel en cárcel.

LA VIDA EMPIEZA A LOS SETENTA

Libre ya de tribunales y acusaciones, Schacht se somete a tratamiento médico. Sus setenta y un años le hacen ser cuidadoso. Tanto más cuanto que su vida no ha sido en manera alguna pacífica. Cuatro años de campos de concentración y cárcel han dejado su huella en la naturaleza de hierro del doctor Schacht.

Luego, repuesto ya, continúa su agradable peregrinar por Oriente. Su viva inteligencia, sus especiales dotes de observación, le hacen encantadora la soledad que el busca.

DATOS PARA UN BALANCE

Al enjuiciar el nivel de nuestro catolicismo suelen algunos incurrir en omisiones y olvidos que pueden invalidar sustancialmente o, al menos en gran parte, sus apreciaciones. Bien está, y hasta es una obligación, huir del tópico, de los lugares comunes y de cualquier género de narcisismo, como lo es no caer en la tentación de soberbia. Bueno es, y hasta necesario, siempre estimular todo afán de perfección. En nada tanto como en lo religioso hay que mantener viva la insatisfacción. Pero la norma a que ha de ajustarse el pensamiento y la acción debe ser en todo momento considerar como válido lo «edificante», lo que edifica y construye, y como bastardo, impuro o equivocado, lo que engendra confusión y pestimismo, lo que «desedifica», lo que destruye.

Con frecuencia se silencian, por ejemplo, dos hechos que indudablemente revisten extraordinaria importancia: el crecimiento en número y la renovación de nuestros Seminarios y centros de carácter religioso y el aumento constante de vocaciones en España. Desconocer o no valorar suficientemente estos dos fenómenos es olvidar dos sumandos decisivos a la hora de establecer el verdadero nivel de la vida católica en nuestra Patria. En líneas generales, puede afirmarse que aquel país donde se registran estos dos hechos es un país en franco y sólido renacimiento religioso. Y este es precisamente el «caso español» a partir de la Cruzada. Con razón decía el Caudillo en la reciente inauguración del Seminario diocesano de Guipúzcoa: «Asistimos a una de las fiestas de más trascendencia en el orden religioso.» En la historia íntima de la fundación de estos centros —como el de San Sebastián— se acusa además otra circunstancia que es preciso saber estimar. La obra está en pie con la ayuda moral y material de la Iglesia, del Estado, de los organismos provinciales y locales, de las instituciones y establecimientos de crédito y de las particulares. Es decir, todos los factores sociales se solidarizan en el cumplimiento del deber, en la realización de una obra. Que «de la nación su aprobación a estas inversiones», haber hecho posible una «conducta social» de cooperación, es haber alcanzado unos objetivos claves, no sólo en el terreno espiritual, sino también en el político, porque «los Seminarios no son solamente templos de nuestra fe, sino creadores de hombres de fe, forjadores de hombres para la Patria».

He aquí un aspecto de la cuestión del más alto interés, máxime cuando del gobierno y de la política se tiene un concepto católico. También este entendimiento lo formuló con exactitud y sencillez Su Excelencia el Jefe del Estado: «Tenemos que cuidar de nuestros valores espirituales, económicos y sociales, dentro de la unidad indivisible de nuestra Patria. Y esta es la tarea política que llevamos: fortalecer nuestro espíritu y nuestra economía y llevar la justicia y la caridad de Dios a todos los lugares.» Y para que no faltara la regla práctica, la que puede recrear el afán de perfección a que nos referíamos antes, la que convierte en empresa común la mera convivencia y vecindad, aquel su consejo de raigambre profundamente igniciana válido por igual para gobernantes y gobernados: «En los casos de duda, hacer aquello que más nos mortifique, en la seguridad de que ese es el verdadero camino.» Cuando los principios y los módulos del mando adquieren esta trascendencia, esta anchura moral, esta aguda exigencia de servicio a los intereses que le están confiados, la obediencia no es sólo un deber, sino un honor.

EL ESPAÑOL

UNA CARTA IMPROCEDENTE DE GRAHAM GREENE

COLETTE Y EL MUNDO EXCENTRICO DE LA NOVELISTA FRANCESA

EL hecho de que Colette, la escritora francesa muerta recientemente, no haya sido enterrada en sagrado, está siendo aprovechado por determinados sectores de la Prensa francesa, e incluso por ciertos grupos de intelectuales y políticos, para plantear un problema que, desde el punto de vista doctrinal y canónico, no necesita de la más mínima aclaración, aún para el católico de formación más elemental.

La jerarquía ha cumplido con su deber ajustándose a las disposiciones que sobre estos casos tiene establecida la Iglesia. Disposiciones, por otra parte, absolutamente claras y terminantes.

Las desviaciones que en los últimos días son las que nos mueven a informar y orientar debidamente a nuestros lectores sobre los hechos y criterios que acerca de ellos deben mantenerse. Empezando por la vida y la obra literaria de Gabriele Colette.

COLETTE nació el 28 de enero de 1873 en un pueblo grande de la Borgoña: en Saint-Sauveur-en-Puysaie. Su padre, el maestro del pueblo, Jules Colette, era un hombre bastante original, antiguo capitán retirado, que perdió una pierna en la batalla de Montebello y que, según su propia confesión, hacía algo de literatura «para pasar el rato» y algo de política «por necesidad moral». Bien parecido, un poco



egoísta, un poco fatuo, pero inteligente y amable, incluso seductor.

Su madre, Adèle-Eugénie-Sidonie Landoy, de origen belga, se casó en primeras nupcias con un propietario acomodado de Bruselas. Huérfana desde muy pequeña, fué educada bastante libremente por sus dos hermanos, ambos periodistas. En su primer matrimonio tuvo dos hijos, y al enviudar, joven todavía, se casó con Jules Colette, el agraciado maestro de Saint-Sauveur-en-Puysaie. Adela Colette adoraba los animales, las flores, la literatura

Dos escenas íntimas de los últimos días de la celebre novelista francesa

y la libertad. Era buena ama de casa, buena esposa y madre amante de sus hijos. Tuvo con su segundo marido dos: un varón y una niña, la futura novelista, que fué inscrita en la Alcaldía bajo el nombre de Sidonie-Gabriele Colette.

En un tal ambiente familiar, el creado por el temperamento despreocupado y liberal del padre y por el carácter blando de la madre, la pequeña Sidonie-Ga-



La mano de Colette y uno de sus amigos: su gato favorito.—Abajo: Cuatro retratos que representan la infancia y juventud de la escritora



briete tuvo una infancia sin trabas, sin apenas control. Poseía una habitación que podía arreglar a su gusto. Podía, según le apeteciera, leer cualquier libro de la biblioteca paterna. Su madre se limitaba a explicarle luego, eso sí, bienintencionadamente, los pasajes que requirieran, a su juicio, explicación. Verdadera «enfant terrible», la pequeña Colette, a la que entonces llamaban cariñosamente «Minet-Chéri» o «Bel-Gazon», corría por todo el pueblo con sus hermanas, tenía gran afición a las excursiones campestres, trepaba a los más altos árboles y jugaba sin temor con perros y gatos, por los que sintió siempre, como su madre, gran predilección.

Dos episodios, dos estampas, definen mejor que cualquier otra consideración cuánto impulso estafalario y cuánta mal entendida libertad se entremezclaron en su desordenada educación:

Primer episodio: Poco después de cumplir los seis años acompañaba a su padre en una campaña electoral, en la que éste se presentaba como candidato «científico y antimicrobiano». Recorre con él toda la región y penetra en los cafés y tabernas. Y bebe como «los mayores». Y... un día, a la vuelta de una de estas excursiones, la madre le prohíbe volver a acompañar en ellas al padre.

Segundo: Cuando vuelven sus hermanos del colegio donde estudiaban internos, el matrimonio Colette decide «no limitar jamás de tal modo la libertad de sus hijos». Y Gabriele Colette es enviada a la escuela comunal, laica, del pueblo. En ella fué una

alumna indisciplinada y estudiosa, floja en Ciencias y fuerte en Letras que encabezaba todas las rebeldías y diversiones.

Esta infancia incontrolada y libre dejará su huella profunda en la vida y en la obra literaria de Colette, que, según parece, heredó, por igual, las buenas y las malas condiciones de sus padres.

EL PRIMER TROPIEZO. WILLY, UN «BON VIVANT»

A los veinte años Colette sabe todo lo que se puede saber a esa edad. Su madre, además, le ha ahorrado las revelaciones excesivamente bruscas, descubriéndole los más delicados secretos.

La familia, después de algunas especulaciones desgraciadas de M. Colette, abandona Saint-Sauveur y se traslada a Chatillon-Coligny, al ánimo del hijo primogénito, de M. Robineau—Duclos, que ejercía como médico en aquel lugar.

En París conoce Colette a su primer marido. Es el hijo de un editor de obras científicas, Gauthier-Villars, amigo de su padre. Es más conocido en París por su seudónimo «Willy» que por su nombre: Henry Gauthier-Villars. Es novelista humorístico, crítico, musicógrafo... y, sobre todo, un «bon vivant» en la peor acepción de la palabra, un libertino excéntrico cuya vida hasta entonces encierra pocos episodios ejemplares.

«Willy» se siente seducido por la «bella salvaje», de ojos verdes, piel blanca y pelo castaño, inteligente y vivaz, tan distinta aparentemente a las mu-

eres que él suele frecuentar. A las mujeres de los boulevares y los camerinos. Colette, a su vez, ve en él la mejor encarnación de la fantasía y el amor. Se casan en 1893. Ella tiene veinte años y él se acerca a los cuarenta.

Colette siente pronto la nostalgia de su infancia libre, de los lugares que recorrió en sus primeros años. Y cuenta a su marido sus recuerdos. El, que es diestro en colaboraciones en las que les toca escribir solamente a los demás, la anima a que redacte en forma novelada sus recuerdos, sus experiencias juveniles. Colette lo hace, y muy pronto aparecen en las librerías los volúmenes de la serie «Claudine» (1901-1904), «Claudine à l'École», «Claudine à Paris», «Claudine en Menage», «Claudine s'en va», etcétera...

Estos libros los firma un solo nombre: «Willy». Y para «Willy» es el éxito artístico y el monetario. Porque Colette ha encontrado una fórmula de éxito escribiendo «sus cosas» en sus cuadernos escolares. Una fórmula muy fácil, en cierto modo, porque no vamos a negar su talento y su estilo para triunfar en la literatura: el relato desenfadado de las escabrosidades. La «exitosa»—que dicen en Sudamérica—literatura semiautobiográfica que vive y se nutre de los problemas más elementales o más refinados del sexo. «Willy» apenas ha hecho algo más que añadir alguna expresión pornográfica, tachar alguna ingenuidad inevitable de escritor novel y... poner la firma. No es la primera vez que recurre a tal artimaña. Ha publicado ya con su nombre varios libros que él no ha escrito. Pero el éxito de las «Claudine» se lo apunta por entero. Al menos, al principio. Luego, en los círculos literarios de París, se empieza a murmurar. Y comienza a perfilarse en el horizonte intelectual la figura, al principio borrosa, de Colette.

A las «Claudine» suceden, todavía bajo la firma del tal «Willy», «Mine» y «Les égarements de Mine». Parece que colaboró en los manuscritos añadiendo un «mon chérie». Colette, la esposa escritora, sigue siendo desconocida. Ha publicado bajo su firma algún artículo en el «Gil Blas» y en «La Fronde», y un pequeño ensayo «Dialogue des bêtes», que han pasado inadvertidos. El hombre de moda es «Willy». «Willy» es a los ojos del París frívolo y falso, el «buen muchacho», «el espiritual «Willy»». Que, por otra parte, descubierta la mina de su mujer, no duda en explotarla al máximo, en empujarla incluso a las tablas de la «Comédie-Royale», porque las aventuras de «Claudine» han conquistado la escena.

Pero «Willy» no cuenta con el temperamento de Colette, y su cálculo falla. Colette se planta. Surge el divorcio. Colette va a adquirir nuevo material de observación directa para sus novelas en los escenarios de los teatros y los «cabarets».

Colette se divorcia del «bon vivant» «Willy» en 1906. Pronto conoce cuán dura es la vida en Pa-

rís para una desconocida y se dedica al teatro. Bueno; es un decir, porque Colette, que no puede pensar todavía en vivir de sus novelas, no se dedica realmente al teatro; se dedica a bailar y representar pequeñas y picantes pantomimas en los «cabarets». Durante seis años queda por los tablados del «Ba-Ta-Clan», de «La Gaité-Rocher».

En esta época, cuando vive la existencia nómada de una bailarina, cuando puede empezar a permitirse «el lujo de escribir», lanza la «Retraite sentimentale», continuación y fin de la serie «Claudine», firmada, al fin, por ella y Willy, «La vagabonde» y «L'envers du Music-Hall». En ambas, siempre la tendencia autobiográfica, recoge sus experiencias personales como «vedette».

Colette empieza a saborear las mieles del éxito. Colette es ya, a los ojos del mundo, una escritora con nombre propio. Publica «Les Vrilles de la Vigne» y «L'ingénue libertine».

Poco antes de la guerra del 14 Colette abandona los «music-halls», deja el mundillo sucio de los camerinos pobres y los espejos orlados de bombillas, donde ante su propia imagen exclama un día: «¡Desde luego, es cierto que parezco un zorro! Pero un zorro bonito.» En 1912 ha contraído, despreciando las leyes de la Iglesia, un nuevo matrimonio, con otro M. Henry; esta vez con M. Henry de Jouvenel.

MAS LIBROS, OTRO DIVORCIO Y OTRA UNION

En los años de la primera guerra europea, y en los siguientes a ella, del 14 al 24, alcanza su consagración definitiva como escritora. La alta crítica literaria que había despreciado la serie de «Claudine», empieza a ocuparse de Colette. Colette, además, no interrumpe su actividad después de su unión con Henry de Jouvenel. Al contrario, lo acrecienta. Invade el periodismo y sigue los debates de la Cámara de los Diputados durante el conflicto bélico desde la tribuna de la Prensa. Hace también crítica teatral. Y publica más libros: «Paix chez les bêtes» (1916), «Les Keures longues» y «Les enfants dans les ruines» (1917), «Chéris» (1920), «Blé en herbe» (1923), «Mitsou», «La femme Cachée», etc....

Su permanente instinto de libertad, su independencia y falta de prejuicios, siguen empujando su vida por los vericuetos que elige el último capricho. Vuelve a actuar en el teatro en 1925, cuando ha rebasado ya los cincuenta años, haciendo el papel de «Les» en una obra inspirada en «Chéris» y escrita en colaboración con Leopold Marchand. Ahora no busca el dinero en el escenario. Persigue sólo su propia satisfacción personal.

Colette, que ha tenido una hija de Henry de Jouvenel, es ya la gran Colette, la «reina de las letras francesas». Recibe el homenaje de los escritores, de las Academias, del pueblo. Un tal M. Ducharme, de Lyon, al que «jamás ha visto», al pasar por Saint-Sauveur, ve que la casa donde nació Colette está en venta. La compra, instala en la fachada una placa conmemorativa y regala el inmueble a la escritora. En 1935, después de aparecidos

«Sido» —donde Colette recuerda sus días infantiles y evoca la figura de su madre— y «Les Plaisirs» y «Duo». Colette ingresa en la Academia Real Belga, se divorcia de M. Jouvenel y se une a M. Maurice Goudekot.

GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA

No le viene mal a Gabriele Colette este dicho castellano. De la cuna a la tumba «vive su vida», hace en cada momento, con absoluta despreocupación de todo lo que suponga un freno ético o social, lo que le viene en gana. Cuando celebra su segundo matrimonio civil, su unión con M. Goudekot, cuenta más de sesenta años. Francia, y París, con esa su manga ancha por la que caben todas las excentricidades de los artistas y de los que no lo son, idolatran a Colette. Y Colette, aunque declare toda su vida, quizá con afectación, con «apose», que no le gusta escribir, que le cuesta trabajo exteriorizar sus ideas, sigue lanzando su literatura a los escaparates de las librerías. Sigue semidisfrazando en forma novelada su autobiografía. En 1936 publica «Mes apprentissages», y sus páginas hacen revivir toda la fauna literaria del 1900 y toda la historia de su matrimonio primero, de sus primeros libros y de Willy, su primer amor. Durante la segunda guerra mundial escribe «Mes cahiers», «Chambre d'hôtel» y un volumen de cuentos. Después de la liberación de Francia, llega el momento de su apoteosis: el 2 de mayo de 1945, por unanimidad de votos, es elegida para la Academia Goncourt. Y poco después, alcanza su presidencia.

En los últimos años continúa produciendo: «Gigi» (1945), «L'etotie Vesper» (1947), «En pays connu» (1950). Y en 1953 la placa de gran oficial de la Legión de Honor corona su carrera.

El martes 3 de agosto de 1954, a los ochenta y un años, en su piso de la calle de Beaujolais, expira, sin sufrimientos, se duerme para siempre, Sidonie-Gabrielle Colette. Muere rodeada de su hija, de la que tuvo con Henry de Jouvenel, y de su último marido, de Maurice Goudekot.

Colette muere como ha vivido. Sin ninguna angustia metafísica, sin ninguna preocupación por el «más allá», sin plantearse pregunta alguna sobre la supervivencia de su alma o sobre la eternidad. Es el propio Maurice Goudekot, su último hombre, el hombre de sus últimos momentos, quien lo relata:

—Colette no solicitó jamás los últimos sacramentos... Desde hacía días iba debilitándose y todo hacía preveer lo peor... Pero nunca, entiéndase bien, nunca he sorprendido en su mirada nada parecido a una pregunta última, a una angustia metafísica.

Si Colette, según el testimonio de M. Goudekot, murió de espaldas a la religión, murió, en realidad, como había vivido. Y como fué su vida, fué, también, su literatura.

No es este lugar, ni entra por otra parte en nuestro propósito, para hacer una crítica literaria de su obra. Pero sí conviene advertir que los indudables valores de su estilo, reconocidos por todos, no encontraron la compañía de la solidez y la profundidad de

los temas y las ideas. Colette escribió muy bien sobre las frivolidades, sobre los simples placeres físicos, sobre los temas que encuentran la razón del éxito en la descripción de las pasiones carnales. Pero se situaba siempre como creadora, y situaba su mundo y sus personajes fuera de toda preocupación moral.

Ante el túmulo funerario de Colette, instalado en el patio del Palais-Royal, ha desfilaro París. Francia ha vivido en los primeros días de agosto unas jornadas de luto nacional. La figura humana y el valor literario de Colette se han sublimado. La exageración histórica, el abultado sentimentalismo ocasional que se produce y se contagia en tales situaciones, se desborda en los términos de las apologías necrológicas. Jean Costeau afirma que: «La muerte de Colette es, para mí, un duelo familiar... es como si hubiera perdido a mi madre». Y André Maurois: «Era la primera mujer que verdaderamente ha escrito como mujer». Y en este tono se pronuncian muchos literatos y hombres públicos de Francia. Y no sólo de Francia. Porque el supersensible novelista inglés Graham Greene, arrastrado quizá por la emoción del momento, y no encontrando en su singular y endeble formación católica un contrapeso de serenidad, una guía mental de buen juicio, dirige al cadáver Feltrin, arzobispo de París, una carta abierta, publicada en «Le Figaro Littéraire», reprochándole que los funerales y exequias de Colette no se hayan celebrado con el ceremonial católico. Con esta carta, en la que recoge el sentir de muchos otros pareceres desviados de la verdadera doctrina, Greene se ha convertido en portavoz de una polémica mal enfocada.

Literalmente, su carta dice:

«Eminencia:

Aquellos que aman a Colette y a sus obras se han unido hoy para honrarla en una ceremonia que ha debido parecer a los católicos extrañamente truncada. Nos hemos acostumbrado a rezar por nuestros muertos. En nuestra fe, a los muertos no se les abandona jamás. Este es el derecho de toda persona bautizada católicamente: estar acompañada por un sacerdote hasta la tumba. Nosotros no podemos perder este derecho—como se pierde la ciudadanía de una patria temporal—por un crimen o delito, por cuanto ningún ser humano es capaz de juzgar a otro ni de determinar dónde empiezan sus faltas y acaban sus méritos.

Pero hoy, por decisión vuestra, ningún sacerdote ha ofrecido plegarias públicas en las exequias de Colette. Vuestras razones son conocidas de todos, pero ¿hubieran sido invocadas si Colette hubiera sido menos ilustre? Olvidad a la gran escritora y acordaos de una anciana de ochenta años que, en tiempos en los que vuestra eminencia no había sido ni siquiera ordenado, hizo un matrimonio desgraciado, no por su culpa (a menos de que la inocencia sea una culpa) y a continuación rompió con la ley de la Iglesia por un segundo y un tercer matrimonio civil. ¿Tan imperdonables son dos matrimonios civiles? La vida de nuestros santos nos ofrece peores ejemplos. Cier-

tamente que ellos se arrepintieron. Pero arrepentirse quiere decir rectificar una vida y nadie puede decir lo que pasa en los espíritus conducidos a la lucidez cuando se enfrentan con el hecho inminente de la muerte. Habéis condenado sobre indicios insuficientes, porque vos no estabais con ella ni tampoco ninguno de vuestros subordinados.

Vuestra eminencia ha dado, con su decisión, la impresión de que la Iglesia persigue la culpa más allá del lecho de muerte. ¿De qué ocasión ha tomado vuestra eminencia este ejemplo? ¿Es acaso para advertir a vuestros fieles del peligro de considerar ligeramente la ley del matrimonio? Hubiera sido ciertamente preferible advertirlos del peligro de condenar a los otros demasiado fácilmente y preservarles de la falta de caridad. Las autoridades religiosas recuerdan frecuentemente a los escritores su responsabilidad respecto a las almas sencillas y los riesgos de escándalo. Pero existe otro peligro y es el de escandalizar a los espíritus cultivados. ¿No ha considerado vuestra eminencia que podría haberse producido un escándalo de esta naturaleza por su decisión? A los no católicos podrá parecer que la Iglesia adolece de caridad. Parecerá que la Iglesia puede rehusar sus oraciones en el momento de la máxima necesidad. ¿Qué distintamente fué tratado Gide por la iglesia protestante! (Vuestra eminencia perdonará el calor de estas expresiones, dándose cuenta que un escritor cuyos libros amamos se convierte en un ser querido para nosotros. No se trata aquí de un caso abstracto sacado de un manual de Teología moral para uso de Seminarios.)

Seguramente, reflexionando, los católicos podrán estimar que la voz de un arzobispo no es necesariamente la voz de la Iglesia; pero muchos católicos, no solamente en Francia, sino en Inglaterra y en América, donde las obras de Colette eran leídas y amadas, se dolerán como de una herida del hecho de que vuestra eminencia, por una tan estricta interpretación de la regla, parezca denegar la esperanza de esa intervención final de la gracia, de la que seguramente vuestra eminencia y todos dependeremos en nuestra última hora.

Con mi humilde respeto por la sagrada púrpura,

Graham Greene

París, 7 agosto 1954.»

LA REPLICIA CONTUNDENTE DEL CARDENAL FELTIN

A la carta de Graham Greene, en la que no se guarda todo el respeto debido a la jerarquía del arzobispo de París, en la que se manipulan ideas confusas y no ajustadas a las enseñanzas católicas, y se induce a otros espíritus al error e incluso a un posible enfrentamiento con la superior decisión de la Iglesia, el cardenal Feltin ha respondido desde el púlpito. Y desde las mismas columnas de «Le Figaro Littéraire», con una carta contundente:

«París, 15 agosto 1954:

Señor Graham Greene,

Señor:

En el último número de «Le Figaro Littéraire» me habéis di-

rigido una carta abierta: «A propósito de las exequias de Colette». No tengo la intención de abrir una polémica, pero tengo el deber de responderos al menos con algunas breves notas.

Olvidáis que la Iglesia Católica y Romana es una sociedad que, como tal, tiene sus leyes, y parecéis ignorar en particular aquello que concierne a las leyes religiosas. Antes de discutir es preciso saber que.

1.º Un bautizado puede tener derecho a sus funerales religiosos a condición de que por su actitud no haya renunciado a esta sociedad, donde ha sido recibido como miembro por su bautismo. Cuando él la ha abandonado libre y voluntariamente, la Iglesia no puede imponerle sus ritos; la lealtad se opone.

2.º ¡Que otros, en circunstancias análogas, alguna vez, hayan sido enterrados religiosamente, es verdadero! Pero o bien hablan dado antes de su muerte señales de arrepentimiento, o bien la Iglesia, ella misma, había podido estar engañada sobre su situación real. Este no es el caso.

3.º Si alguno se ha escandalizado por esta decisión, no son los «espíritus cultivados». Estos lo habrían sido por las exequias religiosas. Os ofrezco como prueba los múltiples testimonios que he recibido a la salida de vuestro artículo.

4.º La negativa de las oraciones públicas no prohíbe de ningún modo las oraciones privadas por un difunto. La caridad que invocáis os invita a acordaros de ellos con el fin de que una gracia de perdón les sea dada por el Dios misericordioso, que, solamente vos lo reconocéis, puede «decidir dónde comienza la falta y dónde se acaban los méritos».

Con estas breves líneas le envío, a mi vez, señor, la expresión de mis sentimientos más distinguidos.

Firmado: Maurice, cardenal Feltin, arzobispo de París.»

DOCTRINA, LEY Y CARIDAD

Graham Greene ha perdido una magnífica oportunidad de guardar silencio, aun antes de hacerse pública la respuesta del cardenal Feltin, el propio texto de la carta del novelista inglés había hecha reaccionar a los medios católicos realmente solventes. La réplica del cardenal ha disipado toda duda.

Las oraciones privadas de los católicos no abandonan jamás a los muertos, ni aun tratándose de aquellos que mueren sin dar señales de arrepentimiento. Pero de las oraciones privadas a la «plegaria pública» de la Iglesia hay una gran distancia, una distancia que no puede salvarse cuando aquel que fué bautizado rompe, por ejemplo, con la obligación contraída en su primer matrimonio, verificado conforme a lo que dispone y manda el Derecho Canónico, y contrae luego dos «matrimonios civiles» y vive y muere públicamente en flagrante amancebamiento. Y éste y no otro es el caso de Colette, un caso que, ni siquiera con atenuantes, puede ser comparado con el de aquellos que antes de entregarse al servicio de Dios fueron grandes y públicos pecadores. Colette pide perdón y se separa de



Colette, en 1898, con canotier y un vestido rojo de la moda inglesa

la persona con la que vive maritalmente o, dado que su único marido legítimo ya no existe, contrae matrimonio de acuerdo con las disposiciones de la Iglesia, a las que está obligada por el bautismo, y ninguna dificultad, antes muy al contrario, hubiese surgido para que su cuerpo recibiera sepultura como la reciben todos los católicos que no mueren fuera del seno de la Iglesia. No es ésta una cuestión de sentimientos, sino una cuestión de norma y doctrina.

La Iglesia surge en lo más vivo de sus entrañas dolor por los que así viven y públicamente así mueren, mas no por eso juzga del último destino de estas almas, cuyo juicio definitivo pertenece a Dios, que es quien conoce el profundo secreto de su conciencia en el último momento, y por esto los católicos pueden y hasta deben rogar por ellas, quedando así armónicamente salvadas la doctrina, la ley y la caridad. Graham Greene dio un mal paso con su carta, que, por añadidura, no es un ejemplo de serenidad, pese a la aparente suavidad de tono que quiere dar a sus palabras. Laten en ellas muy serias, aunque veladas, acusaciones al eminentísimo cardenal arzobispo de París, quien, con una ejemplaridad extraordinaria, ha sabido saltar con la más exquisita elegancia espiritual sobre ellas y sobre la temeridad de Graham Greene.

Graham Greene es un gran escritor, un escritor converso al catolicismo, del que esperamos grandes obras. Pero Graham Greene debió pensar, antes de enviar su carta a la Prensa parisense, que su excelencia el cardenal Feltin es, entre otras cosas, un príncipe de la Iglesia, al que le está confiada la administración de los intereses espirituales de ésta en su diócesis. Que su excelencia el cardenal Feltin conoce sus deberes, está constituido en autoridad y gobierna dentro de las enseñanzas y de las normas de la Iglesia, a las que todos debemos fidelidad y obediencia no sólo en lo exterior, sino en nuestro interior.

LA XXXIV VUELTA CICLISTA

A CATALUÑA

UN REPASO A LA HISTORIA
DE LA FAMOSA COMPETICION

EL ESFUERZO
DEL PEDAL EN EL
PAISAJE
DE LOS PIRINEOS



CUANDO una competición deportiva o lo que sea puede ya exhibir un considerable lujo de cifras romanas antepuesto a su nombre, tal fenómeno no es fruto del azar. Las iniciativas se suceden e incluso se atropellan en todas las esferas, y en el momento del arranque es fácil vaticinarles larga vida; lo excepcional consiste en que el vaticinio se cumpla. Cuando tal cosa ocurre es que se han dado cita diversos factores conducentes al éxito: la bondad inicial del proyecto en sí mismo; es esfuerzo y abnegación de quienes lo llevan a la práctica en sus primeras ediciones, que son siempre las más difíciles; la instantánea vibración popular, el calor y la atención de los espectadores.

La Vuelta Ciclista a Cataluña estuvo, desde el primer momento, señalada con todo ese lujo de circunstancias favorables. Con los años—y no por cierto sin atravesar etapas fluctuantes—las características de esa gran ronda ciclista han variado. Se ha podido superar, o, cuando menos, equilibrar la problemática inicial en lo tocante al aspecto económico, las condiciones materiales que se garantizan a los corredores hoy en día son comparadas con las que se ofrecían a los pioneros de la prueba, algo realmente de ensueño; han variado las

fórmulas de la competición, se ha modificado ininidad de veces con afán de mejorar el itinerario; pero ya desde el año 1911, desde aquel primer duelo Masdeu-Magdalena, que todos los aficionados al ciclismo conocen en sus menores detalles, la Vuelta a Cataluña contó con la simpatía general y se aseguró el apoyo de esa masa de aficionados ocasionales en la que figura el país entero, que hace posible, con el esfuerzo sostenido de la infatigable Unión Deportiva de Sans, el mantenimiento de la prueba y su ininterrumpida superación en todos los aspectos.

Falta muy poco para que de nuevo serpentea a lo largo y a lo ancho de la geografía catalana la gran ronda ciclista en su XXXIV edición. La participación de destacados equipos extranjeros y la muy probable de la totalidad de ases nacionales—con la única lamentable excepción de Jesús Loroño, por lo visto, no repuesto todavía de su última importante lesión—conceden a la edición de este año un extraordinario interés en el aspecto estrictamente deportivo. Y en el aspecto humano y de curiosidad general también esta vez está garantizado el fervor y entusiasmo de las multitudes, que miran ya la prueba como a cosa propia y

DESDE LOS HEROISMOS
DE MAGDALENA HASTA
LA DISCUSION DE LA
«FIJOS» DE SALI

se rinden ante su innegable espectacularidad.

En 1911 fué creada la carrera. En aquella su edición inicial la prueba constó de tres etapas (Barcelona-Tarragona-Lérida y regreso a Barcelona) y una participación considerablemente nutrida, pues fueron cuarenta y cuatro los intrépidos—casi podría escribirse temerarios—participantes, que, aparte de enfrentarse con unas carreteras en estado deplorable tuvieron la poca fortuna de encontrarse con tres días de temporales ininterrumpidos que convirtieron su aventura en una indescriptible odisea de penalidades. Masdeu y Magdalena se enzarzaron desde el primer momento en un duelo furioso y pró-



El Premio de la Montaña se disputa en escenarios bellisimos



Un friso de bellas espectadoras en las afueras de Gerona

digo en anecdotario que hoy forma parte ya de la leyenda dorada de nuestro ciclismo, siendo finalmente la victoria para Masdeu, que supo aprovechar un momento de desmayo de su más directo contrincante.

El año siguiente—1912—el batallador Magdalena tuvo su recompensa, proclamándose vencedor con casi una hora de ventaja sobre su inmediato seguidor, Juan Martí, y una hora de ventaja, en una prueba que seguía contando con sólo tres etapas (Manresa habiendo sustituido a Tarragona en el itinerario) habla bien claro sobre la enorme superioridad de Magdalena. Esta edición superó todavía a la primera en cuanto a penalidades atmosféricas y climatológicas: con recordar que el Jurado clasificó a corredores que habían marchado a un promedio de 12 kilómetros...

En 1913 la organización no estuvo evidentemente a la altura, y tras la victoria de Juan Martí, al amparo—aparte de su fabuloso coraje—de un accidente y lesión de Magdalena en Valls, se presintió ya la posibilidad de una interrupción; en aquellas condiciones no era posible persistir, debíase pensar en una reorganización a fondo, en un replanteamiento de la prueba que la librase de ser un calvario humanamente insportable.

El paréntesis fué largo. Hasta 1920 no renace la Vuelta. La Unión Velocipédica Española se hace cargo de la herencia del

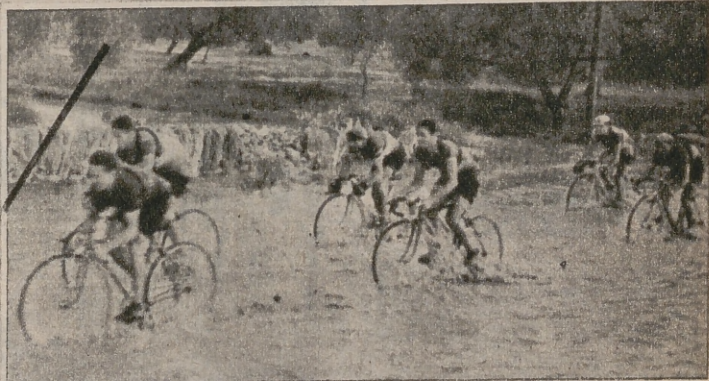
desaparecido Club Deportivo y organiza la competición ofreciéndola en homenaje al veterano Manuel Ricol. Por primera vez acuden ciclistas extranjeros a medirse con los nuestros. Y se trata de auténticos ases, Felletier y Nat, con un espíritu de colaboración que contrasta y pone en evidencia el individualismo inoperante de sus adversarios. Magdalena, en malas condiciones físicas, participa por última vez en la gran ronda y se ve forzado al abandono.

Nueva pausa: ahora hasta 1923. Cuatro etapas: Barcelona-Reus-Manresa - Figueras - Barcelona. Otra vez la victoria es para un francés, Maurice Ville, que bien

secundado por sus compatriotas, Felletier, Nat y Dorfeuille, consigue una victoria cómoda con una única sombra: un solitario, combativo hasta la locura, que no ha dejado ni por un momento de plantear batalla. Se llama Miquel Mució. Su nombre iba a ser de los más destacados en el dilatado historial de la ronda. En 1924 y 1925, Miquel Mució—sin competencia de ases forasteros—conquistó la victoria. A su zaga Otero, Janer y Juan Juan. Y por primera vez la gran ronda ciclista termina en su hoy escenario habitual de Montjuich, entre un entusiasmo popular indescriptible, en el cual marchaban aliados la conciencia del afianzamiento de la célebre prueba deportiva y el deseo de rendir homenaje al intrépido Janer, que había concurrido en solitario y a merced de una nada opulenta suscripción particular, en la Vuelta a Francia del año anterior. Esos factores emotivos y sentimentales son a menudo decisivos: el caso Bahamontes podría visar dentro de unos días aquel espectáculo, en el mismo marco que registró el primero.

1926. La Vuelta tiene ya seis etapas. Barcelona, Amposta, Reus, Igualada, Vich y San Feliu de Guixols son finales de etapa. La dureza de trazado aumenta a ojos vistas, el recorrido es ya superior a los mil kilómetros, la participación extranjera es de innegable categoría: Martinetto, Tequi, Robotti, Fontán, Pipoz, Mució. Y un nombre nuevo: Mariano Cafiardo, un muchacho de diecinueve años que milita en segunda categoría. Victor Fontán, el gran as francés, aventajó solamente en diez minutos a Cafiardo, que se clasificó tercero de la general, detrás de Mució.

El año siguiente—1927—, Victor Fontán vence de nuevo, y su ventaja sobre el segundo clasificado se ha reducido a tres minutos: Mariano Cafiardo está ya disponiéndose a dar el salto y a conquistar a pulso su indiscutible título de primera figura en la historia de la Vuelta Ciclista a Cataluña. Once etapas, con 1.333 kilómetros han visto desarrollarse el duelo Fontán-Cafiardo, que ha sido de una emoción vivísima. La llegada a Montjuich es de apoteosis y con el vencedor y el ídolo (porque el público ya





El «porrón» de Abrera, una estampa clásica de la Vuelta a Cataluña

tiene en Cañardo a su idolo indiscutible) Cuvelier, Pancera, Matéu, Borrás, y el campeón francés Le Drogo, uno de los grandes animadores de la ronda, reciben las mejores ovaciones.

Tres años consecutivos —1928-29-30— ven a Mariano Cañardo pisar vencedor la meta. Rivales destacados suyos en esas ediciones lo fueron Mució, Borrás, Aerts, Bresciani, Vicente Trueba, Ricardo Montero, Cardona, Venot, Botafochi, Pancera, Morel, Matéu, etc. El número de participantes sobrepasa ya el centenar —132 corredores en 1929— y la trascendencia de la prueba alcanza tal vez su más alto nivel y el más vivo pulso de pasión colectiva. Las incidencias de la Vuelta son tema de interés general: deportistas o no deportistas se entregan igualmente.

En 1931, Salvador Cardona consigue triunfar desplazando a Cañardo a una segunda posición, seguido de los italianos Simoni y Cavallini. Pero en 1932 Cañardo vuelve al liderato, delante de un impresionante ramillete de

ases nacionales y extranjeros. No es menester sino citar los nombres: Piemontesi, Figueras, Cavallini, Maurel, Grandi, R. Montero, Cardona, Buisant, Montero, Bachero y, sobre todos, el belga Digneff, verdadero protagonista de esa edición.

Victoria de Bovet en 1933. Ezquerria, Trueba y Bachero, únicos españoles entre los diez primeros clasificados. Demuyseré y Cañardo se retiran por averías en la etapa Tortosa-Reus.

Otro italiano, Rogora, vence en 1934, y en los dos años siguientes Cañardo añade dos nuevos títulos a su historial, muy meritorios, en especial el segundo, obtenido tras reñidísima disputa con Bonduel.

Y ya, para no extendernos demasiado, limitemos a enumerar el nombre del vencedor en las últimas ediciones a partir de 1939.

- 1939.—||| Todavía Cañardo!!
- 1940.—Didider.
- 1941.—Antonio A. Sancho.
- 1942.—Federico Ezquerria.

- 1943.—Julían Berrendero.
- 1944.—Miguel Casas.
- 1945.—Bernardo Ruiz.
- 1946.—Julían Berrendero.
- 1947.—Emilio Rodríguez.
- 1948.—Emilio Rodríguez.
- 1949.—Emile Rol.
- 1950.—Antonio Gelabert.
- 1951.—Volpi.
- 1952.—Miguel Poblet.
- 1953.—José Botella.

El vaticinio sobre quién pueda vencer en la ronda que se va a iniciar resulta imposible. Al siempre importante capítulo de los imponderables, tan numeroso en la práctica del ciclismo en carretera, se añade aquí la incógnita de muchos nombres y la categoría de otros asimismo numerosos, junto con el valor, siempre un tanto impreciso, de los equipos extranjeros, que a corredores de un palmarés brillante y conocido alían a jóvenes «routiers» que vienen precisamente a las carreteras catalanas con la pretensión de aquí conquistarlo. Sin embargo, y no se vea en ello ánimo alguno de pronóstico, es innegable que la XXXIV Vuelta Ciclista a Cataluña tiene ya en estos momentos un protagonista en el fervor y la simpatía populares: Bahamontes. Su hazaña en el último «Tour» le convierte en favorito automáticamente para las multitudes interesadas en el desarrollo de la carrera, aunque tal vez poco conocedoras de que cada competición tiene características distintas y de que tal vez no sean las de la Vuelta a Cataluña las más propicias para el toledano.

Una sola nube, en el tranquilo y brillante horizonte de la gran carrera: el dichoso problema de los llamados «hijos de salida». Algunos de los ases nacionales condicionan su participación a que se les garantice, ya por el mero hecho de tomar la salida, una cantidad determinada (según se rumorea, nada modesta por cierto), y los organizadores no parecen estar dispuestos a acceder. A acceder esta vez, bien entendido, pues la cosa tiene, por desgracia, precedentes. Faltando pocos días para el inicio de la prueba, la incertidumbre sobre la participación de media docena de nombres famosos sigue en pie, y ese podría ser, de no encontrarse una solución, un serio contratiempo para los organizadores. El problema no tiene nada de simple, y se ha de ser persona muy enterada en tales cuestiones para lograr tener una opinión objetiva sobre el mismo. Para el profano —entre los que me cuento— es evidente que representa una desilusión el ver que no acuden a la c'ita algunas primeras figuras. Y lo es asimismo el pensar que, más que de cuestiones de ética deportiva, aquí se trata al parecer de un estricto problema económico. Porque pretender a esas alturas, que según que actitudes profesionales, demasiado «profesionales», no pueden ser admitidas, resulta un poquitín pueril. La caravana publicitaria que acompaña a los corredores, no deja lugar a dudas.



Los ciclistas, en perfecta fila india, ruedan por la carretera cerca ya del fin de una etapa

FARRERAS

XAVIER CUGAT

EL CATALAN QUE LLEVA
50 AÑOS EN AMERICA

UN TRANSFORMISTA DE
LA MUSICA MODERNA

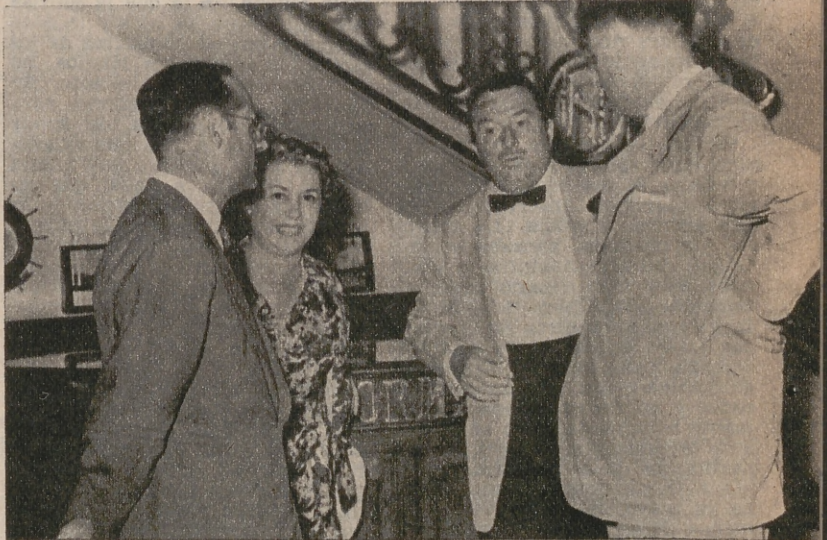


Xavier Cugat y su esposa, la cantante Abe Lane, son recibidos en la estación de Barcelona por Pedro Balaña



LA actualidad barcelonesa de estos días —una prolongada actualidad— la centra un catalán triunfante en el mundo entero. Un catalán que casi no lo es, después de cincuenta años en América, pero que no ha perdido los raíces que constituyen el idioma y la alegría de volver a ver la tierra en que nació y el sol que iluminó sus primeras sonrisas, menos cinematográficas y características que las de ahora. Es Xavier Cugat, el músico que hizo de la rumba un baile mundial, aprovechando la plataforma de lanzamiento insuperable que es Norteamérica. El hombre ya famoso en la gran nación americana, que el cinema popularizó por todas las latitudes, con sus ojillos diminutos y su boca enorme. Rostro apto para estereotipar la mueca de la sonrisa permanente, tan necesaria a cuantos viven del favor del público.

Y este hombre que hoy es conocido desde Alaska a la Tierra del Fuego, desde el Japón a Turquía, nació en la ciudad de Girona —confiesa él— el primer día del siglo. De sus primeros tres años en España, el recuerdo es imposible. Y a los tres años se marchó a Cuba con su familia, que fué a establecerse allí. Excepto una breve estancia por el año 1925, puede decirse que la ausencia de Cugat va de 1903 a 1954, desde la primera infancia a la segunda madurez. Medio siglo separa el adiós del regreso, y



Arriba: Xavier Cugat, Abe Lane —su mujer— y un perrito «chihuahua».—Abajo: Nuestro colaborador Escofet conversa con el famoso músico catalán

aunque el Cugat que ha llegado ahora es un americano cien por cien, su fidelidad a los más elementales —y fundamentales— valores de la tierra de sus mayores y suya, nos permite y nos obliga a considerarle español y a complacernos en su popularidad. Lamentamos que no haya inventado la penicilina o un tratamiento

para curar el cáncer, pero aunque sea a través de una orquesta de ritmos frívolos como ha conseguido la fama mundial, consideramos necesario tomárnoslo en serio. La fama no es tan pródiga como para despreciar a un compatriota —que nunca ha negado su estirpe— que la ha obtenido.

De Xavier Cugat se sabía que era de la provincia de Gerona. Existían versiones de su vida para todos los gustos. Había más gente que decía haberle conocido que espectadores potenciales existían en Barcelona. Todos tenían, quién más quién menos, un conocido que se decía amigo de Cugat y que nos contaba su vida anterior a la fama con todo lujo de detalles. La verdad es que la mayoría de estos biógrafos aficionados han desaparecido al llegar el músico. Unos sostienen que Cugat marchó a América de niño, otros, que ya era un hombre hecho y derecho. Unos, que pasó bastantes años, en una época floreciente entre 1925 y 1930, en Cataluña. Otros, que fueron solamente unos meses. La localización más precisa se establecía en La Bisbal, y yo, personalmente, he recogido de hijos de aquella población —que atraviesa un sensacional ferrocarril de vía estrecha— opiniones tan contradictorias, que he abandonado la búsqueda de datos concretos y acepto la versión autobiográfica de Cugat: El padre, hijo de Mora de Ebro, la madre, hija de La Bisbal, Xavier, nacido en la «Plaça de l'Olla», de Gerona; marcha a Cuba a los tres años y a los Estados Unidos en 1922 —me acaba de decir: hace treinta y dos años que resido en Norteamérica—.

Las brumas de su vida permitían todas las dudas sobre su personalidad. La generación de los felices veintes sabía de Xavier Cugat, porque en Cataluña siempre ha existido el prurito de elogiar a los catalanes que triunfaban y entonces estaba el músico en los albores de su fama americana. Después vino un espacio en blanco y cuando ya estaba casi olvidado, la película «Escuela de sirenas» nos trajo nuevamente el recuerdo de aquel que incluso mantenía el Xavier de su nombre, versión catalana del moderno Javier.

Cuando se anunció su llegada, todo eran comentarios —siempre alrededor de las biografías a elegir— sobre qué conservaría de su ascendencia española. La mayoría, no obstante, pensaba en un Cugat que sólo hablaría inglés o cubano—y digo cubano conscientemente—. Que para dar gusto a la galería aprendería unas cuantas frases en catalán y allí terminaría todo. Pero no, Cugat llegó hablando en catalán por los codos y en un castellano, ciertamente cubanizado, pero en el que aun le traiciona el acento. Los partidarios de la biografía que sitúa a Cugat abandonando España ya mayorcito, se frotaban las manos de gusto. Un hombre que hacía cincuenta años que estaba fuera del país no podía hablar como lo hacía. Cugat explicaba que en su casa, con sus padres y sus hermanos, siempre había hablado catalán y esto era suficiente. Yo le doy la razón. A mí me han contado que el Presidente de Costa Rica, Figueres, hijo de catalanes también, despició una vez a un grupo de misioneros capuchinos hablando en catalán, un catalán aprendido en el hogar, que se clava más hondo, que dura más porque está hecho de nostalgias.



El día de la llegada de Cugat a Barcelona, la Fuerza Pública tuvo que protegerle de sus admiradores.

LOS DOS CUGAT

Desvelado el misterio de su origen, si se acepta la propia versión de su vida, demostrando al hablar su entronque continuado con esta tierra y en la alegría del regreso lo que queda de apego dentro, faltaba descubrir a Xavier Cugat. El que conocíamos de oídas, a través de los españoles que le habían visto actuando en América, era demasiado inmaterial. El que intuimos a través de sus discos y de la radio era excesivamente musical. El que vimos a través de las películas en que tomó parte, era demasiado artificioso y falso. Cugat, a quien no podemos discutir como gran y sabio explotador de la música, era un mediocre —más que mediocre— actor. Exhibía su cara de ídolo fenicio, en la que la sonrisa que se le come los ojos y le hace acariciar con las comisuras de los labios las orejas sin lóbulos, no le abandonaba un instante. Su aparición era un pretexto para acompañar su música, de donde le venía la fama. Era una exigencia del gran público, que quería ver en persona a aquel que les hacía vibrar con la versión —iba a decir capitalista— de la música afro-cubana, y que Cugat aprovechaba para ganar nueva popularidad y abrirse nuevos horizontes. Y aquí está el segundo Cugat, descubierto ahora.

El primero, el del escenario y la pantalla, es un Cugat risueño, trepidante, alegre, capaz de galvanizar a su orquesta con los ritmos trepidantes. El segundo es un Cugat serio, casi triste, si no fuera por un sonrisa socarrona que le aflora a menudo en el rostro, ordenado, enérgico, incansable en el trabajo, lleno de sentido práctico, hombre de negocios, en fin. Este es el que queda entre bastidores. El desdoblamiento de su personalidad se produce como una descarga. El Cugat pensativo y preocupado por los resultados de la empresa —su espectáculo es como un acorazado, que consume mucho dinero— se transforma en el preciso momento de salir a escena y uno piensa en que aquél es un músico más, un artista más, bohemio, generoso, dispendioso como la cigarra que pasa el verano cantando, cuando en realidad es una hor-

miga rotunda, con toda la admiración y el escalofrío que produce siempre la hormiga.

CUGAT ES UN AMERICANO INTEGRAL

El tópico parece señalarle como catalán, a juzgar por estas manifestaciones, cuando en realidad es ésta una manifestación de americanismo. Lo justificaremos. Hice una vez el viaje de Granada a Madrid con un médico neoyorquino, graduado en Harvard, hombre de mundo en el sentido estricto de que había recorrido grandes extensiones de nuestro viejo planeta. No pretendo poner en duda ni sus conocimientos ni su inquietud científica, pero con aquel hombre no hablé más que de economía. Los dólares—los «dalars», que dicen ellos—eran el «ritornello» de nuestra conversación. En otra ocasión—el feo vicio del periodista de trabar conversación con todos los desconocidos—hablé con un catalán que acababa de



Un momento de la actuación de Xavier Cugat en Barcelona



Un aspecto de la plaza Monumental, de Barcelona, en el debut de Cugat. La gente, en pie, le aclama.

regresar de Norteamérica, donde había pasado cincuenta y cinco años de su vida. Estábamos en un compartimento de segunda de un tren correo cansado de andar, y los asientos no estaban lo pulcros que convenía. Mi compañero de viaje, que acababa de subir, lo primero que hizo fué sacar de una minúscula cartera de mano una especie de escoba de palma con la que barrío vigorosamente el vetusto tapizado azul, mientras decía: «Tendré que presentar una reclamación a la Compañía por lavado y planchado del traje.» Y también acabamos, fatalmente, hablando de economía y «dalars», la sublime obsesión.

Estos dos ejemplos sitúan a Cugat. También tiene la preocupación de los «dalars», porque allí, al parecer, o hay dólares o no hay nada. En Cataluña ya somos aficionados a hacer dinero y a trabajar, pero a veces también nos entra el gusto de la vida contemplativa y somos capaces de vivir pobremente, meditando ante nuestras bellezas naturales o nuestros monumentos antiguos. En América, no. Y Cugat está en la voragine que no permite decir: adiós, que ahí queda eso, y retirarse a descansar en la Costa Brava, tan próxima a su nacimiento.

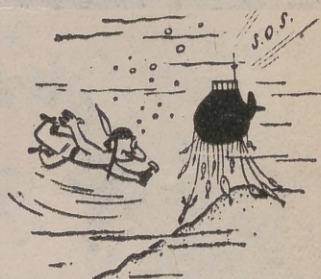
Que el ancestro catalán le ha podido hacer factible la adaptación al sistema de vida americano, es posible. Pero Xavier Cugat es ahora un caballero americano, correcto, cortés, discreto, con la mirada y la frente obsesivas, pensando siempre en sus negocios... mientras no tiene cerca el violín y las maracas, porque entonces sonríe con la misma sonrisa de un hábil vendedor, que vende melodías en lugar de neveras eléctricas o calcetines de «nylon».

CONFIANZA EN SI MISMO

Cugat da la impresión de un hombre de gran confianza en sí mismo, y los hechos lo demuestran. Ha llegado donde ha querido, variando sobre la marcha.

Comenzó como músico clásico, pero dice que de buenos no hay más que dos o tres, y no pudiendo ser uno de ellos, y gustándole, por otra parte, comer tres veces al día, se dedicó a la música popular. Su secreto del éxito fué conocer la psicología del norteamericano—acaso con la capacidad de matización europea, heredada—y ser el primero que dirigió la rumba, adaptándola al baile—para entendernos diremos—de sociedad. Cugat tuvo que luchar como los buenos —«callá hay que trabajar muy fuerte», dice—; pero parece haberlo olvidado. Se encoge de hombros cuando se le habla de ello y hasta la protección de Caruso, de la que se muestra orgulloso, nos parece una cortina de humo, al menos por el tiempo que pudo durar. Hizo de caricaturista en el periódico «Los Angeles Times», y dice que solamente lo hacía por afición, que era su «violín de Ingres». A nosotros nos costaría poquísimo imaginarlo con la carpeta de dibujos bajo el brazo, intentando la colocación de sus dibujos para poder comer. Como todos los poseedores de la moral del éxito, el pasado no cuenta para ellos. Son gente que devoran el presente pensando en el futuro. Si hubiera sido boxeador habría llegado a campeón del mundo; si hubiera sido médico no habría obtenido ningún Premio Nobel, pero viviría mejor que el doctor Flemming; si se hubiera dedicado a las finanzas no digo que habría oscurecido a Morgan, pero... Porque estos hombres están destinados al triunfo. Son todo acción. Conversando con él no aparece ninguna frase digna del mármol o del papel; pero su inquietud—archivando fotos, recortando críticas, organizando el espectáculo—es más elocuente que las palabras. No pueden estar quietos. Su cerebro y sus manos se mueven infatigables, pero siempre despreciando lo accesorio, lo accidental. Su sentido práctico, pulido por la organización económica y social americana, es el todo. Y es que con él se hacen las grandes cosas, aunque sean tan pequeñas como montar un espectáculo de música ligera.

Manuel IBÁÑEZ ESCOFET



KRON-VEST
pruebelo y observe

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitador KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación concurso. Soliciteselo a su proveedor.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



XAVIER CUGAT

EL CATALAN
QUE LLEVA
50 AÑOS EN
AMERICA

UN TRANSFORMISTA DE
LA MUSICA MODERNA

CARA Y CRUZ DE
UNA ARROLLADORA
PERSONALIDAD

Xavier Cugat, en compañía de varios miembros de su conjunto musical, cinematografía a «Tippy Combina», la mona de su orquesta que sabe tocar el piano. Vea este interesantísimo reportaje de nuestro colaborador Ibáñez Escotet en la página 61

